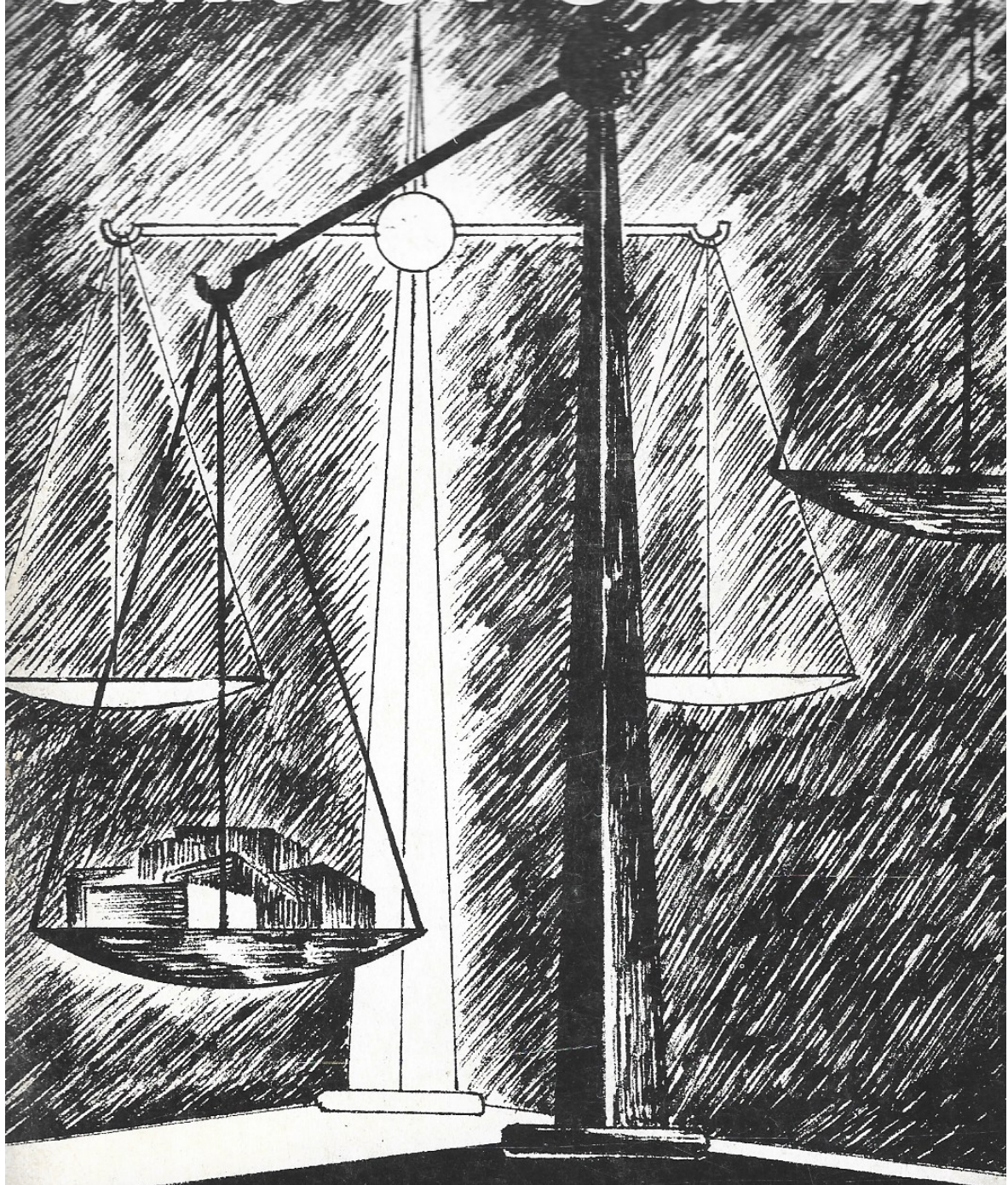


El otro Calderón Guardia



GUILLERMO VILLEGAS HOFFMEISTER

El otro Calderón



Guillermo Villegas Hoffmesiter

EDEL

v1.0 Editorial Electrónica- EDEL



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

“En este libro, cuando estemos el uno contra el otro no será una ficción, será una verdad. En este libro habrá momentos de enfrenta miento y momentos de concordia y ambos son importantes ... La gente que lo lea adoptará puntos de vista diferentes. Eso es lo que me apasiona”.

JEAN-PAUL SARTRE
“Obliques”

Portada:—Oscar Bákit P.

DEDICO ESTE TRABAJO A:—

los que, como mi familia, sufrieron lo indecible bajo la administración Calderón Guardia y a los que, también bajo ella, encontraron la felicidad.

EL AUTOR

Mi agradecimiento profundo a don Frank Marshall Jiménez, sin cuya desinteresada y generosa ayuda, esta publicación sería sólo un proyecto.

G.V. H.

PRÓLOGO

Prologar un reportaje podría ser levantar el mosaico suelto de un piso decorado, revelando el mortero que se usó: la intención de ese periodista Villegas, “enemigo” de Calderón Guardia y liberacionista, a pesar de los pesares. Si a lo anterior agregamos que la perfidia humorística del escritor acude a la trampa de que el prólogo lo escriba un “mariachi” caldero-picadista, veremos con claridad que hay un dramático deseo de colocarse en el fiel de la balanza en cuanto a la Historia, aunque nunca podamos creer en la objetividad de quien es eminentemente subjetivo por individualista y egocéntrico. Pero la Historia debe quedar escrita, ya sea en piedra y cincel o en fino pergamino con arabescos. Calderón Guardia ha sido el único jefe revolucionario que ha tenido Costa Rica: cambió las estructuras de la nación y desbocó un caballo cuya riendas entregó a Teodoro Picado, ya con la tormenta desatada, pero como buen soldado, se quedó en la vanguardia con los suyos, un grupo de intelectuales a quienes había “envenenado” el cardenal Mercier con las Encíclicas Papales. ¡Vaya sorpresa para los comunistas, cuando vieron que se les escapaba el pueblo de sus crecientes filas! Se repetía la historia de Bismark cuando le robaba a Marx la revolución de su germánica ideología, implantando reformas populistas que aplacaron el grito de unas masas proletarias maltratadas. Nuestra oligarquía, esa misma que construyó por su propia voluntad un Teatro Nacional y miles de escuelas; esa misma que con don Cleto y don Ricardo había logrado que el Ejército desapareciera, con truculencias habilidosas de trascendencia incalculable, se dividió ante el latigazo constitucional que le propinó Calderón Guardia, pues privilegios y miseria se disparaban ya y la paz de Costa Rica trepidaba.

Este libro es simplemente un reportaje, pero Guillermo Villegas no es simplemente un periodista. Su desbordada manía por la investigación histórica; los avatares de una vida intensa con sus consecuentes saldos de amarguras y alegrías; el amor al terruño y a las tradiciones, le dan una autoridad que ya él había tomado sin consultarle a nadie, porque así es Villegas.

Poco antes de la llamada “Guerra del 48”, un chileno me dijo que era un milagro que nuestras reformas sociales se hubieran hecho sin sangre, pues a Chile le había costado muchas vidas. ¡Qué amargo me resultaba ese recuerdo! cuando con el fusil en la mano, veía a nuestros campesinos caer y sabía de la muerte de mis amigos que se habían ido al otro bando, con Figueres, bajo la exaltación distorsionadora de una propaganda que polarizó las voluntades y oscureció las mentes de uno y otro lado. Nuestras juventudes no saben, gracias a Dios, lo que es el odio desatado que nos tocó vivir en esos años.

Pero así como nuestros horizontes se hacen más lejanos en cuanto más alto estemos, así la mente de unos y otros supervivientes del “Odio del 48”, tratamos como lo hace Villegas de penetrar en la otra cara de una realidad que nos fue vedada pero que, poco

a poco, irá aflorando mientras se derrumban mitos y arlequines que bailaron. su danza ... y pasaron.

OSCAR BAKIT

Una tarde de marzo de 1984, sostuve una larga conversación con la ex-primer dama de la república, doña Ivonne Clays Spoelder, allá en la acogedora salita de su casa. La visité para' tratar con ella, sobre un pasado siempre presente en nuestra historia: la administración del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, quien en esas fechas y por 17 años, fuera su esposo.

Mi interés por esa etapa del quehacer costarricense me acercó a la distinguida dama, nacida en Bélgica pero costarricense de puro corazón, con el propósito manifiesto de inquirir a fondo sobre lo acaecido durante la gestión administrativa del Dr. Calderón Guardia, con el fin de tener una base, de primera mano, en la que fundamentar un trabajo histórico que abarcará las administraciones de Calderón y de Picado.

El resultado de las conversaciones que aquella y otras veces más sostuve con la Sra. Clays me ha movido a llevarlas al lector, en forma de libro-entrevista, porque, innegablemente, resultan muy interesantes, como podrá verse, gracias a la brillantez intelectual de la distinguida interlocutora, que no oculta yerros ni niega aciertos. Por eso este libro se llama: “El otro Calderón Guardia”. No hablamos ni del dios que es para unos ni del demonio que es para otros. No. Hablamos simplemente de un ser humano.

Pero, no nos atrasemos más. Acompañeme en esta conversación sobre los cuatro años más importantes de la primera mitad del siglo XX en Costa Rica, en la seguridad de que encontrarán en las respuestas que obtuve a mis preguntas, un retrato claro de aquel ayer.

Empecemos por donde había que empezar: con la llegada, el 15 de setiembre de 1927, de la joven y recién formada pareja Calderón Guardia - Clays Spoelder a Costa Rica, tras la graduación de don Rafael Ángel como médico en la Universidad Libre de Bruselas, Bélgica y su gusto por la política.

VILLEGAS:—Doña Ivonne: ¿Ustedes llegaron a Costa Rica y el Doctor inmediatamente participó en política o se mantuvo al margen de ella algún tiempo?

DOÑA IVONNE:—Ah, no, el Doctor muy rápidamente participó en política, porque todo lo de su país le interesaba mucho, sobre todo porque se había acostumbrado en el ambiente de su padre a oír de las penurias de los pobres. El Dr. Rafael Ángel Calderón Muñoz, para este país fue un verdadero apóstol, fue un doctor muy querido y conocido, y que se preocupaba de veras por su patria y por sus semejantes y por todo lo que había necesidad de hacer aquí, con urgencia, ya que los tiempos iban cambiando con gran velocidad y Costa Rica necesitaba por su gran pobreza, de la ayuda y el esfuerzo de todo el mundo, porque se lo merecía el costarricense, ya que este pueblo es excesivamente bueno, excesivamente dócil, excesivamente honrado. Realmente este pueblo merecía lo mejor. Para Rafael Ángel, cuyo don principal fue el cultivo de la amistad, fue un

verdadero placer, con abnegación, con fuerza, corazón y alma, dedicarse a su país desde que regresó a su casa, tras sus años de estudio.

VILLEGAS:—En la Profesión, el Doctor tenía mucho renombre. ¿Se hizo rico ejerciéndola?

DOÑA IVONNE:—No, en absoluto. A Rafael Ángel no le interesaba el dinero, no suficientemente, porque al fin y al cabo, pues no se puede ser tan Quijote tampoco. A Rafael Ángel le interesaba, sobre todo, el bienestar de sus semejantes; a él le interesaba la salud de todos. Le daba mucha pena ver a niños descalzos. Decía que eso le daba vergüenza y hasta sentía que era él el responsable de aquello. A él no le gustaba que su pueblo fuera tan sufrido y que tuviera tan pocas oportunidades de mejorar. El lo que quería era el bienestar de todos.

VILLEGAS:—Doña Ivonne, ¿cómo comenzó la amistad tan grande que hubo entre el Doctor Calderón Guardia y la familia de don León y doña Julia Fernández de Cortés?

DOÑA IVONNE:—Doña Julia Fernández de Cortés había sido amiga íntima de doña Ana María, la madre de Rafael Ángel. Doña Julia y doña Ana María se querían mucho, por razones tal vez de ser de Alajuela las dos, de haberse conocido jóvenes, y ser amigas desde entonces, aunque se habían perdido un poquito de vista. Apenas la política las volvió a unir por medio del marido de doña Julia, que era don León, y Rafael Ángel que era partidario de don León, se volvió a reanudar la amistad con mucha intimidad y con mucho cariño. Además Rafael Ángel, por mucho tiempo, fue médico de doña Julia y de su familia. Fue gran amigo de sus hijos Otto y Javier, y así se reanudaba una gran amistad que, como digo, venía de lejos.

Por desgracia, en política uno nunca sabe por dónde pueden ir a parar las cosas, y por una u otra razón, muchos amigos trataron de desunirlos, hasta que los pusieron uno contra otro por diferentes motivos. También -hay que decir la verdad- en aquel momento en Costa Rica prevalecía una gran presión internacional por la situación europea, por el inicio y desarrollo de la guerra y todas sus consecuencias. Don León era pro alemán, Rafael Ángel, desde luego, era muy pro francés y muy afecto de los aliados, y poquito a poco, una cosa tras otra los fue enfrentando, tal vez innecesariamente, pero se fueron distanciando gravemente.

VILLEGAS:—Usted recuerda, doña Ivonne, el motivo fundamental, o por lo menos el que dio pie al rompimiento entre don León y el Doctor? ¿Fue la negativa de éste de que se reeligiera a don Otto Cortés como presidente del Congreso?

DOÑA IVONNE:—Exacto, con todo y todo que Rafael Ángel era muy amigo de Otto, buen compañero y todo lo que usted quiera, pero en realidad, internacionalmente no convenía de ninguna manera, que siguiera como Presidente del Congreso. La situación

era muy difícil. Nosotros teníamos que alineamos quisiéramos o no, pero teníamos que alineamos con los aliados y Otto Cortés era pro alemán.

Otto había hecho hacía poco un viaje a Alemania. Vino muy impresionado de todas las cosas de los alemanes y hasta dijo que el día que Hitler lo saludó estuvo varias horas sin lavarse las manos. Había quedado tan entusiasmado que realmente su permanencia en la presidencia del Congreso no convenía para nada, porque ya nosotros estábamos hasta cierto punto viendo que las cosas iban a definirse muy rápidamente en Costa Rica, que había que tomar decisiones serias y que no se podía jugar a la derecha y a la izquierda, ni como uno quisiera, sino que había que pensar en el bien del país y que realmente no convenía la presencia de Otto al frente del Congreso.

Don León Cortés tuvo, ciertamente, un gran partido, fue muy admirado. Fue un hombre trabajador, pero ya en esa época iba teniendo muchos enemigos. Era muy difícil la situación interna y la externa. Los americanos no estuvieron para nada de acuerdo con algunas cosas de don León. Le costó mucho dinero a los Estados Unidos contrarrestar el partidismo hacia los alemanes aquí en Costa Rica y por ello había que tomar otro rumbo completamente distinto. Eso causó muchas de las fricciones entre Rafael Ángel y don León.

VILLEGAS:—Vamos a pegar un brinco en la historia. Vamos a adelantarnos para hablar de la campaña política de don Teodoro Picado y de don León Cortés. ¿Los Estados Unidos fueron los que evitaron o los que obligaron a que don León Cortés no volviera a la Presidencia?

DOÑA IVONNE:—Verdaderamente, en el fondo sí. Desde luego, los Estados Unidos, usted sabe, es un país muy respetuoso y muy bien dirigido siempre. Pero verdaderamente estaban convencidos de que efectivamente León Cortés no podría volver al poder en ese momento porque aún no habíamos ganado la guerra. Recuérdese que estábamos en un trance muy difícil, de ver si la íbamos a ganar o no, y que lo que puso el punto final fue la bomba atómica de Hiroshima, pero mientras tanto estábamos, como se dice aquí en Costa Rica, en el aire. Así que los Estados Unidos no podían, de ninguna manera, permitir que León Cortés volviera al poder, porque sabían que entre los años 39 y 40 les había costado no solamente dinero sino dificultades para frenar el camino hacia Alemania, que podría poner en peligro al Canal de Panamá, y toda clase de cosas que en esa época no convenían para nada, y aunque ellos no se entremetían abiertamente, insinuaban perfectamente que si uno era amigo de ellos, tenía que jugarse la carta junto con ellos. Don León, no era, por cierto, la carta que les gustaba.

VILLEGAS:—Volvamos otra vez atrás. Ya teníamos a don Otto Cortés despojado de su posibilidad de ser presidente del Congreso por segundo año. Eso fue en 1941, para esos días ya el Doctor estaba -me imagino- pensando en las garantías sociales?

DOÑA IVONNE:—Ya, desde luego. Imagínese que las garantías sociales y las leyes sociales y, en fin, todo esto de las reformas sociales que usted y yo conocemos, y todo el mundo aquí en Costa Rica conoce de sobra, fueron cosas que él tuvo. siempre en mente. Esa idea la tuvo desde el día en que aceptó la candidatura presidencial y aún desde mucho antes, porque él, toda la vida, estuvo hablando al respecto con su padre. El Dr. Calderón Muñoz sabía muchísimo de eso porque, como se' sabe; fue una persona: que siempre había estado interesado en el bienestar de Costa Rica y había intervenido bastante en la política. Era un gran católico. Conocía las encíclicas de León XIII perfectamente. Eso, sin duda, ejerció mucha influencia en Rafael Ángel, pues, era, lo de proteger justamente al trabajador, tema permanente de conversación. Con el fin de estar mejor informados y establecer metas al respecto, pedíamos constantemente, información a Bélgica. Uno de sus propósitos de llegar a la Presidencia de Costa Rica fue para hacer realidad todos los planes, que por años acarició en su mente y arropó en su corazón.

VILLEGAS:—Cuando ustedes eran novios, cuando estaban recién casados, diez años antes de arribar a la Presidencia, ¿hablaba el Doctor de estos asuntos?

DOÑA IVONNE:—Desde luego que sí y a menudo se paseaba en su cuarto dando discursos, practicando las cosas que iba a decir oportunamente al país, y lo que iba a hacer. Eso era una cosa que él tenía fija en la mente y de la que habló muchísimo con el General Jorge Volio, con quien hizo buena amistad, pues éste llegó a Bruselas, cuando Rafael Ángel todavía estaba estudiando allá; muy enfermo, por cierto. Iba en viaje de salud y las reuniones que tuvieron y que fueron muchas, versaron todo el tiempo sobre. ese tema, buscando además fórmulas concretas sobre cómo se podían arreglar los problemas sociales aquí. Claro, Jorge Volio no tuvo una época tan feliz para hacerlo porque eran otros tiempos, otro momento. Por mucho que el General lo hubiera querido, no se le permitió porque don Ricardo Jiménez que era el jefe del liberalismo aquí, lo frenó. Esto. no se puede negar, pues el general. tuvo que adherirse a él y claudicar en parte sus sueños. Al llegar a la Presidencia, en 1940, Rafael Ángel consideró que era el momento adecuado para hacer la-reforma social. En esos tiempos hubo en toda América Latina, un repunte del comunismo, que comenzaba a hacer sus primeras efervescencias en América Latina; Hacía sus primeras manifestaciones por medio de la gente muy inteligente, muy preparada. y había que defenderse contra eso, no persiguiéndolos ni maltratándolos para hacerlos mártires, porque a nada se llegaba' con ello, sino tratando de superarlos.

VILLEGAS:—Entonces el Doctor Calderón Guardia gestó las Garantías Sociales como un valladar contra el comunismo?

DOÑA IVONNE:—Exactamente. Como un valladar contra el comunismo, y como un bien para el país.

VILLEGAS:—Pero viene la otra parte, por qué él se acerca a don Manuel Mora?

DOÑA IVONNE:—Se acercó a don Manuel Mora porque siempre decía que este era una persona a quien él no habría podido comprar y callar, sino que lo quería convencer de la bondad de sus proyectos. Decía que si Manuel Mora le hubiera pedido una reforma social hasta tal límite, el lo podía superar para estar seguro de cubrir cualquier reclamo, dando bastante más de lo que le pedía.

VILLEGAS:—Se ha dicho que además de eso, además de la ayuda pequeña o grande que el partido Bloque de Obreros y Campesinos, como se llamó el partido comunista a raíz de la disolución de la III Internacional, fortaleció la posición del Doctor que afrontaba una situación política muy difícil, que se había quedado solo, sin el apoyo, especialmente, del capital, valga decir, de la banca, que entonces era privada.

DOÑA IVONNE:—Es verdad, Rafael Ángel se quedó solo porque las garantías sociales, fueron de impacto un poquito fuerte para la gente de derecha de aquí. Tanto dominio habíamos tenido de ellos durante el tiempo del liberalismo, que había acaparado a grandes hombres, como a don Ricardo Jiménez y otros muchos más, gente muy capacitada. Entonces el capital, que había sido partidario de Rafael Ángel, se le fue quitando como amigos; pues pensaban que Rafael Ángel había sido conquistado por el comunismo y que hasta era comunista. No podían entender muy bien lo que en verdad sucedía. Fue muy mal aceptada en el principio esta reforma social, porque no podían verdaderamente entenderla. Era algo novísimo en este país y temían que les iba a causar la ruina, cuando, como se ha visto con el paso de los años, los salvó.

VILLEGAS:—Doña Ivonne: ¿a su juicio; perjudicó a Rafael Ángel Calderón la amistad con los comunistas?

DOÑA IVONNE:—Sí, muchísimo, porque la gente no la entendió, la gente pensó que era que Manuel Mora, un hombre tan bien preparado, tan inteligente y tan fuerte en su manera dogmática de ser, había conquistado a Rafael Ángel, y que se iba a "pasear" en él, pero nunca comprendió que sucedió lo contrario, que el que se "paseó" en Manuel Mora fue Rafael Ángel. Lo malinterpretaron todo el tiempo a Rafael Ángel porque él no fue jamás comunista. Con el comunismo no hubo nunca unión, hubo entendimiento. Un entendimiento tácito en cuanto a que sus reclamos si eran justos serían atendidos. Eso se hizo y se les superó en sus planteamientos, como ya lo dije, pero no' hubo una unión porque como se ha visto existieron grandes diferencias, después, entre Manuel Mora y Rafael Ángel.

VILLEGAS:—Es que hay una confusión en esto que más tarde la aclaramos. Es sobre el pacto del Partido Vanguardia Popular con el Republicano Nacional, pues fue don Teodoro Picado quien lo firmó con don Manuel Mora. Es cosa posterior a ese acercamiento Calderón Guardia - Mora Valverde. Esto, considero, vale la pena dejarlo claro.

¿En cuanto a don Ricardo Jiménez, qué actitud asumió ante la Reforma Social que impulsaba el Dr. Calderón Guardia?, pues entre ellos existía un gran abismo político y familiar.

DOÑA IVONNE:—Sí, había mucho distanciamiento personal entre ellos, en especial en el principio de la vida política de Rafael Ángel. Lo hubo por familia. La familia Guardia y don Ricardo siempre tuvieron su distanciamiento nacido desde que don Tomás Guardia depuso a don Jesús Jiménez, padre de don Ricardo. Pero al final de la vida de don Ricardo, ya no fue así. Puedo decir con orgullo que fui yo quien los unió.

VILLEGAS:—Cuéntenos eso, doña Ivonne.

DOÑA IVONNE:—Esto parece una simple anécdota, pero es verdad. Resulta que yo tenía una amiga muy allegada que se llamaba Clemencia Mata Bonilla. Era una persona mucho mayor que yo, con más experiencia y que me ayudó muchísimo en poder cumplir con mis obligaciones, porque, claro está, yo era joven, extranjera y tenía mucho que aprender, y ya no tenía tiempo para aprender porque ya estaba ocupaba como Primera Dama.

En una ocasión en que yo iba a pasar una temporada a Puntarenas, Clemencia Mata Bonilla, que desde luego estaba invitada, me dijo: "no voy a poder acompañarla porque yendo a Puntarenas me sentiría obligada a visitar a don Ricardo Jiménez que estaba pasando una temporada por allá pues nuestras dos familias han sido siempre tan íntimas y tan unidas, que me dolería mucho pasar una temporada en Puntarenas sin ir a visitarlo, eso sería hasta cierto punto muy poco delicado de mi parte". Entonces yo le dije: ¿por qué no puede usted ir a visitar a don Ricardo?, y me dijo: "porque siendo invitada de su casa, y siendo don Ricardo enemigo político de su marido, no me parece apropiado". Entonces le dije: "para mí no es problema. Si usted quiere ir a visitar a don Ricardo, yo le ruego que lo haga. Es más, hágame el favor de decirle que yo hace tiempo tengo muchas ganas de conocerlo y que si me invita cualquier día yo también iré a visitarlo". Así fue, me hizo la invitación y fuimos a visitarlo. Don Ricardo nos recibió con el cariño más grande. Nos tenía una mesa arreglada en el patio. Nos presentó a todos sus trabajadores. Fue una cosa cordialísima y muy encantadora, así que me aproveché y le dije: "Don Ricardo, ahora que vine a verlo, supongo que cuando usted vaya a San José tendrá la bondad de ir a verme, porque usted en reciprocidad, nos debe una visita".

"Si señora, con mucho gusto iré a visitarlos". Me respondió. Desde luego, de regreso a la Casa Presidencial y cuando supe que don Ricardo estaba en San José, mandé al Secretario de la Presidencia, don Edgar Odio a preguntarle cuándo pensaba venir a verme. Contestó dando la fecha de tal día y yo le esperé. Se lo conté a Rafael Ángel quien, sobresaltado me dijo: "¡qué barbaridad, qué pena tan grande y yo que no sabía nada de esto!: ¿qué van a decir ahora los partidarios de don Ricardo y los míos?

Entonces yo le dije: "Nada van a decir, si no que don Ricardo vino a visitarnos y ya está. Que yo le hice una visita, y él, como buen caballero que es, la devuelve. Nada más".

El día de la visita al llegar don Ricardo, Rafael Ángel se apresuró a recibirlo. Estuvo en la acera para abrirle la puerta de su carro, lo que hacía siempre cuando recibía amigos, y lo hizo entrar a la casa. Tomamos juntos una copa de champaña. Hablamos, desde luego, de la reforma social. Entonces don Ricardo le dijo: "lo felicito, Doctor, porque entre todos nosotros el que más valor tiene es usted, porque buscó el camino más duro. Nosotros fuimos más flojos y no nos atrevimos a hacer tanto". Ante ello Rafael Ángel le señaló: "Bueno, don Ricardo, ¿entonces usted por qué no me ayuda en esta lucha?". Don Ricardo le preguntó: "¿en qué lo puedo ayudar?" y Rafael Ángel, repuso: "pues por favor, usted que hace el buen y el mal tiempo aquí en los periódicos, por qué no publica un articulito a favor mío?, porque me están dando muy duro por lo que trato de hacer". Don Ricardo contestó que: "con muchísimo gusto" y publicó dos o tres artículos que le cerraron la boca al liberalismo y a los cortesistas. Eso es absolutamente verdad y fueron magníficos amigos hasta que don Ricardo murió.

VILLEGAS:—Ya en este momento estamos dentro de una posición difícil en la Administración Calderón Guardia.

Las leyes sociales en discusión, la gente molesta, la guerra en Europa; ya estamos al borde de entrar en ella. ¿Ustedes, alguna vez tuvieron conocimiento de que se preparaba un golpe de estado contra el Doctor, o una revolución?

DOÑA IVONNE:—Todo el tiempo yo oía rumores, oía habladurías y también Rafael Ángel recibía muchos informes que Anastasio Somoza Debayle le mandaba de Nicaragua, porque Somoza era muy amigo suyo. La amistad entre ellos fue sobre todo porque ambos eran muy buenos amigos de los Estados Unidos, y eso los unía más.

VILLEGAS:—¿Don León Cortés los presentó cuando durante su administración Somoza vino de visita aquí?

DOÑA IVONNE:—Exacto. Pero además los dos jugaban la misma carta en la cosa internacional y entonces eran buenos colaboradores, si se puede decir así. Nos avisaban mucho, de todas partes que nos cuidáramos. En ese entonces ya había en Centro América la efervescencia contra los gobiernos dictatoriales de Somoza en Nicaragua, de Carías en Honduras, Ubico en Guatemala y Hernández en El Salvador. Toda esa cosa era ya absolutamente real en Centro América y desde luego se oían rumores de que algo se haría contra nosotros. Claro está que en Costa Rica la gente era absolutamente diferente a la de aquellos países, pero sin embargo se corría peligro, porque alguna gente le cobraba a Rafael Ángel su amistad con el Lic. Manuel Mora y su partido, pero hay que reconocer a cada uno lo que es de cada uno, todos los caminos parecían cerrados y los

vanguardistas se ofrecieron a dar la guerra por la reforma social, y Rafael Ángel los aceptó. No tenía a nadie a su lado más decididos.

VILLEGAS:—¿En lo que a la redacción de los proyectos de ley, lo hizo el Doctor con la ayuda de los comunistas?

DOÑA IVONNE:—No. Los hizo el Doctor con la ayuda de Monseñor Sanabria. Siempre hay una pequeña confusión, y no le quiero quitar a Monseñor Sanabria ningún mérito ni mucho menos, todo lo contrario. Monseñor Sanabria fue una persona revolucionaria en Costa Rica, inteligente, preparado como pastor que fue de la Iglesia. Pero Monseñor Sanabria llegó a tomar posesión del Arzobispado como ocho o diez días antes de que Rafael Ángel asumiera la Presidencia y no habló de reformas sociales. Habló de otras cosas en la ceremonia de elevación al Arzobispado, pero nada habló de reformas sociales. Rafael Ángel, en cambio, en su discurso inaugural, habló de las reformas sociales. Quiere decir que la reforma social no es de Monseñor Sanabria. Pero él si le dio su apoyo vital. Rafael Ángel enseguida se entendió con él porque se trataba de cosas basadas en las encíclicas de León XIII y aquel era la persona más adecuada para tratar al respecto. Igualmente colaboraba en el trabajo Jorge Volio. También se pidieron muchos informes a Bélgica sobre seguridad social y derecho laboral.

VILLEGAS:—Entonces podemos recapitular diciendo que las reformas sociales fueron originales del Doctor; que le ayudó el Cardenal Mercier, su paisano, que le ayudó el General Volio, Monseñor Sanabria a pedido del Doctor, no porque Monseñor cogiera la bandera de las reivindicaciones sociales; además en esto participaron don Oscar Barahona Streber y algunos otros más.

El Doctor trabajó duro en la preparación de los proyectos de ley respectivos. Luego vino la discusión de los mismos. ¿Tuvo dificultades para la aprobación de esas leyes?

DOÑA IVONNE:—Muchas dificultades, tuvo que llamar varias veces a los diputados a la Casa Presidencial a reuniones en privado para, con calma hacerlas entender las experiencias de él como médico tenía, a contarles como iba a curar a gentes que no tenían medios con que curarse, dejarles la plata para las medicinas y que comieran, porque no tenían, de tanta pobreza en que vivían, ninguna defensa en el organismo. El jornal de estas personas era de dos colones diarios; se hacían de cuenta en los comisariatos de las fincas, que les cobraban deduciéndolas del salario porque no tenían otra forma cómo pagar. Vivían en casas muy mal construidas, tanto que no parecían serlo. Eran chozas miserables en que se filtraban las corrientes de aire por las rendijas, en las que se acostaban en el suelo cobijándose con sacos de gangoche, porque no poseían ni camas ni cobijas. Esa era la Costa Rica de entonces. Eso se lo machacaba a los diputados.

A Rafael Ángel, le oí repetir varias veces, como me lo decía a mí: "yo no merecería ser costarricense si pasando por la presidencia de la República no hiciera algo para combatir esta situación de miseria".

VILLEGAS:—Usted como primera dama tuvo alguna participación en esos preparativos de las leyes sociales?

DOÑA IVONNE:—Sí, porque las bases de los proyectos eran las leyes de mi país, y como yo había oído hablar tanto de ellas y conocía el afán y el anhelo tan grande de Rafael Ángel para que se aplicaran aquí, pues traté de ayudarlo en lo que pude. Claro que mi participación no fue determinante. La única cosa que puedo decir es que traté de ayudar a Rafael Ángel para que la gente lo entendiera, lo comprendiera, lo aceptara en sus empeños, por el bienestar de todos. Luchaba, desde luego con mil problemas porque muchas familias hasta entonces allegadas, se enemistaron con nosotros y cambiaban sus relaciones sociales con uno, entonces yo hice lo que pude para sobreponer a eso lo más que fuera posible, pero siempre la lucha fue muy fuerte. A veces cruel.

VILLEGAS:—A pesar de toda oposición, ¿hubo algún sector de gente aparte de los comunistas y don Ricardo, que los apoyaba?

DOÑA IVONNE:—Eso sí, desde luego que sí. La gente de una generación nueva, sobre todo comenzó a comprender la necesidad tan grande que teníamos de cambiar el "*status*" de los obreros y campesinos. Sobre todo para después de la guerra, ya que los Estados Unidos tenían su mirada puesta en Europa para ver cómo podían ayudarla a que se volviera a levantar, y no tendríamos ya las mismas ayudas ni las mismas cosas que nos daban siempre. Entonces se necesitaba que hubiera una reforma que cobijara un poquito a todos los costarricenses, si no aquí habría mucha miseria y muchos disturbios sociales. Otro sería hoy este país.

VILLEGAS:—¿Usted recuerda algún detalle en relación con el rompimiento del primer diputado que se distanció del Doctor, que fue el Lic. Francisco Urbina González?

DOÑA IVONNE:—Sí, yo recuerdo que don Francisco Urbina siempre fue muy difícil, fue un diputado con el que Rafael Ángel tuvo muchas molestias. Porque llegaban a quejarse siempre de las dificultades que había tenido con él. Creo que al señor Urbina lo tenían "carboneado" y entusiasmado para sobresalir y coger posición política, con lo cual desde luego que Rafael Ángel no estaba de acuerdo, sino que más bien lo que él quería era que sus diputados lo ayudaran, lo comprendieran mejor, porque necesitaba del voto de ellos, del apoyo de ellos y no que le plantearan problemas por nimiedades.

VILLEGAS:—En este momento difícil en que estaban ustedes peleando por preparar los proyectos, se produce un hecho importante, que fue el ataque a Pearl Harbor, por parte de los japoneses.

DOÑA IVONNE:—Sí, el ataque a Pearl Harbor fue sorpresivo para el mundo, indudablemente aunque se veía que algo iba a pasar y que los Estados Unidos, como nos había dicho el Presidente Roosevelt cuando le hicimos una visita, los Estados Unidos entrarían en la guerra, pues así lo había prometido a Churchill, ya que era absolutamente necesario, pero que no sabía cómo ni cuándo se iba a producir. Y cuando vino el ataque a Pearl Harbor, nos vimos todos envueltos en la conflagración. Voy aquí a revelar un gran secreto de Estado, que lo he llevado conmigo por cuarenta y cuatro años y Rafael Ángel y el Presidente Roosevelt se llevaron consigo a la tumba.

Durante nuestro viaje a Washington, antes de asumir al poder, una noche estábamos reunidos Rafael Ángel y yo, solamente con el Sr. Roosevelt, conversando de un futuro próximo; yo hacía de intérprete pues Rafael Ángel no hablaba bien el inglés, ni Roosevelt hablaba español o francés. El Presidente Roosevelt le preguntó a Rafael Ángel, cuál sería su opinión y qué haría él en el caso de que los Estados Unidos se vieran envueltos en la guerra, si se quedarían al margen o si daría su ayuda. Rafael Ángel le contestó que podría contar con él incondicionalmente, porque comprendía muy bien que nuestra situación geopolítica, a la par del Canal de Panamá, era absolutamente útil a los Estados Unidos y que ellos necesitaban un amigo. incondicional y él lo era.

Entonces el Presidente Roosevelt nos dijo: "en este caso les voy a confiar un secreto. Este es un secreto de Estado, tan grande, que no quiero que nunca se escriba una palabra sobre esto, ni siquiera que lo volvamos a hablar porque es demasiado serio. Se trata de esto: La base para submarinos que nosotros tenemos en Cuba, es una base muy importante, pero inadecuada para nosotros por las corrientes submarinas que tiene. Esa base está afectada por esas fuertes corrientes tanto que los submarinos sobre o bajo la superficie, se encuentran gravemente expuestos a ser arrastrados, así que nosotros necesitamos, a todo trance, ver en qué nos podría usted auxiliar, y como yo he viajado tanto a lo largo de las costas de Costa Rica y he visto que allí hay aguas tranquilas y escondidas, nos servirá de mucho si nosotros necesitáramos en algún momento utilizarlas. Pero no sabemos exactamente cómo hacer. Nosotros no podemos intervenir ni podemos ocupar ni sus costas ni sus aguas, si ustedes están en paz con el Eje, pero, por otro lado, si ustedes declaran la guerra antes que nosotros, entonces sí podemos llegar a protegerlos y pondríamos nuestros barcos en lugar seguro, sin problemas. Entonces yo quisiera saber cuál es su opinión sobre eso". Rafael Ángel, indudablemente, le dijo que estaba a su disposición y que podía contar con él, que en el momento en que estuviera seguro de que los Estados Unidos entrarían en guerra sin dudarlo, declarararía la guerra al Eje antes que los Estados Unidos lo hiciera para que de esa manera pudieran venir a nuestras aguas con su flota.

VILLEGAS:—Entonces, esto fue un compromiso previo al 7 de diciembre de 1941.

DOÑA IVONNE:—Exacto. Ese fue un compromiso como por ahí del mes de abril del 40, antes, ya le dije, de asumir el poder.

VILLEGAS:—El día del ataque a Pearl Harbor, el Doctor no estaba en San José, andaba en una gira verdad?

DOÑA IVONNE:—Andaba en una gira en San Isidro del General de la que regresó sin demora. De inmediato reunió su gabinete y les dijo a todos que él estaba seguro de que los Estados Unidos entrarían en guerra, que eso ya ni siquiera lo averiguaría porque estaba convencido de ello, y que en consecuencia había llegado el momento decisivo, que nosotros entraríamos de inmediato en guerra junto con los Estados Unidos, y que por lo tanto los reunía para ver cuáles eran sus ideas al respecto y si ellos estaban de acuerdo. Los ministros más jóvenes dijeron que sí.

VILLEGAS:—¿Esto fue ya entrada la noche?

DOÑA IVONNE:—Sí, era una hora avanzada. 'Todos dijeron que sí, pero don Alberto Echandi, que era el mayor y que casi siempre hacía un papel paternal entre ellos, con sus experiencias de arte en la política de Costa Rica, del Ministerio de Relaciones, etc., dijo que no le parecía prudente dar ese paso, que le parecía mejor esperar, que habría suficiente tiempo para entrar en el conflicto. Entonces el Doctor, que no quería de ninguna manera divulgar un secreto de Estado, como era el compromiso que tenía con el Presidente Roosevelt, le dijo llamándolo aparte, que le hiciera un gran favor de amistad, porque él necesitaba con urgencia el acuerdo de su gabinete, que no se opusiera a su propuesta. Entonces, claro, don Alberto viéndose comprometido dio su adhesión y le declaramos la guerra al Japón, antes aún que los Estados Unidos. A mucha gente le parecía esta una situación muy ridícula; a otra gente le parecía que Rafael Ángel se había puesto a manera de un chantaje para sacarle a los Estados Unidos muchos favores; otros que Rafael Ángel quería ser más papista que el Papa, darse importancia, gloria y renombre 'internacional. En fin, muchas críticas, pero solamente él y yo sabíamos, en el país, de lo que se trataba. Hubo ratos amargos, pero, cumplimos con la causa de los Aliados.

VILLEGAS:—¿Y el Congreso aprobó inmediatamente lo que decidió el Ejecutivo?

DOÑA IVONNE:—Desde luego.

VILLEGAS:—¿Hubo algún problema?

DOÑA IVONNE:—Ninguno. Ningún problema.

VILLEGAS:—Entonces ahí viene la suspensión de garantías y comienzan las listas negras en las que se incluía a los súbditos de las naciones del Eje y aún a nacionales.

¿Las listas negras las hizo el Gobierno del Doctor Calderón, o se las dieron hechas al Gobierno?

DOÑA IVONNE:—Las dieron ya hechas. Hay que decir la verdad. El Gobierno sabía muy poco de todo lo que realmente pasaba porque no tenía recursos para saberlo. Y los Estados Unidos desde hacía tiempo, viendo la situación como estaba y por la ubicación de Costa Rica como vecina de la República de Panamá, y estando el Canal allí, siempre tenía aquí agentes secretos, que estaban vigilantes y recogían abundante información, porque había primero mucha agitación del comunismo, qué por un tiempo fue aliado de los nazis; y luego porque Hitler tenía su quinta columna en todas partes del mundo y un punto tan estratégico como Costa Rica, tan cerca del Canal, pues era muy importante para ellos, así que de pronto nos convertimos de un país indefenso, pobre, acostumbrado a ser ignorado, no. muy importante para nadie, en un país de una importancia grande. Por eso los Aliados se prepararon, porque ellos si podían hacerlo, las "Listas Negras" y las dieron al Gobierno.

VILLEGAS:—Doña Ivonne: dentro de esta etapa, con respecto a las listas negras, ¿tuvieron ustedes problemas con gentes amigas?

DOÑA IVONNE:—Claro que sí, esto fue una "revolución francesa", tal vez no una revolución francesa sino una revolución alemana y una revolución italiana, porque, claro, casi todas las familias de estos estaban ligadas al país. En nuestro caso algunas eran amigas de toda la vida, otros casados con parientes. Esa gente buena e. importante que había jugado su. papel sin saber la verdad de lo que sucedía en Europa. Por ejemplo, ahí tiene usted lo que le pasó a Arnolando André, que era una persona sumamente seria, muy amigo mío, muy correcto y se vio envuelto en serias dificultades, porque un día lo visitó el Cónsul alemán Sr. Schmidt, a pedirle una ayuda para comprar unas camas y unas cosas que se necesitaban en la Penitenciaría de aquí, porque un vapor alemán el "Einsenach" y otro italiano; el "Fella", que estaban anclados hacía meses en Puntarenas y que fueron hundidos por sus tripulantes, había obligado a traer la oficialidad y la marinería para acá, y no teníamos cómo alojarlos, y entonces hubo que aposentarlos en ese presidio, mientras tanto se veía a dónde se mandaban. Arnolando André, desde luego, inmediatamente firmó un cheque en blanco, entregándolo al Cónsul para que compraran lo que fuera necesario, y cuando vimos fue que el cheque no se empleó para eso, sino para comprar el periódico "La Extra", que nada tiene que ver con el diario del mismo nombre que hoy circula, donde atacaban al Presidente de los Estados Unidos, y que fue en realidad un órgano de prensa nazi. Inmediatamente Arnolando fue puesto en la Lista Negra por los americanos. Arnolando era íntimamente amigo mío y tuve que hacer un viaje a los Estados Unidos y tuve finalmente una reunión con mi amigo el Sub-Secretario de Estado Sumner Welles, suplicándoles que por favor sacaran a Arnolando de la lista negra, porque ese hombre era inocente; Welles me decía, "pero Ivonne, este hombre está comprometido en la compra de un periódico que ataca al Presidente de los Estados Unidos". Vea qué situaciones más difíciles. Sin embargo, lo pude sacar de la lista negra.

Primero Welles me pidió que renunciara la petición como contribución de guerra y yo le contesté que no podía renunciar como contribución de guerra porque había una cosa por la cual estábamos realmente en guerra y era la justicia. Entonces me dijo que yo había ganado y lo quitaron de allí. Así como este caso tuvimos cientos. Quedamos muy mal con todo el mundo. Fue terrible y las listas, que nos venían de la Embajada Americana eran muy difíciles de modificar porque ellos a cada caso le tenían una explicación, una lógica a veces, otras no, y eso se prestó indudablemente para injusticias. Esto aparejo, además, muchas cosas feas de intereses subalternos y de querer ganar dinero y de hacerse de los bienes de los intervenidos.

VILLEGAS:—Vino en esos días una ley donde se despojó en alguna forma a alemanes, italianos y japoneses de su bienes. ¿Esos bienes fueron distribuidos entre alguna gente amigo de ustedes?

DOÑA IVONNE:—Esos bienes en principio, así se planteó, eran para solventar los gastos que tenía la Embajada Americana aquí, en el mantenimiento del orden y vigilar las costas y en fin a que obliga el estado de Guerra. Sucedió así en cierta parte, pero por otra, mucha gente abusó; mucha gente, hizo cosas indebidas y fueron incontables, porque había tantas cosas que atender y tanto disturbio, que realmente no le daba a uno tiempo para estar vigilando lo que estaba pasando, y muchas cosas nosotros no las sabíamos.

VILLEGAS:—Entonces esto significa que del Doctor Calderón Guardia abusó mucha gente para hacer su dinero, para hacer su capital a base de, esas. expropiaciones a alemanes e, italianos?

DOÑA IVONNE:—Indudablemente: Yo quiero mucho a los costarricenses, tengo cincuenta años de vivir aquí, se puede decir que esta es más mi patria que la mía natal, pero debo decir que el costarricense no estaba acostumbrado realmente a ser tratado como Rafael Ángel trataba a sus amigos. Rafael Ángel era un caso único y excepcional. Cuando lo vieron como médico, como apóstol no se aprovecharon tanto de él, pero cuando ya lo vieron como Presidente, mucho se abusó de él, porque no estaban acostumbrados a ser tratados como él lo hacía: con cariño y confianza. Desde luego abusaron algunos de su buena fe y amistad.

VILLEGAS:—Pero ustedes, recibían quejas de eso? Alguien se quejaba?

DOÑA IVONNE:—Siempre había quejas, desde luego, y siempre habían denuncias, pero a veces la gente que está alrededor de uno que está junto con uno lo disfraza de otro modo y dice que son intrigas políticas, que es exagerado, que no es verdad, que dijeron eso por tal cosa, que dijeron el otro por tal otra cosa. Siempre se buscaba despistar las quejas.

VILLEGAS:—¿Entonces hubo falta de lealtad para con el Doctor?

DOÑA IVONNE:—¡Cómo no!

VILLEGAS:—Ahora una pregunta muy directa. ¿El Doctor robó, o no robó?

DOÑA IVONNE:—¡Jamás! Rafael Ángel era una persona a la que no le interesaba el dinero, él regalaba el dinero que le entraba, a montones. Si hubo una persona que no tenía necesidad de robar era Rafael Ángel, porque a él le tiraban la plata encima. Ahí tiene usted el caso del Doctor Gustiniani. El perdió a su hijo, su único hijo, al que adoraba. Tenía una fortuna inmensa, con la cual no sabía qué hacer, y aunque tenía a su hermano Paulino, no se llevaba para nada con él, pero quería a Rafael Ángel como a su hijo propio.

El lo iba a ver todos los días hasta el día de su muerte. Yo por más ganas que tuviera de ir a verlo no lo hacía con frecuencia porque me daba una pena terrible, siempre me obsequiaba con una alhaja, con los mejores adornos de la casa, con algo muy valioso. Le iba a regalar una finca a Rafael Ángel porque no la necesitaba. Quería que Rafael Ángel fuera su hijo, que tuviera y disfrutara su plata.

Rafael Ángel tuvo que crear una institución que se llamó "Miguel Gustiniani", que era el nombre de su hijo, para que los niños pobres tuvieran leche siempre, a condición de no aceptar la finca que el Doctor le quería regalar. Ahí no más rechazó una gran fortuna, para qué iba a robar?

Don Felipe J. Alvarado era otro que no podía vivir sin Rafael Ángel. Era otro hijo para don Felipe. Rafael Ángel le suplicó delante de mí, que no insistiera en regalarle fincas y yo tenía que ir en las noches a comer con los dos viejitos, don Felipe y su esposa, para ayudarlos, como me lo pidieron a convencer a Rafael de que lo aceptara la finca de la par de las de don Felipe en Curridabat, que valían una fortuna inmensa, entonces ¿qué decía Rafael Ángel?, "don Felipe, no me regale la finca porque yo no tengo dinero para atenderla, además de eso yo no sé beneficiar el café. Don Felipe por su parte, insistía: "no necesita usted beneficiar, yo beneficiaré su café, me sentiré feliz de tener una finca suya a la par de la mía". En una oportunidad al tratar el tema, Rafael Ángel le dijo: "Mire don Felipe, si usted quiere ayudarme, entonces ayúdeme en política". ¿Qué pasó?, que a la noticia de la candidatura de Rafael Ángel, la primera plata que se aportó fue la de don Felipe J. Alvarado, que dio trescientos mil colones para la campaña. ¡Una fortuna de verdad! Ahí tiene usted. Por otro lado tenemos a doña Anita Hüete, que adoraba a Rafael Ángel también como si fuera su hijo. Anita Hüete quería y suplicaba todos los días a Rafael Ángel, que le aceptara una finca en Alajuela, que en ese entonces valía un millón de colones o algo así. Una vez que estuvo enferma, Rafael Ángel tuvo que dejar todos sus quehaceres para acompañarla a Panamá, porque si no ella no hacía el viaje. Al fin, para no cansarlo con el cuento Rafael Ángel oportunamente le dijo a doña Anita: "no

me ayude con fincas, yo no tengo tiempo para verlas, pero ayúdeme en política". Así fue, siempre que, durante la campaña, se necesitó dinero, los cheques de doña Anita Hüete estuvieron presentes. Así que, ¿para qué iba Rafael Ángel a robarle al Estado, si tenía grandes oportunidades de ser millonario con los regalos que le ofrecían? A él, el dinero no lo desvelaba. En eso se parecía a don Tomás Guardia.

VILLEGAS:—Pero en la Casa Presidencial, doña Ivonne, vivían principescamente.

DOÑA IVONNE:—No, no, nada de principesco. Nosotros en La Casa Presidencial andábamos la procesión y replicábamos, todo lo teníamos que hacer y si algo no había allí era lujo.

VILLEGAS:—¿En la Casa Presidencial, la habitación particular del Presidente quedaba en el mismo edificio de las oficinas? Era un mismo conjunto?

DOÑA IVONNE:—Todo era un mismo conjunto. Una mitad, la casa particular, en la otra mitad las oficinas. Tan es así que Rafael Ángel me decía, señalándome una pared del jardín interior:—"usted manda hasta aquí; de esta puerta para allá usted no tiene nada que ver".

Nos presentábamos siempre lo mejor posible. Yo le decía a quienes nos visitaban: "Nos va a excusarnos porque no estamos bien instalados aquí, porque estamos construyendo la Casa Presidencial-la que hoy día es la Asamblea Legislativa- y como no hay cemento y por la guerra los vapores no nos traen nada, entonces no podemos seguir. Mientras estamos instalados en estas oficinas". Así nos disculpábamos porque la escena era bastante pobre. Todo lo teníamos que hacer personalmente, yo no tenía secretaria, por lo que empleamos, a ratitos al Secretario del Presidente. Rafael Ángel revisaba las cuentas. No se podía gastar mucho, todas las cosas había que hacerlas en la Casa Presidencial hasta los banquetes porque nosotros no podíamos pensar en ese entonces en comprar esos servicios en alguno de los pocos hoteles que había. Mucha apariencia con muy pocos fondos. Rafael Ángel revisaba las cuentas como decía y no permitía un cinco mal gastado.

VILLEGAS:—¿Cuánto ganaba el Doctor, como Presidente de la República?

DOÑA IVONNE:—Tres mil pesos. De esos tres mil pesos pagábamos también las flores del Secretario, porque el Secretario, que era don Edgar Odio, tenía por obligación que mandar ramos de flores como regalos en algunas ocasiones y no le alcanzaba el sueldo para eso, porque este era de quinientos colones, mensuales. El carro mío tenía que caminar para todas las cosas de la Casa Presidencial, porque el carro grande, el Presidencial, se usaba sólo en grandes ocasiones. La gasolina estaba racionada y para que yo tuviera la suficiente, había que mandarlo a la estación del Pacífico para que el

gerente, Próspero Guardia, pariente de Rafael Ángel, me diera un poco cada vez, si no, no alcanzaba porque Rafael Ángel la había gastado en cosas de la Casa Presidencial.

El Doctor Chacón Chacón, que era amigo de Rafael Ángel, tuvo que regalarme a mi dos llantas porque no había con qué cambiar las llantas al auto, que era oficial, Rafael Ángel revisaba las cuentas porque encontraba que a veces gastábamos de más. Un día me mandó a llamar junto con el jefe de mantenimiento de la Casa Presidencial, y me dijo: "¿qué es lo que pasa aquí, que se gastan ciento cincuenta colones en goma laca para encharolar los pisos? Aquí- no se puede gastar tanto para lustrar pisos, es que esto es demasiado. ¡Goma laca por ciento cincuenta colones para encharolar los pisos, no y no! ya le he dicho que aquí no se puede gastar así, porque el Tesoro no es mío, es de la Nación, yo no mando en esto, así es que usted me hace el favor de cortar ese gasto ya". Así eran las cosas.

VILLEGAS:—¿La comida de la Casa Presidencial corría por cuenta de la Presidencia o del sueldo del Presidente?

DOÑA IVONNE:—Corría del sueldo del Presidente. Nosotros no teníamos que pagar empleados, ni teníamos que pagar realmente gasolina, ni tampoco pagábamos, desde luego, electricidad, teléfono, ni nada de esas cosas. Pero la comida sí, a menos que fuera un banquete o alguna cosa así, que iba a gastos de Relaciones Exteriores. Pero no se daban en Relaciones, porque don Alberto Echandi no podía con el desorden y decía que en los banquetes desaparecían muchas cosas y que no quedaba bien y que se gastaba mucho, y entonces los cuatro trastos que le quedaban en la cancillería desde el tiempo que pidió la loza don Ricardo Jiménez, se mandaron a la Casa Presidencial, se inventariaron y en ellos se servía las comidas en la Casa Presidencial. Allí se gastaba, en realidad poco, porque vigilábamos para que, sin derroche, se sirviera bien.

VILLEGAS:—¿A usted le tocaba supervisar la preparación de todo eso?

DOÑA IVONNE:—Sí, y al mismo tiempo había que estar vestida, arreglada y acomodar a la gente. Pero era muy bonito porque uno ayudaba a quedar bien y quedábamos bien.

VILLEGAS:—Los Calderón Guardia fueron dueños de una finca muy linda que hay en la provincia de Cartago, que se llama Tapantí. En aquellos años de la Presidencia del Doctor, decían que esa finca había sido robada, o había sido producto de un negocio no muy claro por parte de los Calderón.

DOÑA IVONNE:—No, no, es o no fue así. La finca Tapantí fue producto de un regalo muy grande, como todos los regalos que querían hacerle siempre a Rafael Ángel. Yo le contaba que el señor Gustiniani, el señor Alvarado, Anita Hüete, Max Jiménez y tantos más quisieron siempre ayudar a Rafael Ángel con terrenos y fincas y cosas de esas, para

que él llegara a tener algo en su vejez, porque ellos se daban perfectamente cuenta de que Rafael Ángel en lo único que pensaba era en el país, en la gente y jamás en él. Entonces Fernando Esquivel Bonilla que era muy amigo de Rafael Ángel y a quien Rafael Ángel le había tratado un niño que tenía muy enfermo, como por un año y medio, que por fin curó, por lo que le quedó muy agradecido, quiso darle una gran sorpresa un día de San Rafael.

Por esos entonces Fernando se quejaba mucho del camino tan malo que tenía esa parte de Orosi, de que ningún gobierno por más que los ayudaban a llegar, nunca quiso ayudarlo en arreglar un poquito ese camino. Entonces dijo: "como Rafael Ángel es un hombre íntegro y es tan servicial, estoy seguro de que cualquier día nos arreglará este camino y yo quiero agradecerle todos sus servicios y toda su fineza". A la par de su finca había otra de un señor alemán, viejo, que quería vender su propiedad por los rumores que oía de las cosas que iban a suceder aquí, como por ejemplo, las confiscaciones. Don Fernando le preguntó cuánto costaba la finca. El dijo que sesenta mil colones y Fernando la compró al alemán.

Días más tarde llamó a Rafael y le dijo: "para el día de San Rafael le tengo una sorpresa, no se si a usted le va a gustar o no, pero quiero hacerle un regalo". Entonces Rafael Ángel muy contento, muy feliz, le dio las gracias. Fernando le dijo: "la única cosa que quiero preguntarle, Rafael Ángel, es si usted tiene cinco mil pesos en el banco".

Entonces Rafael Ángel le dijo que sí, y Fernando entonces señaló: "quiero que usted me haga un cheque por cinco mil pesos, porque usted se va a comprar una finca". Rafael Ángel le preguntó: "¿yo me voy a comprar una finca con cinco mil pesos y eso qué es? Entonces dijo Fernando: "el regalo mío es ese. Hay una finca bastante interesante a la par de la mía que no está bien explotada, ni bien trabajada, pero sí se puede llegar a hacer algo, y como yo estoy a la par, pues con mucho gusto, le ayudo", Rafael Ángel exclamó: "otra vez con las fincas, ya les he dicho que no tengo tiempo, que me ayuden en política". Fernando respondió: "Yo le ayudo en política, pero también quiero regalarle esa finca el día de San Rafael, usted va a comprarla por cinco mil pesos, porque no quiero tampoco que digan que le regalé una finca para sacarle algo después. Usted compra la finca con esos cinco mil pesos simbólicos para que llegue a tener algo". así fue, Rafael Ángel compró la finca en cinco mil colones.

Al adquirirla, le contó a Paco lo que sucedía y le preguntó que si estaría de acuerdo en manejar la finca, porque el no tenía tiempo y estaría muy tranquilo si la finca estuviera en sus manos, y además de eso le dijo: "ya que te has sacrificado tanto por mí, y que me ayudas tanto, que la finca sea de los dos. Usted la trabaja y así llegaremos a tener algo". Así se hizo. Paco entró a trabajar la finca. Muchos nos tuvieron que ayudar porque, ya que no había capital, como usted sabe, a los Calderón cuando se trataba de capital no les interesaba. A Paco le gustaba la plata mucho más, que a Rafael Ángel, para quien la plata no tenía importancia.

Paco entró a manejar la finca y Mariano Guardia, Fernando Esquivel y su hermano Álvaro, que tenía la finca a la par, tuvieron que ayudarlo porque siempre se necesita capital para comprar vacas, para esto, para lo otro, como resulta con las fincas que tragan dinero a raudales.

Cuando Rafael Ángel bajó de la Presidencia la finca aún estaba a medio hacer, pero ya daba algún rendimiento.

VILLEGAS:—¿Le había hecho carretera?

DOÑA IVONNE:—Sí le hicieron carretera. La Municipalidad de Orosi ayudó y entre los amigos allí afincados se recogió un aporte. Mariano Guardia, que era íntimo amigo de Paco, tenía una finca grande un poquito más arriba de Tapantí. Hasta él mismo Arturo Echandi creo que tenía una finca por esos lados y también ayudó. Además obtuvieron algunos créditos y la finca comenzó a producir.

Pero Rafael Ángel como siempre tenía necesidad de plata para la política, porque usted sabe que cuando salía a hacer la política había que meterle cierta cantidad de plata en la bolsa, porque hacía una repartición de ella entre toda la gente necesitada. Así gastaba la plata y Paco le daba la que él podía cargándosela a su cuenta.

VILLEGAS:—¿Iban apuntándole lo que le daban?

DOÑA IVONNE:—Tiempo después notó que tenía una deuda aquí, tenía otra deuda allá, otra por otro lado, entonces Paco le dijo: "Hagamos una cosa; cojamos la finca para que responda por esas deudas y yo las pago todas y te salís de Tapantí". Así se hizo. La finca le quedó a Paco.

VILLEGAS:—¿Entonces el Doctor en la Presidencia se comió Tapantí?

DOÑA IVONNE:—Rafael Ángel se comía todo, se comió Tapantí, se comía todo. Si yo hubiera tenido plata también se la habría comido, porque Rafael Ángel cuando se trataba de política se comía todo. Las dos grandes pasiones que tenía Rafael Ángel eran la política primero, porque lo heredaba de mi suegro, y también por la familia Guardia, ya venía con ese vicio, y su patria. Tal vez también un poco las mujeres.

VILLEGAS:—Luego vino otra cosa, doña Ivonne, y creo que a la larga esto marca un cambio ya en ese cariño y en esa estima de la gente con ustedes. Es el momento del 2 de julio de 1942, cuando hunden al vapor San Pablo, de la United Fruit, en Limón. Sobre esto se ha especulado mucho. ¿Fue un submarino alemán el que hundió a ese vapor?

DOÑA IVONNE:—Yo no le puedo decir mucho sobre eso porque entonces yo estaba en Washington, haciéndole un mandado a Rafael Ángel, en relación con una plata que le tenían que mandar de los Estados Unidos desde el mes de abril. Le cuento esto porque es muy interesante. La plata no llegaba y no llegaba. Rafael Ángel había mandado a varias personas a pedirla al Ministro de Hacienda, a don Julio Peña, del Banco Nacional, al mismo don Luis Fernández que estaba allá, y la plata no llegaba. Eso ponía a Rafael Ángel en una situación muy difícil porque casi se puede decir que ya iba al borde del fracaso al no poder pagar a los empleados públicos. Claro, de esa situación tan difícil inmediatamente se dio cuenta toda la quinta columna, y entonces comenzaron a activar mucho a la gente para ver si se podían aprovechar de esa coyuntura para botar a Rafael Ángel. Yo recibí en Washington un telegrama de Rafael Ángel sumamente lamentable, porque estaba muy afligido diciendo, "qué hacen ustedes en los Estados Unidos estaba Paco en los Estados Unidos también- cuando aquí ya me están botando, y esta plata de Washington no me llega". Paco dijo: "yo no intervengo porque no quiero que piensen que yo voy a pasar por encima de otros ministros y no me toca". Entonces me dijo Rafael Ángel, "vaya usted". Entonces yo fui a donde Sumner Wells, que era muy especial conmigo y me recibió inmediatamente y me dijo que "qué es lo que le pasaba al Presidente que no mandaba por esa plata, que esa plata estaba en el banco esperando y que no había manera de que la recogieran. "Bueno, le dije, precisamente yo vengo a preguntarle a usted ¿por qué es que esa plata no le ha llegado?", a lo que respondió: "déjeme averiguar exactamente lo que está pasando".

Inmediatamente investigó y me dijo: "lo que pasa es que se están discutiendo centavos e intereses. Como el Presidente manda a una persona y a otra, a interesarse en ese asunto, se piensa que tiene mucho interés en la economía de esos centavos de interés que se están discutiendo y entonces nadie se atreve a cerrar el trato y mandar la plata". Entonces yo dije: "¡ah no, señor Wells!, mande esa plata pero ya porque ya a Rafael Ángel se le va a caer el gobierno si esta plata no llega en horas". "Pues inmediatamente va para allá". Cerramos el trato y se vino la plata. En medio de eso vino el ataque al barco y casi hay una revolución por todo lo que pasó en esos días.

VILLEGAS:—Saco en conclusión por esto, que posiblemente usted oyó comentarios, a su regreso, de que no fue un submarino el que atacó el San Pablo.

DOÑA IVONNE:—Parece que no, pero nunca se supo exactamente la verdad. Porque realmente si estábamos con problemas de submarinos en estas costas, eso sí fue requeprobado, y francamente le digo, que no sé si en eso estoy un poco confusa, pero creo que aquí podría haber habido un Pearl Harbor si no hubiéramos estado en el poder Rafael Ángel y yo, siendo amigos tan fieles, tan adictos y tan sagaces, de los Estados Unidos.

VILLEGAS:—Resulta que sobre el hundimiento del San Pablo, usted dice una cosa muy interesante: que no hay seguridad absoluta de que fuera mi submarino alemán.

Bien, se produce el asqueroso saqueo del 4 de julio, todos los problemas que de él se derivaron y como consecuencia de eso vino un discurso de don José Figueres, anunciado por don Alberto Martín y don Francisco Orlich, ¿ya usted estaba aquí cuando ese discurso?

DOÑA IVONNE:—Cuando el discurso de Figueres yo no estaba todavía aquí, pero Rafael Ángel me contó luego lo sucedido.

Pero Rafael Ángel sí tenía las noticias desde hacía mucho tiempo de las cosas de Figueres y por cierto que su gran enemistad con don Francisco Orlich, fue porque, siendo diputado de Rafael Ángel en el Congreso, por el Partido Republicano, se puso al lado de Figueres.

Rafael Ángel sabía, por medio de Manuel Mora, que era íntimo de Orlich, que ese discurso se pronunciaría y guardaba toda clase de cosas del señor Figueres, porque ya le había puesto al tanto de todas sus actividades como amigo, pues yo no creo que fuera nazi, de algunas gentes que estaban interviniendo en las Listas Negras y además él estaba en contra del gobierno de Rafael decididamente todo el tiempo. No sé exactamente cuáles serían las razones del señor Figueres para su disgusto, si era en verdad "japonazi", o si porque el Gobierno de Rafael Ángel hizo las reformas sociales, aunque esto no lo creo porque nos ha dado pruebas de todo lo contrario, al fortalecerlas y mejorarlas. Pero era enemigo acérrimo de Rafael Ángel, tal vez porque este no lo supo tratar. Esto yo lo reclamé muchas veces. El nunca me hizo caso porque decía que yo era sajona y no latina y que él estaba gobernando latinos y no sajones y sabía como tratarlos, así que no me hacía mucho caso, pero yo siempre encontré que no supo tratar a Figueres, porque si lo hubiera llamado por medio del señor Orlich y tratado en otra forma, yo creo que el señor Figueres tal vez hasta hubiera llegado a ser su colaborador.

VILLEGAS:—¿Antes del discurso habían tenido diferencias?

DOÑA IVONNE:—Grandes diferencias porque en esos tiempos se estaba interviniendo a los alemanes e italianos y se sabía que el señor Figueres como que ponía o trataba de poner el capital de algunos alemanes a su nombre, con lo que los protegía y eso le causaba mucha, mucha dificultad a Rafael Ángel con los americanos, porque estos al fin y al cabo por más buenos colaboradores que eran siempre tenían sus dudas de que pudiéramos cambiar, o no ser lo suficientemente rígidos, o no hacer lo que se debía de hacer en esos acuciantes momentos de la guerra.

VILLEGAS:—Bueno, es que nosotros éramos en realidad, en ese momento como pueblo, más amigo de los alemanes que de los americanos.

DOÑA IVONNE:—Efectivamente, es que aquí había mucho alemán muy bien relacionado y Rafael Ángel no exigía suficiente y esto le causaba mucha dificultad a los

americanos. Tan es así que hubo que cambiar al embajador americano varias veces porque el que teníamos, no sabía hablar español, y esto le dificultaba su labor, porque, además Rafael Ángel hablaba inglés, pero chapuseado y se le hacía muy difícil entenderse con el Embajador directamente, como debía ser en tan difícil situación, y yo no podía estar siempre en medio de ellos como intérprete, porque había secretos de estado que nadie debía conocerlos. Fue necesario solicitar al Departamento de Estado un traslado y se trajo otro embajador aquí, y las cosas mejoraron. Rafael Ángel tuvo mucha dificultad con la Embajada Americana por las actitudes, porque a veces consideraban que no era lo duro que ellos querían, con los alemanes especialmente.

VILLEGAS:—¿Entonces, cuando se vino el discurso de don Pepe, se rebasó la copa?

DOÑA IVONNE:—Entonces ahí sí fue el rompimiento definitivo. Rafael Ángel definitivamente fue muy poco político en su actitud. Yo creo que verdaderamente no fue un político, tal vez sí un buen hombre de Estado. Podría creerse que digo esto porque pasó lo que pasó entre nosotros, pero no, era un buen hombre de Estado por sus cualidades, por su inteligencia, intelectualidad, y por su preparación y por su linaje, pero un buen político no, porque si hubiera sido un buen político se hubiera callado y no hubiera amenazado a Figueres con exiliarlo y menos aún haberlo hecho, como lo hizo.

VILLEGAS:—¿Tuvo usted alguna participación en ese caso?

DOÑA IVONNE:—¡Cómo no, claro!, sólo que faltó hincarme para que no lo hiciera. Vea las paradojas de esa vida, y es que una de las cosas que le dije fue: "Usted hace esto con Figueres porque es don nadie. Si fuera León Cortés, a usted lo matan y no lo haría". Lo que es la vida, ¡don José Figueres un don nadie!

A esa observación me respondió: "Lo hago porque tengo obligación de hacerlo, yo soy el responsable por la tranquilidad aquí y yo soy el que ante los Estados Unidos debe demostrarles que soy amigo de ellos, así es que no teniendo dos caras, yo tengo que expulsarlo del país. No puedo demorarlo más".

VILLEGAS:—La Embajada Americana presionó para que lo expulsaran?

DOÑA IVONNE:—Completamente. Lo exigió. No solamente exigió que lo expulsaran sino que lo enviaran a un campo de concentración americano, para ser vigilado por ellos, y no que fuera exiliado a cualquier país, pero, por cortesía hacia el Doctor Mariano Figueres, que era el padre de José Figueres, y su colega al que mucho estimaba, no quiso hacerlo así, y me contestó: "Yo no puedo hacer eso con el hijo de un colega, lo expulso pero a un país vecino, a un país cualquiera, pero jamás a un campo de concentración. Eso no se lo hago al doctor Figueres que es viejo y que es colega muy respetado". Así sucedió lo de la expulsión de Figueres.

VILLEGAS:—Hablemos de su época en la campaña política que llevó al Doctor a la Presidencia. ¿Durante ella y en la Presidencia era fácil convivir con el Doctor, o era una persona muy atareada, con poco tiempo para su hogar?

DOÑA IVONNE:—Era una persona muy atareada y con muy poco tiempo para su hogar, porque al mismo tiempo que Rafael Ángel trabajaba en su campaña seguía trabajando, también en su profesión.

VILLEGAS:—¿Para vivir?

DOÑA IVONNE:—Para vivir porque nunca, ya le he dicho, fuimos ricos. El era cirujano y los cirujanos empiezan a trabajar desde muy temprano, a operar y lo hacen todo el día, y como él ora subjefe de Cirugía tenía que estar ahí muy temprano para hacer operaciones y para ordenar lo que se hiciera. Así que era una persona que salía de la casa muy temprano y ya a esas horas lo esperaba mucha gente que venía a hablar con él de política, aunque estuviera desayunando. Ni eso podía hacer a gusto. Salía a las cinco de la mañana porque era, como decían su amigos, "la hora de cogerlo". Así que muy pocas veces teníamos oportunidad de comentar sobre lo que pasaba. Además de eso, Rafael Ángel venía a almorzar muy tarde, nunca antes de la 1:30, 2 de la tarde, por el hecho de que estaba en el hospital hasta las 10 de la mañana, de ahí salía para su despacho, recibía gente, que le iba consultar; otra que quería que fuera a ver algún enfermo a la casa, otra gente para hablar de política, en fin del despacho estaba siempre lleno. Vea como era que se repartían cincuenta o sesenta fichas en la mañana, claro que a veces no podía ver a todas las personas, pero sí a las más enfermas, por lo menos.

Después de que almorzaba, descansaba un rato pequeño, salía esta vez para ir al Congreso, porque al mismo tiempo era diputado y un año fue hasta Presidente de la Cámara. Entonces ya ahí quedaba, como bloqueado, en el Congreso, hasta por ahí de las seis y media de la tarde o hasta más tarde aún.

VILLEGAS:—¿Es decir, que el doctor tuvo con usted vida de hogar apenas cuando se casó y después no tenía tiempo para ello?

DOÑA IVONNE:—Sí, pero además de eso yo tenía también muchas obligaciones, tenía que ayudar muchísimo, con la gente de su partido. Después entró en la campaña su hermano Paco y desde luego su ayuda fue excelente, pero antes Paco trabajaba en un Banco y tenía su tiempo ocupado, por lo que renunció para ayudar a Rafael Ángel.

VILLEGAS:—¿Qué hacía usted en la política?

DOÑA IVONNE:—Lo que yo hacía era recibir recados, transmitirlos recibir a la gente, hablar con ella, hacer visitas, viajar a las diferentes provincias a reuniones, a conocer nuevas personas y a tratar de unirlos al partido.

VILLEGAS:—¿Tenía algún comité, algún grupo de amigas que le ayudaban; que estuvieran cerca de ustedes?

DOÑA IVONNE:—Ah, sí muchísimas. El partido era muy grande y la gente estaba siempre cerca de nosotros, porque no tenían que pedir audiencias, nosotros recibíamos a todo el mundo, y por eso, aun sin comités, todas me ayudaban en mi trabajo por Rafael Ángel.

VILLEGAS:—¿Y en la Presidencia?

DOÑA IVONNE:—También en la Presidencia me ayudaban mucho en la relación con el pueblo, con el que, personalmente tal vez un poquito menos teníamos un contacto estrecho por el hecho de que teníamos protocolarias obligaciones que atender y nos absorbían.

Pero en la campaña no, en la campaña realmente estábamos dispuestos a atender a la gente, a oír sus solicitudes, a ayudar en lo que se podía, a atender visitas, a ir a hacerlas, porque nos invitaban y no nos gustaba rehusar. Así que uno caminaba desde Grecia hasta Cartago en un mismo día, volando, corriendo, yendo, recibiendo, atendiendo, saliendo y volviendo. Era una vida, se puede decir, casi pública, porque la gente estaba en mi casa desde muy temprano y allí permanecían hasta muy tarde.

VILLEGAS:—Como primera dama, ¿qué funciones desempeñaba usted? ¿Tuvo a su cargo alguna otra?

DOÑA IVONNE:—Ayudé mucho sobre todo en la parte internacional. En obras pues sí, también. Muchas obras queríamos hacer pero no se podía porque faltaban fondos para todo esto. Además, el hecho de estar en un mundo en guerra, no había normalidad para hacer las cosas, así que todo era hecho muy empíricamente. Había que atender los sucesos que se avecinaban rápidamente, improvisarlo todo. "Había que andar la procesión y repicar".

Yo era una niña muy consentida de la sociedad, sumamente consentida, no sé por qué, pero era muy consentida, así que tenía muchas invitaciones que atender, muchas invitaciones que corresponder, que eran ya las mías y no solamente políticas sino también de amistad. Por ejemplo, alguna gente que me visitaba que no estaba acostumbrada, para nada, a intervenir en política, por ejemplo como doña Elena Lahmann de Rohrmoser, que era una señora ya de mucha edad, que tenía una distinguida posición aquí, que realmente la política no le interesaba mucho, yo tenía con ella aunque

fuera muy joven, una amistad de afecto, de afecto con toda su familia. Entonces lo invitaba a uno a alguna cosa y desde luego tenía que corresponderlas, y aunque estuviera muy ocupada con la política, no podía decirles: "bueno ya no me ocupo de su amistad porque estoy muy ocupada", así pasaba con Rosalía Lindo y con infinidad de señoras de sociedad, ya eso de atenderlas como lo merecían, era un gran trabajo.

En el ámbito internacional tuve mucho trabajo, muchísimo trabajo, por el hecho de que durante nuestro viaje a los Estados Unidos habíamos adquirido graves compromisos. La situación aquí era muy tensa, por la cercanía del Canal de Panamá, y realmente en toda la parte internacional Rafael Ángel descansaba en mí por la cuestión de idiomas, pues lo hablo el inglés corrientemente, así como todos los idiomas de Europa, pues para nosotros son familiares porque estábamos acostumbrados a oírlos desde jóvenes. Yo hablo francés, alemán, por lo que entonces tenía que entenderme con la gran cantidad de visitantes extranjeros que nos llegaban, así como con la colonia alemana aquí estaba en una situación muy difícil durante la guerra.

VILLEGAS:—¿Tuvieron ustedes problemas con la embajada alemana aquí?

DOÑA IVONNE:—Sí, porque había aquí mucha quinta columna por la cuestión del canal, la que tenía su entendimiento con la embajada, sobre todo el cónsul nos daba problemas, que era el señor Schmdit, pues él era uno de los jefes de la quinta columna. Otro gran trabajo era la situación de todas las instituciones de bien aquí, como por ejemplo, el Hospicio de Huérfanos, el Refugio y otras, que pasaban miserias por lo que efectivamente había que ocuparse de ellas, pues necesitaban ayuda urgente y Rafael Ángel no tenía tiempo para atender todos estos detalles, por lo que me llamaba y así yo iba y arreglaba las cosas lo mejor que se podía. Yo fundé, con doña Julia de Cortés las "Casas Cunas". Igualmente fundé la Sinfónica Nacional y el Conservatorio.

VILLEGAS:—Usted fue la que impulsó la recreación, digamos, de la Sinfónica?

DOÑA IVONNE:—¡Cómo no!

VILLEGAS:—¿Usted trajo a don Hugo Mariani como director?

DOÑA IVONNE:—No exactamente pues Mariani ya estaba aquí. Los músicos nacionales estaban muy interesados en que se hiciera algo para ayudar a su arte porque estaba en muy mala situación. No había apertura para nada, así que con una prima de Rafael Ángel, Consuelo Reyes Calderón, hablamos mucho de música porque a ella le agrada y a mi también, entonces decidimos que íbamos a crear la Sinfónica, y luchando con Rafael Ángel que no tenía plata para esos fines, la creamos efectivamente, claro, no fue nunca una sinfónica como la que se hizo después, pero plantamos dentro de una gran pobreza, esa semilla que tanto ha dado a la cultura musical de Costa Rica. Lo logramos

con mucho trabajo, en el que nos ayudaron muchas señoras de sociedad, como doña Lottie de González, como doña Berta de Berli, que se dieron por entero a esa labor. Tratamos de interesar a la gente, en especial a la adinerada, gente de sociedad, para que nos ayudaran, pues lo que el Gobierno podía hacer era muy poco, por su pobreza. Había que ayudarse también dando conciertos, con entrada pagada, en el Teatro Nacional, para que hubiera plata para que los músicos pudieran estudiar y ensayar siquiera un poquito. Todas esas aventuras fueron muy bonitas, muy interesantes, pues comenzamos con las uñas y ya ve, al paso del tiempo, el esfuerzo por la cultura pagó un buen dividendo.

VILLEGAS:—A propósito de cultura, a ustedes, me refiero al Doctor y a usted, les corresponde en buena parte, lo de la creación de la Universidad de Costa Rica.

DOÑA IVONNE:—Eso fue labor exclusivamente de Rafael Ángel.

VILLEGAS:—¿Alguien influyó en él? ¿Fue una cosa espontánea?

DOÑA IVONNE:—Así es, fue una cosa espontánea de él, un sueño de toda la vida. Fue una de su ansiedades, uno de los proyectos desde hacía mucho tiempo tenía en mente. El veía que aquí faltaba una Universidad, porque comprendía que no todos los padres podían mandar a sus hijos afuera y que el pueblo tenía derecho a la educación superior. Rafael Ángel tenía muchas inquietudes para el bien de su pueblo. Sr. Villegas, quisiera poder explicar muy bien hasta qué punto Rafael Ángel quería a su país, a su pueblo, lo que era para él ser costarricense. El no se hallaba en ninguna otra parte más que en Costa Rica y toda la vida desde su juventud estuvo preocupado viendo las vastas necesidades de aquí. El caminaba hacia adelante sin esperar nada favorable de nadie ni hacía tampoco mucho caso a la oposición que le presentaron a sus proyectos, sino que buscaba abrir campo y llenar espacios con sus ideas y con sus proyectos, si ellos eran para beneficio de todos, entiéndame bien, de todos los costarricenses.

VILLEGAS:—Precisamente el primer decreto que el Doctor Calderón Guardia dio como Presidente de la República fue en el campo de la salud.

DOÑA IVONNE:—Exacto.

VILLEGAS:—Como complemento de esto vinieron dos cosas que me gustaría que usted comentara la creación de la Junta de Habitación, que construyó casas baratas, y lo segundo, un plan que yo vi aplicar, porque era entonces alumno de la escuela, de calzar a los niños costarricenses.

DOÑA IVONNE:—Ese último es un cuento que de veras vale la pena contarle porque usted se va a reír muchísimo.

Rafael Ángel no podía ver a un niño descalzo. Esa era una cosa que lo mortificaba como nadie tiene idea. Decía: "me da tanta vergüenza ser costarricense y vivir con cierto bienestar cuando vuelvo a:—ver todos esos niños que van a la escuela descalzos". Pero no encontraba la forma de remediarlo porque esto era una empresa muy grande y difícil. En ese entonces, yo estaba muy metida con el Hospicio de Huérfanos de donde me habían mandado un recado muy triste, relatándome que la Superior del Hospicio, de su propio peculio, de la plata que le mandaban de su casa, tenía que comprar hasta el jabón porque el Hospicio no tenía las cosas más necesarias. A ella le daba mucha lástima ver que los niños no tenían siquiera colchones para dormir; así que yo pensé que como yo no tenía hijos sería muy bonito dedicarme a servirle al Hospicio de Huérfanos.

Traté de interesar a varias señoras que opinaban como yo, de que podíamos hacer por el Hospicio de Huérfanos algo bueno. Mi primera entrevista con la Superiora fue para hablar sobre todos esos niños descalzos. Yo le conté a Rafael Ángel lo que había visto, para ver si me ayudaba por lo menos a calzar a los niños del Hospicio y, muy desesperadamente me dijo que vería cómo hacer pero que en estos momentos no- podía; la situación del erario era horrible. En tanto yo estaba comprometida con la Superiora del Hospicio de Huérfanos, en ayudar en lo más que pudiera para sacarlos de la excesiva pobreza en que estaba la institución en ese entonces. No sabía muy bien cómo lo haría porque nosotros no estábamos como dije, en una situación boyante, como para disponer dineros de una cosa en otra, a la ligera. Pero si me favoreció la suerte, pues una tarde un señor chino llamado Fu Man Chu, me pidió una audiencia porque quería hablar conmigo sobre un asunto que era importante. Cuando lo recibí me dijo que él era experto en cosas de magia y que quería ofrecirme una función en el Teatro Nacional a beneficio de cualquier obra benéfica que yo quisiera favorecer y que a cambio le prestara el Teatro después para realizar otras funciones para él. Yo le dije que sí, que con mucho gusto haría el trato y que la beneficencia sería para el Hospicio de Huérfanos. Así se acordó y así se hizo. El Teatro Nacional se llenó de gente la noche del debut porque hicimos una gran propaganda. La función fue un gran éxito y en el intermedio los huérfanos se presentaron en el escenario para agradecerle al público su generosidad y para presentar un número a su cargo y así tocaron, si así se puede decir, una pieza musical en una destartalada marimba. Los huérfanos se presentaron desde luego descalzos como andaban en el Hospicio. Rafael Ángel que asistía a la función, se emocionó demasiado. Se sintió tan infeliz de pensar que esos huérfanos andaban descalzos y que todo el mundo en el Teatro Nacional viera ese aspecto tan triste "no se dónde meterme" decía constantemente, pero quién habrá hecho eso? ¿pero quién me habrá hecho esto?

Entonces, Jorge Hine que era nuestro principal invitado, dijo: "Pues vean esa marimba es muy mala. No es justo ni conveniente para estos niños tener una marimba tan mala porque se les falsea el oído". Yo le dije: "por eso no se preocupe, don Jorge, porque podemos mandar a pedir una marimba a Guatemala. Si usted nos la quiere regalar, pues la pedimos desde mañana".

Don Jorge dijo: "con mucho gusto". Todas las gentes que estaban en el palco ofrecieron alguna ayuda. Entonces fue un éxito esa presentación, pero faltaba más: Rafael Ángel se vio tan humillado esa noche, que no pudo dormir y al día siguiente, a las seis de la mañana se levantó, y levantó, llamándolos por teléfono, a todos los ministros para ver de qué ministerio podía sacar la plata para calzar a los los niños escolares del país. La Secretaría de Salubridad Pública que había recibido en esos días una plata de Estados Unidos para construir no sé qué cañería; por cierto eran cuarenta mil colones. Rafael Ángel cayó sobre la plata sin darle al Dr. Mario Luján, Secretario de Salubridad, ni chance de oponerse, y le dio orden a Carlos Manuel Escalante, Secretario de Hacienda, de girar esos fondos para la compra de zapatos y así los alumnos descalzos de las escuelas se calzaron de una vez. Así fue como comenzó eso. Esa es una realidad casi que increíble.

VILLEGAS:—Nunca más se vio niños descalzos.

DOÑA IVONNE:—No.

VILLEGAS:—Así que Fu Man Chú tuvo su parte en que se calzara a los escolares de Costa Rica, sin proponérselo ni saberlo. Luego de eso, hay otra interesante, doña Ivonne, que es lo que comenté atrás sobre las casas baratas.

DOÑA IVONNE:—Esto también lo tenía Rafael Ángel en mente como una obsesión, porque como le dijo, él iba a las grandes fincas de los ricos y veía que los trabajadores vivían en chozas e igualmente sucedía en los pueblos y ciudades, en donde abundaban los tugurios y, por lo tanto veía que al pueblo lo que más le hacía falta, eran casas decentes. No sabía exactamente cómo comenzar con el proyecto de construcción de casas, porque como era tiempo de guerra, los problemas eran grandes. Por ejemplo, no llegaba el cemento, no llegaba hierro ni nada para construir; así que no se podían 'proyectar grandes complejos habitaciones. Pero sí pensó en barrios como el "Calderón Muñoz" en San José y otros en provincias, haciendo lo más que pudo, con la plata que sacó de la Secretaría de Fomento. En ese entonces era Secretario de ese Despacho don Alfredo Volio Mata, que era su gran amigo y que con quien compartió la misma inquietud. Y comenzaron a construir todo lo que se podía ele casas baratas. De inmediato se comenzó con el programa pues en el tiempo nuestro todo lo que se realizó, como siempre, había que hacerlo rápidamente. Se podría decir que la acción tenía que actuada ya, señalando hasta la hora y el día, porque si no ya no so hacía. Porque eran tantas las cosas que había que realizar, eran tantísimas obras que había que emprender, que si uno se ponía a pensarlo mucho, nada se concretaba.

VILLEGAS:—Mientras estaban ustedes empeñados en esos programas aparecía otra obra. Una obra cumbre: La Carretera Interamericana, y se suscribió para hacerla, un contrato de préstamo con los Estados Unidos por seis y resto de millones de dólares.

DOÑA IVONNE:—Exacto. Los Estados Unidos hasta en ese momento acuciados por la guerra, comenzaron a abrir los ojos y a ver la urgente necesidad de establecer por tierra su comunicación con el Canal. Esto era absolutamente necesario y entonces, hasta entonces, se pudo tratar con ellos y comenzar a hacer cosas, pues ya Somoza, en Nicaragua había comenzado, mientras con nosotros esperaban, quien sabe qué, pues la situación era difícil para ellos, pero, a la larga era que no se fiaban de nosotros, de nuestra lealtad. Por otra parte quizás pensaban que la plata se la iban a robar y no se construiría la carretera.

VILLEGAS:—¿Usted tuvo una participación en estas cosas?

DOÑA IVONNE:—No, en absoluto. Todas esas cosas Rafael Ángel las hizo por su propia cuenta y las tenía pensadas desde todo los tiempos. Pidió varias veces a Somoza, cuando fuimos a Nicaragua, que le ayudara a convencer a los americanos de que construyeran la vía Panamericana, como se la llamaba, en el trecho correspondiente a Costa Rica.

VILLEGAS:—Estuvo usted con el Doctor en Montelimar cuando aquella famosa fotografía en vestido de baño, del Doctor con Anastasio Somoza, que fue llamada en guasa "pacto del vestido de bao"?

DOÑA IVONNE:—Sí, ya lo creo que sí. Somoza sabía ser un compañero muy jovial, muy abierto y muy amistoso. Era una amistad fácil de cultivar, pues era una persona fácil y abierta, y Rafael Ángel, sabía perfectamente cultivar la amistad. El tenía un don muy especial para eso. Se puede decir era un gran amigo de una hidalguía y de una fineza. Usted veía a Rafael Ángel, e inmediatamente Rafael Ángel lo conquistaba, porque tenía un modo de ser muy agradable, cuando él quería, desde luego, como nos pasa a todos, ¿verdad?

VILLEGAS:—Al Doctor lo afectó en algo, aparte de lo moral, de lo afectivo, en la parte administrativa, la muerte del Doctor Calderón Muñoz?

DOÑA IVONNE:—¡Ah, tremendamente! Rafael Ángel admiraba a su padre en una forma extraordinaria y tenía razón de hacerlo, porque el Doctor Calderón Muñoz era algo excepcional. Desde joven quiso ser parecido al Doctor Calderón Muñoz y para ello luchó mucho. Para él, el Doctor Calderón Muñoz era un ejemplo, un ideal. Para él ser parecido a su padre y ojalá hasta superarlo fue el afán de toda la vida. Su deceso fue de gran dureza para Rafael Ángel.

VILLEGAS:—¿Paco le ayudó al Doctor Calderón?, o fue como decían algunos, incluso los más allegados a ellos en aquellos tiempos, ¿el que le causó problemas?

DOÑA IVONNE:—Entre Rafael Ángel y Paco no había problemas, porque eran dos hermanos que se querían entrañablemente. Paco era muy distinto a Rafael Ángel, pero

Rafael Ángel éso lo aceptaba y convivía con él muy fácilmente, por el hecho de que él pensaba que Paco era distinto porque en su familia, en su hogar, siempre hubo una gran preferencia para él. Rafael Ángel nació privilegiado. Fue el hijo mayor, fue los ojos de la cara del padre y de la madre. La madre se pasaba enamorada de su hijo. Primero porque se parecían mucho, además tenían una diferencia muy pequeña de edad, porque ella tuvo a Rafael Ángel cuando apenas cumplía 16 años. Así que fueron compañeros, y compañeros muy afines. A mi suegro entonces lo que le llamó mucho la atención en su hijo, fue su gran humanidad. Mi suegro vivía muy feliz de esa gran calidad que tenía Rafael Ángel, porque él la tenía también y le hubiera dolido mucho haber tenido dificultad con su hijo en ese sentido, es decir, que hubiera tenido muchos más afanes materiales. Pero fue muy feliz al ver que su hijo era como él, desinteresado, que le gustara la medicina. Yo siempre le decía a mi suegro, "Doctor -porque yo me llevaba muy bien con él- el único defecto que yo le he encontrado a usted después de haberlo estudiado tantos años, es el apasionamiento tan grande que Ud. tiene para sus hijos". Porque esa es la verdad, era apasionado con sus hijos y con Rafael Ángel, ni hablar, le admiraba mucho su coraje, su afán de hacer algo para el país. Encontró en Rafael Ángel muchas cosas parecidas a él.

VILLEGAS:—Entonces la muerte del Doctor Calderón Muñoz, fue un gran vacío, porque usted me acaba de decir una palabra muy importante en esto: coraje. Es muy bueno el coraje pero se necesita, siempre, a alguien que lo estimule a uno, y me imagino que el Doctor Calderón Muñoz estimulaba a su hijo el Presidente.

DOÑA IVONNE:—Demasiado, demasiado. Con Paco era diferente. Con Paco el Doctor Calderón Muñoz quiso compensar, en todo lo que él podía, ese privilegio que había tenido Rafael Ángel con doña Ana María y con él, que hasta cierto punto encontraba injusto, así que trataba de balancear su cariño hacia Paco, con comprensión, con tolerancia, con toda clase de cosas que Paco necesitaba y que hasta cierto punto era justo que las tuviera. Pero nunca encontró en Paco lo que realmente encontró en Rafael Ángel.

VILLEGAS:—Eran sin duda dos personas distintas.

DOÑA IVONNE:—Eran dos personas distintas. Y para el Doctor Calderón Muñoz, significó muchísimo porque lo que él encontró en Rafael Ángel fue precisamente lo que había sido su vida y su sueño.

VILLEGAS:—Doña Ivonne, antes hablamos de dos personas que son importantes en esto. Uno, don Jorge Hine Saborío y el otro don Alfredo Volio Mata. Don Jorge fue designado en la Presidencia con el Doctor y más tarde rompió con él. Incluso según unas declaraciones que en una oportunidad me dio don Manuel Mora, don Jorge fue una de las personas que estuvo tratando de fomentar un golpe de estado en contra del Doctor.

DOÑA IVONNE:—Como no, pero Jorge Hine era una bella persona, no se puede negar. Era un caballero. Pero era un poquito superficial. Era un señor de sociedad, del Club Unión, de todas estas cosas superficiales de la sociedad que nosotros conocemos, que en todas partes del mundo son iguales. Quería mucho a Rafael Ángel y se puede decir que las relaciones entre Rafael Ángel y Jorge Hine fueron más que todo como sociales, no afines en maneras de pensar. Eran amigos, eran hidalgos, eran gentes que se veían mucho, que se frecuentaban mucho y por eso Rafael Ángel lo cogió para representar al gran capital dentro de su gobierno. Cuando el gran capital se le tiró encima a Rafael Ángel, Jorge Hine no tuvo la estabilidad, ni la madurez para darle el apoyo, que tanto necesitaba, sino que se el hizo a un lado, a pesar de ser Designado a la Presidencia.

VILLEGAS:—Ese es uno, el otro fue don Alfredo Volio Mata, don Alfredo Volio fue Secretario de Fomento y se retiró del Gabinete.

DOÑA IVONNE:—Ahí lo que intervino fueron las ambiciones presidenciales. Rafael Ángel y Alfredo fueron grandes amigos, pero nunca con la intensidad con que lo fueron los Escalante Durán con respecto a Rafael Ángel. Ellos fueron amigos de la infancia del Doctor. Así es que entre ellos había un poco de intimidad más profunda. En cambio, la amistad con Alfredo Volio fue una amistad que comenzó a través de la política. Rafael Ángel era amigo de la esposa de Alfredo, Marta Escalante, más que de Alfredo mismo. Ellos consideraban que le debían el nacimiento de su hijo en el que hubo problemas y porque fue el médico de la casa también, y eso se lo agradecían así que hubo una buena amistad, pero entre eso y la futura situación política había su diferencia. Por ejemplo, uno podía ver que el candidato de la oposición al Gobierno de Rafael Ángel, sería don León Cortés. Eso no lo dudaba nadie. Lo podía dudar alguien en el principio un poquito, pensando en que a don León le faltaba valentía para meterse en la aventura, pero algunos habían determinado impulsarlo como candidato, para ver si acaso con él de Presidente, se podía echar abajo todo lo que las leyes sociales. Así es que se daba la candidatura de León Cortés como un hecho. Y Rafael Ángel por más intimidad que tuviera con Alfredo, por el cariño más grande que tuviera para Alfredo, nunca pensó que este lo podía, como lo deseaba, sustituir. El realmente no era "volista". Pensaba que se necesitaba buscar otro candidato, de mayor envergadura, la que no le encontraba a don Alfredo. Así que cuando Alfredo se dio cuenta de que no contaba en su aspiraciones presidenciales con Rafael Ángel se resintió en tal forma, que renunció, violentamente, a su puesto y él y su familia dejaron la amistad con nosotros, convirtiéndose en adversario furibundo.

VILLEGAS:—Pero antes de ese problema habían buscado a otra persona?

DOÑA IVONNE:—Si, se había pensado en otras personas, pero no había tenido la aceptación necesaria. Primero se pensó en don Alberto Echandi quien no fue aceptado por la parte, se puede decir, de la gente rica del partido. Ellos dijeron que les podría hacer la misma cosa que había hecho ya una vez, que a la primera dificultad saldría corriendo. Y así es que se le objetó alegando que se necesitaba una persona bien segura y

fuerte frente a León Cortés. Después se pensó en Carlos Manuel Escalante, que era una bella persona, pero resulta que tampoco tuvo la aceptación necesaria por parte del partido en general. Rafael Ángel lo paseó bastante. lo llevó a todas partes para ver qué consenso se podría tener con él; y vio que efectivamente se necesitaría bastante tiempo más para que Carlos Manuel realmente fuera aceptado por el partido. En esos momentos no despertaba entusiasmo. Entonces Paco Calderón decidió que la persona más adecuada para enfrentarla a don León sería Teodoro Picado.

VILLEGAS:—¿Tenían ellos amistad de previo con don Teodoro?

DOÑA IVONNE:—Sí, tenían una amistad pero no muy grande, porque Teodoro Picado entró al partido Republicano Nacional muy al final de la campaña de Rafael Ángel, y además, la conexión de don Teodoro les gustaba mucho por su amistad con don Ricardo Jiménez. Porque don Ricardo Jiménez, como lo dije antes, hizo las paces con Rafael Ángel, escribió en los periódicos, a favor de sus leyes sociales. Así que se pensaba que como don Teodoro había hecho varias veces la política de don Ricardo, que era muy cercano a él, que tenían entrenamiento político de plaza pública, de gran elocuencia al hablar, con mucha preparación política y de una gran cultura. Es decir, encontraban que era una persona con magníficas condiciones para hacerle frente a un candidato ya entronizado en el país como era don León Cortés.

VILLEGAS:—¿Entonces cuando una vez la policía golpeó a don Alfredo Volio, ya no había amistad entre ustedes?

DOÑA IVONNE:—No había la menor amistad.

VILLEGAS:—¿Entonces esa golpeada, no fue el motivo del enojo?

DOÑA IVONNE:—No, en absoluto, para entonces ya no había la menor amistad. Yo traté de arreglar mucho esta situación por medio de su tía Clemencia Mata Bonilla, mi gran amiga y a través de la madre de don Alfredo, pero no fue posible porque ese resentimiento fue tan grande que no fue posible remediarlo.

VILLEGAS:—Por esos tiempos, comenzando el 42, ya en guerra con el Eje, suspendidas las garantías individuales señaladas en la Constitución, se produjeron las elecciones de medio período. Fueron una elecciones dentro del modelo costarricense de aquel tiempo, más o menos regulares. El Doctor mantuvo siempre su mayoría en el Congreso, no hubo mucho fraude, pero ya se plantea la ruptura con León Cortés. Hablemos sobre la enemistad de don León con el Doctor. ¿El Doctor le resentía a don León algún agravio?

DOÑA IVONNE:—Desde luego. Le resentía expresiones bastante desfavorables, porque don León tenía esa particularidad de ser burlón y grosero. No sé si esa era su

costumbre con todo el mundo o si realmente era por antipatía con Rafael Ángel. Pero sí, don León se expresaba mal de Rafael Ángel, se reía de él, trataba de intrigar bastante en contra de su afanes. Indudablemente no era partidario de las leyes sociales, porque decía que esa era una cosa que no iba a durar, que no tenía motivo de existir aquí.

Don León además no tenía una visión internacional amplia, era una persona que tenía cualidades políticas muy grandes, desde luego, pero internacionalmente en realidad no se daba cuenta ni tenía la visión de todo lo que estaba sucediendo especialmente en Alemania. El pensaba que todo lo que se decía contra los nazis era una propaganda falsa, pues él era muy pro alemán. No veía la necesidad de que el país tomara un rumbo claro, definido en ese momento de guerra porque creía que era una cosa en la cual nosotros podíamos estar muy involucrados por la cercanía del Canal y por nuestra amistad con los Estados Unidos y que eso nos perjudicaría. Así que todo lo separaba de Rafael Ángel; su modo de ser, su modo de pensar, su mentalidad, su visión de la situación. Eran dos seres para no llevarse muy bien. Nada, en absoluto, les unía.

VILLEGAS:—¿Entonces el Doctor decidió enfrentársele?

DOÑA IVONNE:—Al principio no quiso enfrentársele. Hay que reconocerle la verdad. El trató de mantener una situación no muy amistosa con él, pero por lo menos estarían contentos, pues él quería mucho a su familia, en especial a doña Julia, la esposa de don León, a quien le debía muchos favores, y también se llevaba bien con don Luis Fernández, hermano de doña Julia, así como con los hijos de don León, Javier y Otto.

Era íntimo amigo de Otto, hasta que pasó la cuestión de la Presidencia del Congreso. Con Javier fue amigo hasta el final de su vida, así como de su señora. En distintas formas trató de transformar antipatía que se tenía en una relación un poquito fría, pero relación al fin, pero no fue posible. Don León tenía su plan de volver a ser candidato. También había gentes por ambos lados, que les calentaban mucho la cabeza. Las intrigas de los intereses creados de las gentes favorecidas y no favorecidas, de todas esas cosas que son tan comunes en los grupos políticos, en donde por un interés creado no satisfecho, empiezan a calentarle la cabeza a las personas involucradas, hasta que las distancian y las ponen a pelear. En esos años hubo mucho, muchísimo de eso. Dentro del mismo partido había unos a favor del Doctor y otros en contra, y así se fueron creando problemas entre él y don León, que degeneraron en una franca enemistad.

VILLEGAS:—¿Así entonces nació la candidatura de don Teodoro Picado. ¿Paco la impulsó? ¿Esto fue despuecito de las elecciones de medio período?

DOÑA IVONNE:—Exacto, inmediatamente después. Apenas se esperó que pasaran esas elecciones para lanzarlo, lo que fue una manera diferente, así la historia hubiera sido distinta.

Si, por ejemplo, Paco no hubiera tenido tanto interés en proclamar a Teodoro como candidato, muchos de los amigos no se hubieran resentido tanto, se podría haber amalgamado otra situación completamente en fin, fue un tuerce muy grande que se operara de esa manera. Pero también fue producto de ese eterno miedo a don León.

VILLEGAS:—Ya nos dimos cuenta que Paco Calderón insistió mucho en don Teodoro. ¿Alguna otra gente más participó en esta metida de don Teodoro al Doctor Calderón?

DOÑA IVONNE:—Claro que sí, muchos de los partidarios. En el gobierno Paco formó un grupo muy aparte, muy separado de los otros ministros, porque él consideraba que era la persona, desde luego, más allegada a Rafael Ángel, y que las influencias en el gobierno después de las de Rafael Ángel tenían que ser las de él y no las de ningún otro ministro. No toleraba que ningún ministro pasara por encima de él. Y los ministros tampoco toleraban que Paco se metiera en sus cosas, así que formaba casa aparte en lo que no estaba de acuerdo con ellos en especial en cuanto a quien sería el futuro candidato. Claro que Paco tenía un poquito de razón en eso porque cada ministro quería ser el próximo candidato presidencial y eso estaba por crear más problemas, aún, al Gobierno.

VILLEGAS:—Doña Ivonne, a estas alturas hay una pregunta que me parece que debo formularle. Cuando el Doctor salió electo candidato, antes de pensar en él, don León Cortés le había ofrecido la candidatura a don Ricardo Pacheco y a don Juan Rafael Arias, y ninguno de los dos quiso aceptar. Cuando ya el Doctor era Presidente, ¿se pensó en algún momento en alguno de estos señores como candidato?

DOÑA IVONNE:—Muy recién entrados nosotros al gobierno, Rafael Ángel se reunió con los hombres fuertes del capital de aquí y de los que en general ponían al presidente, de los que formaban las fuerzas del Club Unión, pero, como dije, no fue aceptado ninguno de los propuestos, pues se necesitaba, realmente, a un hombre acostumbrado a la política pasada y con visión para la del futuro y además de eso con visión del momento. Porque en ese mismo momento, cuando nosotros llegamos a la Presidencia de la República, el país dio una gran vuelta, Costa Rica comenzó a tener una importancia mucho más grande que antes.

VILLEGAS:—A ponerse "el pantalón largo", digamos.

DOÑA IVONNE:—Exacto.

VILLEGAS:—Entonces, ¿pensaron en don Teodoro?

DOÑA IVONNE:—Sí, pero bastante después, porque Teodoro hasta había sido jefe de acción de don Ricardo en la última campaña y Secretario de Estado.

VILLEGAS:—Pero, era un hombre enérgico?

DOÑA IVONNE:—Ah, no, enérgico no, pero sí muy preparado.

VILLEGAS:—Pero eran dos estilos distintos, el del Doctor y el de don Teodoro.

DOÑA IVONNE:—Completamente y se sabía que Rafael Ángel era una cosa nueva, era un cambio total. Una cosa nueva muy bien manejada porque Rafael Ángel jamás se presentó como una persona desaforada por lanzarse a la candidatura por la Presidencia de la República, sino como un hombre con una gran calidad humana, dispuesta al servicio del país.

VILLEGAS:—¿Usted lo estimuló a lanzarse como candidato a la Presidencia?

DOÑA IVONNE:—Pues no hubo que estimularlo.

VILLEGAS:—¿Pero usted debe haber tenido alguna influencia en esa postulación?

DOÑA IVONNE:—Pues hasta cierto punto sí, porque yo veía que era necesario que las cosas cambiaran aquí, que sus ideas, eran buenas. Yo admiraba mucho a Rafael Ángel porque encontraba, no sé si puedo ser bien explícita en eso, que Calderón Muñoz era uno de los grandes valores que tenía el país. Yo tenía una admiración grandísima por él, tan europeo como costarricense, así que yo lo entendía muy bien. Tenía una gran cultura, poseía una biblioteca de varios cuartos, era una persona de una calidad humana extraordinaria y de gran inteligencia, pero a Calderón Muñoz le faltaban agallas, era demasiado humilde, pero para mí era uno de los grandes valores del país. Y yo encontraba que Rafael Ángel había heredado mucho de su padre, pero sobre todo su gran calidad. Paco heredó de mi suegro la inteligencia y era muy astuto, mucho más corrido, se podría haber dicho que el mayor era Paco y no Rafael Ángel, pero este sacó de su padre la calidad humana, que era extraordinaria y yo estoy absolutamente convencida que era muy difícil encontrar en el país otra persona así, por eso debía ser Presidente de la República, para hacer realidad su inquietudes en favor del pueblo, pero yo veía que Rafael Ángel no estaba tan dedicado a buscar la Presidencia aunque veía la necesidad absoluta de hacer nuevas cosas, de cambiarlas, de intervenir en política, como su padre que había intervenido mucho en política en los tiempos pasados. Rafael Ángel a los 18 años fue diplomático en el tiempo de los Tinoco, en Honduras, lo mandaron allá unos meses más, así que siempre estaba ligado a la política y encontraba que tenía que participar, no precisamente como candidato a la Presidencia, pero sí tener su cuota de poder, para poder hacer algo por su país.

VILLEGAS:—¿En la promulgación de las leyes sociales, en esos momentos difíciles, cuando el Doctor estuvo a punto de caerse, usted le metió el hombro?

DOÑA IVONNE:—Como no. Yo le metí el hombro. Precisamente cuando estaba a punto de caerse. Al principio, cuando anunció su decisión de promulgar las Garantías Sociales, me asusté aliguito, porque pensaba que tal vez se estaba adelantando un poquito a la comprensión de este pueblo, dudaba de si se podría aplicar o no esta verdadera revolución, así que un día le dije: "Rafael Ángel, no cree usted que es muy temprano para hacer estas cosas, que hay que ir poco a poco y no tan de golpe para cambiarlo todo; porque veo que aun la gente no entiende bien de qué se trata esto, no aceptan el cambio, que era muy difícil que ellos pudieran cambiar de golpe su mentalidad". El no aceptó mis razonamientos. Tenía mucho más valor que yo y me contestó con mucha gravedad: "Si no las promulgo yo no las promulgará nadie. Gústele a usted y a sus amigos o no, yo las promulgo". Yo admiré esa decisión. Pensé que era una barbaridad no aprovecharlo y entonces le alenté mucho sobre todo porque era una cosa que existía en mi país, a la cual yo estaba acostumbrada y encontraba que era una barbaridad que no existieran aquí esos tipos de protección a los pobres trabajadores. Para mí ver niños descalzos, peones tratados mal y viviendo en pocilgas, le digo la verdad, Villegas, me chocaba mucho. Y yo encontraba que esas leyes le devolvían al trabajador su dignidad, que era una cosa humana. Rafael Ángel era una persona que con ésa calidad humana se realizaba él mismo y no medía las consecuencias. ¡Ni le importaban!. Lo que le importaba, lo digo mil veces, era el bienestar de su pueblo.

VILLEGAS:—En ese tiempo, durante la tramitación de las garantías sociales don Teodoro Picado aparece como el candidato a la Presidencia y comienzan las relaciones con el partido comunista.

DOÑA IVONNE:—Exacto.

VILLEGAS:—Es cuando don Manuel Mora le ofrece su apoyo al Doctor para que no lo quiten.

DOÑA IVONNE:—Así es. Yo tengo que reiterar que se prefirió a don Teodoro Picado, porque estaba más preparado para luchar contra León Cortés, porque Rafael Ángel estaba convencidísimo que si volvía al poder León Cortés derogaría sus leyes sociales. Y eso lo defendía él como fuera, a como hubiera lugar, a muerte, aunque todavía nosotros no estábamos tan seguros de que Teodoro fuera el hombre capaz de sostener estas leyes sociales y hacerle frente a los tantos problemas. Sí sabíamos que era hombre de Paco, y el que iba a mandar durante su gobierno era Paco, sea que Teodoro estaría amarrado. Esa fue una de las cosas que se "pasearon" en Teodoro, porque él no era persona para estar amarrado, era, demasiado preparado, demasiado apto para vivir en la política y él consideraba que podía hacer sus cosas y al no poder actuar sin Paco se sintió humillado.

Eso con los Calderón Guardia y otros problemas personales, causaron mucho daño a don Teodoro, que fue su gran tragedia porque se malogró a un gran hombre.

Entre Rafael Ángel y Teodoro no había diferencias o roces, ni nada de esas cosas, pero Teodoro nunca fue calderonista. Nunca fue tampoco partidario de las verdaderas ideas socialcristianas.

Teodoro fue jefe de acción de Ricardo Jiménez, que era el jefe del liberalismo en Costa Rica, y naturalmente él estaba imbuido por esas ideas y las vivía. Fue un gran demócrata, pero nunca fue un socialcristiano y por eso con Rafael Ángel él nunca tuvo la misma afinidad que tuvo con Paco, sino que más bien divergían en ideas. Teodoro tenía grandes aspiraciones de ser Presidente de la República, pero no tanto por su humanismo, sino por su manera demócrata de ser, su gran intelecto encima de todas las cosas, por haber sido la persona más allegada a Ricardo Jiménez, pero nada más.

VILLEGAS:—¿En alguna ocasión comentó con ustedes esa situación de sentirse humillado?

DOÑA IVONNE:—No, pero lo noté. Lo comprendí, porque como yo no había sido picadista, para nada, porque don Teodoro había sido impuesto por Paco, y él sabía que yo había luchado contra Paco en eso, no me tenía confianza.

VILLEGAS:—¿Con quién estaba usted?

DOÑA IVONNE:—Con don Alberto Echandi. Yo quería a don Alberto Echandi. Pensaba que era quien mejor podría desempeñar el cargo.

VILLEGAS:—¿Eso le creó problemas de familia?

DOÑA IVONNE:—Muchísimos.

VILLEGAS:—¿El Doctor, era picadista?

DOÑA IVONNE:—Ah, claro que sí, desde luego. Rafael Ángel no era echandista, no por don Alberto, si no por Mario, que era íntimo amigo de Ulate y que tenía gran peso sobre don Alberto, porque era el abogado de la familia y aunque don Mario no trabajaba mucho como abogado, era el hijo que estaba más cerca de don Alberto para todas sus cosas políticas, porque Arturo era finquero, Max trabajaba en Puntarenas, Alfredo nunca fue político. El que tenía influencias era Mario, que estaba ciento por ciento en contra de Rafael Ángel, con don Otilio Ulate desde siempre.

VILLEGAS:—¿Don Otilio tuvo alguna vez relación de amistad con el doctor?

DOÑA IVONNE:—Como no. Voy a contar una cosa; casi increíble: el primero que lanzó la candidatura Presidencial de Rafael Ángel muchos años antes de obtenerla, fue

don Otilio Ulate. Otilio Ulate llevó una de las primeras serenatas que le dieron a Rafael Ángel, un 24 de octubre, a la casa donde vivíamos en Barrio Otoya.

VILLEGAS:—¿Por qué 24 de octubre?

DOÑA IVONNE:—Por ser el día de San Rafael. Llegó con un grupo de gente, con una serenata, haciéndole un gran homenaje más político que de amistad. Don Otilio se paró sobre una silla y en su discurso lanzó prácticamente la candidatura presidencial de Rafael Ángel y dijo entre otras cosas: "Ahora que estamos aquí en su casa, con su señora y sus hijos.." Yo pensé, pero quién es ese señor que lanza una candidatura y no sabe que no tenemos hijos?, entonces me pareció rarísimo, me dio la sensación de charlatanería.

VILLEGAS:—¿En qué año fue más o menos eso? ¿Durante la Administración de don Ricardo o de don León?

DOÑA IVONNE:—En la Administración de don Cleto.

VILLEGAS:—Entonces bastantes años antes de que en efecto el doctor fuera candidato a la Presidencia. Deduzco que tenía una buena relación Ulate y el Doctor.

DOÑA IVONNE:—¡Ah, cómo no, claro!, lo que pasa es que esa relación muy rápidamente se echó a perder porque Ulate y Rafael Ángel no estaban hechos para comprenderse. Porque Ulate para mí era una persona a la que le gustaba mucho la maldad. Le gustaba mucho hacer las cosas por medio de intrigas, iba por un camino distinto al de Rafael Ángel. El Doctor no hacía las cosas por complacerse a sí mismo sino por necesidad, por servir. Por eso es que eran completamente diferentes y no podían ser amigos mucho tiempo.

VILLEGAS:—¿El Doctor actuaba así por cálculo?

DOÑA IVONNE:—¡Ah, no, claro que no! ni por interés personal.

VILLEGAS:—¿Comenzó Ulate a atacar al Doctor desde el comienzo de la administración?

DOÑA IVONNE:—Sí, desde el comienzo de la administración y aun desde antes. No le gustaba para nada las cosas de Rafael Ángel. Siempre decía: "de ese angelito, líbranos Señor". Adelante hablaremos más de Ulate.

VILLEGAS:—A propósito de angelitos, al Doctor se le decía "el cristianísimo Calderón Guardia", unas veces por chota y otras porque la gente veía que el Doctor era un católico practicante, casi un beato.

DOÑA IVONNE:—Sí, él era muy religioso.

VILLEGAS:—¿Las relaciones de él con la iglesia siempre fueron buenas?

DOÑA IVONNE:—Muy buenas.

VILLEGAS:—¿Pero Monseñor Sanabria después de que se promulgaron las garantías sociales siguió prestándole todo el apoyo al Doctor?

DOÑA IVONNE:—Absolutamente en todo.

VILLEGAS:—En algún momento le negó la colaboración?

DOÑA IVONNE:—En ningún momento flaqueó; todo lo contrario, estuvo muy de acuerdo con él en su lucha por la seguridad social, por las Garantías Sociales.

VILLEGAS:—¿Cuando se hizo el pacto entre el Partido Republicano Nacional, con don Teodoro Picado como candidato y Vanguardia Popular, en 1943, el Arzobispo se opuso en algo?

DOÑA IVONNE:—En absoluto. Fíjese usted que el Arzobispo no le tenía nada de miedo a Manuel Mora y a su Partido Vanguardia Popular.

VILLEGAS:—¿Comentaron ustedes alguna vez ese apoyo Clerical?

DOÑA IVONNE:—Muchas veces. Mi suegro era muy católico, muy religioso y mantenía relaciones muy estrechas con la iglesia. Tenía todas las encíclicas de León XIII en su biblioteca. Era muy allegado a la Curia y a los obispos y a todo lo que es la iglesia. Rafael Ángel era también católico, pero más frío, más moderno, menos fanático, si se puede decir. Calderón Muñoz rezaba el rosario todas las mañanas antes de salir de su casa. Para él el matrimonio civil era abominable. En cambio Rafael Ángel era más liberal, más abierto. Rafael Ángel era hasta cierto punto un poquito tímido, no era muy abierto en expresar sus sentimientos, si no que le gustaba reservarse, le gustaba que uno adivinara las cosas. No le gustaba decirlo todo; al contrario, al hablar, quedaba en suspenso.

Con Paco las cosas eran distintas. Con él usted hablaba y de una vez sabía dónde estaba parado. Rafael Ángel era mucho más introvertido, mucho más tímido, mucho más prudente y mucho más tolerante, con una prevención muy grande. Nunca se comprometía demasiado. Como dicen los ingleses, no se entregaba, no se dejaba amarrar.

VILLEGAS:—Dentro de ese contexto, don Teodoro metido por Paco, aceptado por el Doctor, el Doctor con el miedo de que don León fuera a quitar sus garantías sociales, aparece una famosa reforma constitucional para alargar el período presidencial.

DOÑA IVONNE:—¡Ah, sí claro! Hay que decir la verdad, Rafael Ángel pensó en que por todas las cosas que pasaban entonces, porque el resultado de la guerra no se definía aún y él no podía abandonar la amistad con los americanos, pues ellos pasaron un tiempo muy difícil aquí cuando comenzó la guerra en 1939, estando don León Cortés en el poder, hasta mayo del 40. Fue un lapso para ellos angustioso, ya que, como lo he dicho don León era pro alemán y aquí podrían suceder muchas cosas, y ellos juraban que nunca más volverían a pasar un tiempo así, porque les había costado demasiado caro y hubo mucho susto por la situación del Canal, así que vio que había una probabilidad de alargar la Presidencia aunque fuera en unos dos años, porque como no se había definido la guerra, ni tampoco las reformas que pretendía tenían solidez, sino que todo estaba en gestación, en un principio muy difícil, entonces se quiso ver si se podía alargar el período presidencial y no entregar tan rápidamente el Poder a don Teodoro que de seguro iba a ganar, porque encontraba que Teodoro, aunque fuera amigo suyo y todo lo que se quiera, tenía muchas dificultades y no estaba muy seguro de contar con él, porque Teodoro no tenía la sagacidad con Manuel Mora que tuvo Rafael Ángel.

Vea, yo no sé si usted está de acuerdo conmigo, don Guillermo, pero con el comunismo no se puede pactar, eso es innegable. Si usted pacta con el comunismo está perdido. Rafael Ángel sabía. eso mejor que nadie.

Al final a don Teodoro se lo comieron. Ya eso lo sabemos. Pero Rafael Ángel que era perpicaz decía: "si Manuel Mora me pide hasta aquí, voy a darle hasta allá" y tenía el valor para hacerlo porque, como yo le dije, tenía esa calidad, él hacía lo que hacía no por hacerlo bien hecho sino porque lo hacía, porque se realizaba dentro de lo que hacía. No le gustaban los abogados porque decía que los abogados todo lo echaban a perder detrás de un escritorio, papeles, mesas redondas, conferencias, etc. El era cirujano y decía que había que cortar el nudo donde había que cortarlo y ya. El pensaba que Teodoro era abogado y que Manuel Mora como abogado era muy inteligente y muy listo. Admiraba mucho la inteligencia y la preparación de Manuel Mora. Así que tenía miedo, no por él, sino por Teodoro y alguna vez me dijo: "me lo van a echar a perder todo, a ver si hacemos la reforma constitucional y alargamos el período presidencial". Por cierto que el diputado que propuso alargar el período de Rafael Ángel, fue don Francisco Orlich. Rafael Ángel lo había ayudado para que comprara varias propiedades en San Ramón.

VILLEGAS:—¿Por qué fracasó?

DOÑA IVONNE:—Porque ya para entonces Rafael Ángel tenía muchos enemigos, como don Otilio Ulate que trabajaba mucho en su contra. Tenía ya la enemistad del señor Figueres. Don José Figueres en ese entonces era un don nadie, pero tenía ya a los

"glostoras". Rafael Ángel tenía ya el país en contra por el miedo a Manuel Mora, porque la gente no entendía que Rafael Ángel "se estaba paseando" en Manuel Mora, y creía lo contrario.

VILLEGAS:—Pero "los glostoras", no significaban mayor cosa electoralmente hablando.

DOÑA IVONNE:—Pues electoralmente no significaban pero como formadores de opinión no dejaban de significar, porque dentro de ellos estaba Rodrigo Facio, más tarde, un académico brillante que escribía magníficos artículos y tenía el Centro para Estudios de los Problemas Nacionales, que iba cogiendo fuerzas, entre los maestros y la gente intelectual. Rafael Ángel tenía en contra al señor Brenes Mesén y a toda la gente más o menos intelectual y además el miedo que mucha gente sentía por Manuel Mora lo perjudicaba.

VILLEGAS:—Fracasó esa parte, pero vino la otra reforma, que fue la que propuso don Ernesto Martén, para que los votos se contaran en la Casa Presidencial. Esto fue por allí de mayo de 1943. ¿Eso nació en la Casa Presidencial?

DOÑA IVONNE:—Eso nació en la Casa Presidencial. Entonces no había Tribunal Electoral y se pensó que convenía hacer las cosas como se proponían, pues así, según era lo corriente, se ayudaría al amigo y se le daba a los americanos, tan preocupados por una posible victoria de don León, seguridad de que las cosas se harían como hubiera que hacerlas, en su garantía.

VILLEGAS:—Que se hiciera lo que se hiciera, pero que ganara el amigo.

DOÑA IVONNE:—Exacto.

VILLEGAS:—En la Casa Presidencial era más fácil hacer lo que fuera, es lógico, pero la reforma esta también falló.

DOÑA IVONNE:—No se hizo así, falló porque aquello fue un burumbún.

VILLEGAS:—¿Y qué decía el Doctor cuando oyó ese escándalo que se armó?

DOÑA IVONNE:—Se afligió muchísimo.

VILLEGAS:—Pero ahí durante el trámite de esa reforma, aparecieron los policías cargando, cincha en mano sobre los adversarios. ¿Quién los mandó? Esas cargas arreciaron luego contra los cortesistas con la ayuda de las brigadas de choque comunistas.

DOÑA IVONNE:—Ese fue un acuerdo de Paco con Manuel Mora. Rafael Ángel no estuvo conforme con eso en el principio, pero cuando vio que todo el mundo lo abandonaba, que se quedaba solo, que no había defensa, y que las cosas así se podrían perder, no tuvo más remedio que doblegarse y aceptar, porque vio que el partido comunista era el que peleaba por esas reformas y que lo seguiría acuerpando como fuera.

VILLEGAS:—¿Manuel Mora iba regularmente a la Casa Presidencial?

DOÑA IVONNE:—¡Ah, muchísimo! Nunca me saludaba, porque yo "era la burguesa". Y, según Carmen Lyra, yo era la persona superflua de la Casa Presidencial.

VILLEGAS:—¿Ah, la atacaba Carmen Lyra.

DOÑA IVONNE:—Me atacaba Carmen Lyra. Era una persona muy inteligente a quien yo admiraba mucho, pero no por eso dejaba de ver que era un poquito envenenada. Carmen Lyra no tenía un fondo religioso muy fuerte, yo lo adjudiqué a eso.

Ella encontraba que yo era un objeto superfluo en la Casa Presidencial. Seguramente alguien le dijo que yo era una gran burguesa ella misma lo interpretó así, no sé, pero lo cierto es que nunca tuvo ninguna simpatía por mí. "Y o sentí mucho esto porque me hubiera gustado ayudarle, pues era una persona muy generosa, sumamente caritativa e inteligente, y a mí me gustaba conocer a todas las personas inteligentes del país, pero nunca me dio oportunidad, porque como digo, no simpatizaba conmigo.

El mismo Manuel Mora entraba a la Casa Presidencial pasando por mi oficina, me veía sentada ahí, pero pasaba recto y nunca me saludó, jamás de la vida. Tampoco creo que él simpatizara conmigo. Probablemente tuvo la impresión de que las luchas que tenía con Rafael Ángel eran por mí y no es cierto, pero en fin, eso fue así. Entre los comunistas yo nunca he tenido grandes amistades, pero siempre le daba a cada uno lo que se merece. Entre ellos ha habido mucha gente valiosa, además de Carmen y Manuel, como don Carlos Luis Sáenz, Fallas, Ferreto, pero realmente contacto directo con ellos nunca tuve.

VILLEGAS:—¿Problemas suyos con el Doctor por la relación con los comunistas?

DOÑA IVONNE:—No tuvimos en absoluto, porque yo no me permití entrar en esos detalles, ni Rafael Ángel lo hubiera aceptado, Pero si, un día que le reclamé que ya no recibía a sus amigos, tal como lo hacía antes, porque a Rafael Ángel hay que reconocerle que nunca se separó de sus amigos ni del pueblo. El recibía'. en la Casa Presidencial a todo el mundo, desde las cinco de la mañana hasta la noche, con o sin audiencia. Un día yo le reclamé que Manuel Mora tenía vía libre en la Casa Presidencial, y que pasaba a verlo antes que muchos amigos que ya estaban molestos por su amistad con Manuel Mora. Me parecía raro que Manuel Mora a todas horas tenía vía libre, cuando los demás

tenían a veces dificultades y tenían que esperar para habla con él, como le sucedía a personas digamos de sociedad, del Club Unión, como don Juan Dent, y sobre toda a personas que no tenía gran amistad con él como Otilio Ulate. Pero entonces me volvió a ver, pensó un ratito lo que iba a decir y por fin se decidió: "¿Sabe por qué soy así con Manuel?, porque es el único que yo no puedo comprar". Nunca más le volví a decir nada, porque pensé que era inútil. El tendría su razón al decir eso.

VILLEGAS:—Pero el Doctor sí le dio beligerancia a Mora en muchas- cosas a cambio de la pequeña ayuda que el partido comunista le dio en el Congreso, con sus votos para las garantías sociales, el Doctor les entregó Juntas de Abastos, por ejemplo?

DOÑA IVONNE:—Indudablemente que el partido comunista tampoco se entregaba así sin sacar sus vetanjas y como era un partido que siempre había sido rechazado y fue la primera vez que tenía una beligerancia semejante con el Presidente, entonces también trató de sacar lo que podía y claro que Rafael Ángel tuvo que darles ciertas ventajas. Pero yo encontré siempre que Rafael Ángel se manejó muy bien con ellos.

VILLEGAS:—¿Logró más de lo que dio?

DOÑA IVONNE:—Logró mucho más de lo que dio.

VILLEGAS:—El pacto de que hemos hablado muchas veces, entre Teodoro Picado y Manuel Mora, valga decir, entre el Republicano y Vanguardia Popular, ¿lo impulsó el Doctor?

DOÑA IVONNE:—Sí, sin embargo, yo le dije siempre, y sigo diciendo, que él le tenía miedo a las relaciones entre Manuel Mora y Teodoro Picado, porque encontraba que Manuel Mora podía ganar la partida. El nunca encontró que Teodoro Picado tuviera la misma visión que tenía él y las mismas agallas políticas, porque en medio de su manera de ser, prudente, reservado y humilde, Rafael Ángel tenía unas agallas políticas muy poco comunes, Villegas, cuando usted iba, ya Rafael Ángel venía de vuelta.

VILLEGAS:—Cuando ya planteó la campaña de don Teodoro, ¿usted se dio cuenta alguna vez que planearan en forma definitiva, cómo iban a actuar contra el cortesismo?

DOÑA IVONNE:—No me pude dar cuenta muy bien, porque en eso Rafael Angel se cuidaba mucho, de que yo no me diera cuenta porque era muy miedosa. Y o no tenía mucha fe en estas cosas, tanto que muchas veces le dije para calmarlo: "Deje llegar al poder a León Cortés. Entre más ligero usted lo deje llegar al poder, más pronto regresa usted a la Presidencia a trabajar por sus leyes sociales, a ponerlas como usted las quiere". Porque no se crea que Rafael Ángel abandonó la Presidencia satisfecho de sus leyes sociales, no. Estuvo satisfecho de ver que lo había logrado, pero de cómo estaban establecidas, de la suerte que corrían y de todo lo que había que hacer todavía no.

El estaba absolutamente seguro de que se necesitaba otra presidencia para poder asegurarlas y enderezarlas, sobre todo lo relacionado con el Seguro Social. Porque él encontraba que era muy difícil que hubiera otra persona aquí en el país que tuviera el mismo concepto sobre esto que él tenía, así que no estaba tranquilo.

VILLEGAS:—¿No se enojaba con usted por ese comentario?

DOÑA IVONNE:—Claro que sí. Entonces me decía: "Vea, Ivonne, cuando yo vaya a gobernar a los belgas le consultaré, pero como ahora estoy gobernando a los ticos permítame hacer lo que a mí me parece".

VILLEGAS:—Durante la campaña de don Teodoro Picado y de don León, se daba toda la violencia que hubo, ¿qué hacía el Doctor? ¿no le preocupaba esa serie de persecuciones contra los costarricenses, las agresiones de la policía?

DOÑA IVONNE:—Claro que sí, le preocupaba muchísimo. Rafael Ángel no estaba realmente de acuerdo con eso, y en muchos casos tuvo su divergencias y molestias con Paco. Muchas cosas le tapaban la realidad, y como se pasaba verdaderamente tan ocupado, le costaba mucho darse cuenta de muchos detalles. Pero sí encontraba que a veces era necesario ser duro, porque de vez en cuando se sentía tan acorralado, y con tanta dificultad por todos lados, que verdaderamente dejaba pasar las cosas porque veía que la situación era verdaderamente difícil y que le costaría mucho sostenerse, si no endurecía su posición.

VILLEGAS:—¿Usted recuerda la manifestación del cortesismo el 6 de febrero de 1944?

DOÑA IVONNE:—Desde luego que sí. Recuerdo también que Rafael Ángel ese día a las "diez de la mañana, se sentía caído. A esa hora se paseaba inquieto por el "*hall*" de la Casa Presidencial y si a León Cortés se le hubiera ocurrido en ese momento llegar allí a reclamarle sus derechos electorales, en la noche nosotros no hubiéramos estado en ella.

VILLEGAS:—¿Al Doctor le informaban cómo se desarrollaba la manifestación?

DOÑA IVONNE:—¡Cómo no! El estaba prendido de la radio oyendo, porque en ese entonces no había televisión. Algunos amigos, por otra parte le mantenían al tanto de la situación, porque Rafael Ángel quería, rápidamente estar informado de lo' que acontecía.

VILLEGAS:—¿Entonces él entendió que León Cortés tenía allí reunida mucha gente?

DOÑA IVONNE:—Rafael Ángel entendió que León Cortés había ganado la partida. El decía que si no se cambiaba algo ahí, ese día, por la noche estaría caído. Me dijo:"Si

León Cortés tiene la fuerza de voluntad de traer a sus partidarios caminando desde la Plaza González Víquez a la Casa Presidencial, a reclamar sus derechos electorales, yo estoy caído. Estoy de por de más, en esta casa,". Entonces claro, me asusté muchísimo y le pregunté: ¿"qué piensa hacer? Dijo: "Tirarme a la calle", y yo le observé: "¿cómo se va a tirar a la calle"? Respondió: "Veré qué hago" y se fue si saber yo en absoluto lo que haría. Quedé preocupada de veras.

Pero como en general cuando Rafael Ángel salía, yo podía averiguar con la telefonista oficial dónde andaba, me fui tranquilizando.

VILLEGAS:—¿Quién era la telefonista?

DOÑA IVONNE:—Hermelinda Navarro. Ella era la telefonista oficial. Fue muy amiga mía y muy adicta. Cuando había dificultades en mi hogar, de cuentos y chismes, me decía: "no me diga nada, pero la voy a comunicar y ni respire, siquiera, para que usted oiga la conversación del Doctor con "fulana de tal".

VILLEGAS:—¿Al Doctor le gustaban mucho las fulanas?

DOÑA IVONNE:—Al Doctor le gustaban mucho las mujeres costarricenses. Entonces me comunicaba para que yo oyera el amoroso coloquio. Ella se justificaba diciéndome: "yo soy leal al Doctor, pero yo quiero que usted salve su hogar". Cuento ese detalle para que se vea hasta donde era amiga mía".

VILLEGAS:—Muchas voces conoció usted, en esas conversaciones, supongo.

DOÑA IVONNE:—Claro que sí, muchas voces por cierto. Bueno yo le decía, "Hermelinda, averígueme dónde está Rafael Ángel", y con rapidez y con una inteligencia grande, en muy poco tiempo me llamaba y me decía, "el Doctor está por allá, o está por acá"; entonces yo me daba cuenta y le podía mandar recados urgentes, que siempre los había. Pero ese día, a poco de salido el Doctor, me averigüé que fue a hablar con Manuel Mora. Después de explicarle la situación decidieron que el partido comunista hiciera un gran bochinche y que fueran a quemar todas las cosas del club del partido cortesista para ver qué hacía León Cortés. Porque Rafael Ángel suponía que don León Cortés no tendría valor de marchar sobre la Casa Presidencial. Manuel Mora no pensaba así, pensaba que si tendría el valor de hacerlo. Y efectivamente sucedió lo que Rafael Ángel presentía: León Cortés, después de la reunión ante el bochinche que hubo entre el partido comunista y sus seguidores, salió huyendo a su casa. Más tarde, Rafael Ángel como el salvador, salió de la Casa Presidencial solo solo, sin acompañamiento, a apaciguar los ánimos y claro, quedo parado. Era el dueño de la situación.

VILLEGAS:—El 13 de febrero de 1944 ¿qué había en la Casa Presidencial ese día de las elecciones?

DONA IVONNE:—Un gran nerviosismo. Un nerviosismo inmenso. Una gran división entre los ministros y Paco Calderón; Los ministros por un lado y Paco Calderón por otro lado.

VILLEGAS:—¿Los ministros qué querían, que se respetaran las elecciones?

DONA IVONNE:—¡Claro que sí!, no solamente eso sino que los ministros estaban en contra de todo lo que sucedía en la campaña política.

VILLEGAS:—¿Cuáles ministros especialmente estaban en contra.

DOÑA IVONNE:—Todos. Los Escalante no tanto; porque ellos siempre fueron adictos a Rafael Ángel, pero en general todos estaban un poquito asustados, esa es la pura verdad. Claro está que Rafael Ángel tenía que jugársela y en eso yo estaba con él.

Los Estados Unidos habían .sentenciado a Rafael Ángel de que tenía que ganar Teodoro Picado, decían que ellos no querían de ninguna manera a León Cortés en la Presidencia por sus antecedentes germanófilos.

El embajador de los Estados Unidos, con instrucciones directas. del Departamento de Estado, insistía en ello.

VILLEGAS:—¿En sus viajes al Departamento de Estado, le dijeron algo de eso?

DOÑA IVONNE:—Claro que no, eran secretos muy grandes.

VILLEGAS:—Sí, ¿pero con quién mejor guardado un secreto que con usted?

DOÑA IVONNE:—Ah, claro, pero los secretos conmigo eran hasta cierto punto, no totales. Pero si, muy seriamente puedo señalar que el Departamento de Estado le había mandado a decir a Rafael Ángel que Teodoro Picado tenía que ganar esas elecciones. Que era absolutamente necesario que ganara las elecciones en Costa Rica, porque ellos con Somoza se encontraban seguros, porque hacía todo lo que ellos decían. Rafael Ángel no se prestaba para todas las cosas ciegamente y ellos, no es que realmente desconfiaban de Rafael Ángel, sí querían presionarlo a lo máximo, para evitar una falla de su parte. Además, él debía quedar como buen amigo, no como traidor.

VILLEGAS:—Bueno, entonces el Departamento de Estado obligaron a que don Teodoro ganara. El doctor estuvo de acuerdo en ello y una parte del gabinete no. ¿Paco ejerció presión para hacer el fraude?

DOÑA IVONNE:—Necesariamente había que salir avante, en ese problema, porque lo era.

VILLEGAS:—¿Usted recuerda esa noche de las elecciones, a las gentes que estaban en la Casa Presidencial?

DOÑA IVONNE:—Desde luego; en la Casa Presidencial estaban todos los amigos de Rafael Ángel, el calderonismo legítimo.

VILLEGAS:—¿Don Teodoro estuvo ahí?

DOÑA IVONNE:—¡Claro que si!

VILLEGAS:—¿Y Manuel Mora?

DOÑA IVONNE:—Manuel Mora también, todos ellos, toda la gente adicta al Republicano Nacional, llegó a la Casa Presidencial desde la tarde.

VILLEGAS:—Don Manuel Mora siempre ha sostenido que no hubo fraude contra don León.

DOÑA IVONNE:—Yo no le puedo decir que hubo fraude o que no hubo fraude en contra de don León, porque hasta ahí no podría yo asegurarlo. Pero yo sí sé que había la decisión absoluta de que don Teodoro tenía que ser electo, y si lo hicieron o no lo hicieron, hasta ahí no puedo decirlo yo porque en eso no estaba yo metida. Ese no era mi campo.

VILLEGAS:—¿Entonces usted no participó en ese asunto?

DOÑA IVONNE:—No participé en eso, pero que sí estaban empeñados Rafael Ángel y Paco en que Teodoro tenía que salir electo, por las razones que he dado.

VILLEGAS:—Ese día de las elecciones se produjeron incidentes con saldo de muertos en Llano Grande de Cartago y en la Ceiba de Alajuela. Me imagino que el Doctor inmediatamente lo supo...

DOÑA IVONNE:—Desde luego que sí. Hubo gran preocupación. A Rafael Ángel de veras esas cosas no le gustaban, ni era partidario de la violencia. Rafael Ángel jamás de la vida hubiera deseado que sucedieran esas cosas . . .

VILLEGAS:—Díganos que eso "fue por necesidad".

DOÑA IVONNE:—Por necesidad. Desgraciadamente.

VILLEGAS:—El 13 de febrero de 1944 se produjeron los crímenes y viene todo ese proceso de Llano Grande y de La Ceiba, .y dos días más tarde el 15 de febrero, el Doctor, con Alberto Echandi, su Ministro de Justicia y Gracia, publican un decreto dando amnistía a toda la gente que resultara implicada en ese proceso.

DOÑA IVONNE:—Efectivamente así fue. Lo que pasa es que esas cosas como la de ataques a don León, tenían entonces muy poco valor porque el país estaba minado verdaderamente. Porque usted debe comprender, señor Villegas, cómo una revolución tan grande como la de las Garantías Sociales, lo de la guerra, tenían esto muy revuelto. La gente no estaba acostumbrada a lo que sucedía, nadie sabía dónde estaba parado, nadie sabía quién era quién ni cómo eran las cosas, sino que todo el mundo estaba descontrolado. El mismo Rafael Ángel ya no sabía con quién podía contar, porque cada cinco minutos, cada día, le venían con un cuento y con otro y otro. Usted no tiene idea lo difícil que fue ese período y, además de eso, vivir una situación internacional que tampoco estaba a derecho, porque la guerra todavía caminaba muy mal; los aliados estaban viéndola muy seria, muy difícil y sobre todo aquí, por estos lados donde no había siquiera forma de controlar la acción del enemigo.

VILLEGAS:—Cuando ustedes salieron del Poder, ni siquiera se había invadido Europa todavía.

DOÑA IVONNE:—No, todavía no.

VILLEGAS:—Me imagino que todo este montón de problemas que tenían en la Casa Presidencial le ocupaba al Doctor el 98% de su tiempo y no tenían tiempo ni de ir al cine. ¿No es así?

DOÑA IVONNE:—No, no, que va, no teníamos tiempo para nada. Primero que nada teníamos la costumbre como yo le dije de recibir a todo el mundo en la Casa Presidencial siempre estaba llena de gente desde la mañana hasta la noche. Unas gentes con asuntos sumamente importantes, las otras con los que no eran tanto, y así que, nosotros la pasábamos sin tiempo para nada superfluo, usábamos las 24 horas del día par trabajar, luchando y haciendo lo que podíamos.

VILLEGAS:—Una pregunta que me interesa como periodista. ¿Cuando el Doctor tenía polémica con la prensa, con alguien, él escribía o tenía algún secretario que le ayudara en eso?

DOÑA IVONNE:—Rafael Ángel tenía quienes le ayudaban en esas polémicas, pero él aportaba las ideas.

VILLEGAS:—¿Quiénes le ayudaban en eso?

DOÑA IVONNE:—Manuel Formoso, el periodista. También un gran amigo de Rafael Ángel y Paco, Fernando Palau. Fernando era más amigo de Paco y Formoso de Rafael Ángel. Rafael Ángel tenía .a Formoso „en gran estima y trataba de convencerlo de la bondad de su tesis, porque Formoso no era tan fácil para hacer con él lo que uno quería. Pero si se entendían muy bien y por eso siempre Formoso le ayudaba.

VILLEGAS:—Una de las grandes críticas que se hicieron al gobierno de ustedes fue el nepotismo. Yo recuerdo incluso publicaciones hechas en el "Diario de Costa Rica" y en "La Tribuna" misma por el cortesismo, de las listas de miembros de las familias de Calderón Guardia que estaban metidas en los puestos públicos.

DOÑA IVONNE:—Eso es cierto y tenían razón de hacer las críticas, desde su posición, pero hay que considerar la situación. La familia de Rafael Ángel era muy grande, y además de eso Rafael Ángel, como usted lo sabe, era magnífico amigo, magnífico pariente, tenía ese corazón tan grande, esa calidad humana tan grande, que a él realmente la política no lo podía hacer cambiar. Rafael Ángel fue así generoso con su familia, con su amigos, cuando no era todavía Presidente, y siéndolo, cuando no daba puestos ayudaba a todo el que podía, con plata, como fuera, colocándolos por medio de amigos, cuando él todavía no mandaba, así que estaba acostumbrado a eso, entonces para él era muy difícil llegar al poder, "hacer el buen tiempo y el mal tiempo" de las gentes y no ayudarlas.

VILLEGAS:—¿Esa fue la razón por la que colocó a toda la parentela?

DOÑA IVONNE:—Exacto.

VILLEGAS:—Al inicio de nuestra conversación le pregunté si el Doctor había robado. Usted me explicó sobre todas las ofertas de regalos y .de ayuda que tuvo, pero es que siempre se acusó que algunos amigos del Doctor y algunos familiares se metían en negocios oscuros, en contratos sin licitación, etc. Hábleme al respecto.

DOÑA IVONNE:—Pues quizás algunos pocos de su familiares sí se aprovechaban de su generosidad y de su bondad, eso sí es cierto, pero Rafael Ángel no sabía hasta dónde llegaban realmente y no lo creía. Pensaba que lo que se decía era por envidia, intrigas, porque como las cosas estaban tan revueltas en ese entonces, cualquiera acusaba a cualquiera y cualquiera vendía a cualquiera. Rafael Ángel no les hacía mucho caso, y además de eso, él encontraba que era muy difícil controlar a la gente en sus desvíos y que eso siempre. había existido. Que no era la primera vez y que entonces por qué iba a ser distinto para él. El no podía hacer la República de nuevo, ni a las gentes de nuevo, sino que las gentes eran como eran. Eran así desde todos los tiempos. El trataba de evitar los males lo más que podía, pero era muy difícil controlar a todo el mundo, y no era solamente en el tiempo de él que pasaban esas cosas. Eso todos lo sabían e incluso

algunos de los que lo atacaban, se habían favorecido en otros gobiernos. No eran mansas palomas. Claro está que eso había que reformarlo y enderezarlo, pero los tiempos eran tan difíciles y había tanta cosa que corregir y realizar, que no se podía hacer todo a la vez. Eso sólo Dios en su gran poder, es capaz de conseguirlo.

VILLEGAS:—¿Supieron ustedes de las conspiraciones que se hicieron contra el Doctor, aparte de la que denunció don Manuel Mora, de la que hablamos atrás?

DOÑA IVONNE:—Pues, sí, siempre se sabía de las conspiraciones que se urdían contra Rafael Ángel, muchas cosas eran falsas y algunas muy en serio. Siempre se sabía hasta el último detalle. Se decía que los hijos de don Claudio Cortés lo querían asesinar. Algunos de ellos trabajaban en la Librería Universal, por ciento.

VILLEGAS:—Los dueños de la Librería Universal ¿qué tenían que ver con eso?

DONA IVONNE:—Algunas gentes nos informaron que los señores Cortés conspiraban, no los dueños de la Librería. Nosotros habíamos salvado a don Carlos Federspiel de la ruina porque ellos no sabían muy bien lo que pasaba en Alemania, y desde luego iban con su país, así que lo metieron en la lista negra para que lo perdiera todo. Eso fue una cosa espantosa. Él fue a donde Rafael Ángel y dijo que se iba a pegar un tiro porque no tenía salvación, que nadie más que él lo podía ayudar en ese gran problema. Rafael Ángel lo hizo costarricense en quince días. Y sin embargo, en la Librería Universal, cuando las leyes sociales, los hijos de Claudio Cortés conspiraron para asesinarlo. Todo eso lo sabíamos. Nosotros sabíamos de todas esas conspiraciones al momento mismo en que se producían. Lo que pasa es que Rafael Ángel comprendía muy bien que eso eran gajes del oficio y se trató de hacer frente, no muy bien, porque se cometieron muchos abusos con los que Rafael Ángel no estaba de acuerdo, para nada. Pero usted no puede actuar bien para todo el mundo, Sr. Villegas.

No se puede quedar bien con todo el mundo. Además a veces usted de órdenes para hacer tal cosa y de tal manera y las gentes que las ejecutan no le hacen caso y lo hacen a su manera, y qué puede usted hacer contra eso? ¿Enojarse? sí, pero el daño está hecho.

VILLEGAS:—Bueno, pero, por ejemplo, hay muchas cosas contra las que no se podía, pero cuando pasaron las elecciones entre don Teodoro y don León, me imagino que el 14 de febrero, el Doctor sí amaneció muy contento. Esas órdenes se las cumplieron al pie de la letra.

DOÑA IVONNE:—Claro que sí, pero no amaneció muy tranquilo. Él nunca pensó que las cosas caminarían muy fácilmente. Él pensó que serían muy difíciles y siempre desconfió de que Teodoro Picado pudiera hacerle frente a todos los problemas. Y efectivamente, el tiempo se encargó de demostrar que él tenía razón. Él le suplicó a Teodoro todo el tiempo, desde que le entregó el mando, que hiciera el favor de no dejar

regresar al señor Figueres. Se lo suplicó y se lo requete suplicó y Teodoro no le hizo caso, Figueres regresó sin problemas.

VILLEGAS:—¿Ustedes sabían que Figueres estaba en México preparándose para una revolución?

DOÑA IVONNE:—Nosotros sabíamos todo lo que Figueres hacía por allá.

VILLEGAS:—¿Quién los informaba?

DOÑA IVONNE:—Vea usted que yo no puedo decirle exactamente quiénes; porque yo no estaba en esas labores, pero sí sabía que a Rafael Ángel lo tenían informado. Que a Figueres el Departamento de Estado lo tenía vigilado así como la gente de Trujillo, de Somoza, Carías, Hernández y la de Ubico, porque se sabía que Figueres urdía revoluciones con enemigos de todos ellos: Nosotros sabíamos todo, pero Teodoro nunca quiso hacerle frente como se debía, a la cosa. Teodoro como abogado y hombre de leyes pensaba que Rafael Ángel se había extralimitado al expulsar a Figueres por no ser abogado y quería hacer un papel diferente. El era hombre de leyes y no quería complacer todas las cosas que Rafael Ángel le pedía.

Yo considero que uno de los grandes errores de Rafael Ángel, el más grande es que una vez que entregó el poder a don Teodoro Picado, no fue a Washington, ya fuera como embajador o como particular, para ahí limpiar su nombre de muchas cosas que lo habían oscurecido ante el Departamento de Estado.

VILLEGAS:—¿Por ejemplo de qué?

DOÑA IVONNE:—Bueno, de que el país estaba en contra de él porque era comunista. A Rafael Ángel lo habían malinformado allá; como comunista, pues se le había dicho al Departamento de Estado qué el que había ganado aquí había sido Manuel Mora y no Teodoro y que la culpa era del Doctor.

VILLEGAS:—¿A pesar de que el Departamento de Estado había impuesto a Picado, según usted lo señalara?

DOÑA IVONNE:—Exacto, porque los americanos son así. Es ara ellos minar una situación así. Porque son fáciles de influenciar por cuentos y por cosas que son muy difíciles después Así que a mi juicio Rafael Ángel tenía que limpiarse ante el Departamento de Estado muchísimas cosas, porque estaba sindicado por ellos como comunista.

VILLEGAS:—El Doctor salió de la Presidencia y se fue del país un tiempo.

DOÑA IVONNE:— Sí, se fue del país como un año y medio. Se fue para New York a hacer absolutamente nada. En esos días se produjo la dificultad conmigo, la separación nuestra y él realmente no quería quedarse a aquí, pero no fue a donde debía dirigirse.

VILLEGAS:—¿Ustedes se separaron aquí en Costa Rica?

DOÑA IVONNE:—Nosotros nos separamos aquí en Costa Rica a la salida de la Presidencia no más y entonces Rafael Ángel no quería quedarse aquí porque tenía una situación muy comprometida. Nosotros hicimos una separación judicial nada más, no llegamos realmente al divorcio y él quiso irse un año y medio para ver si la situación entre nosotros podía arreglarse.

VILLEGAS:—¿Don Teodoro dejó en esos tiempos sólo al Doctor?

DOÑA IVONNE:—No, porque no podía hacerlo. Estaba completamente controlado por Paco, quien realmente nunca dejó a Teodoro manejarse solo. "La eminencia gris" era Paco. Así es que, él no podía dejar solo a Rafael Ángel, aunque no estaba de acuerdo en actuar como este lo había hecho porque quería actuar como un hombre de leyes, receloso de violarlas, en tanto que Rafael Ángel era un cirujano y cuando había que cortar, cortaba. Rafael Ángel hacía lo que hacía por complacencia propia.

VILLEGAS:—¿Oyó usted alguna vez al Doctor arrepentirse de alguna cosa que hubiera hecho?

DOÑA IVONNE:—Sí, de muchas cosas.

VILLEGAS:—¿Por ejemplo?

DOÑA IVONNE:—De haber confiado en tanto amigo. Le dolieron muchísimo ciertas actitudes de lunas entes que lo habían engañado y lo habían malinformado. Se dolió mucho de haber hecho caso a muchas gentes que realmente no merecían atención. Fueron experiencias muy duras por su manera de ser, pero se arrepintió tarde porque no pudo prever que le fuera tan mal por algunos de esos errores.

VILLEGAS:—¿Entre los amigos que tuvo el Doctor, la gente que sí metió las manos por él, que se jugó con él la carta, usted recuerda a algunos?

DOÑA IVONNE:—Pues sí, hubo muchos, mucha gente que fue leal a Rafael Ángel y que lo son todavía y que ahora son adictos a su hijo. No son algunos nombres, son muchos nombres. En este mismo momento me coge de sorpresa porque yo realmente podría cometer injusticias muy grandes al nombrar a unos y a otros no. Entre ellos, indudablemente, fueron leales con él, el doctor Chacón Chacón, ya desaparecido, los Escalante. Miles de gentes que fueron leales se sintieron reciprocadas en su afecto, por

eso jamás variaron. El entierro de Rafael Ángel fue muy significativo. Fue la muestra de amor que sus amigos le profesaron en la despedida.

VILLEGAS:—¿Usted fue al entierro?

DOÑA IVONNE:—Yo no fui, pero lo vi por televisión. El entierro de Rafael Ángel fue muy significativo, así como lo fue su regreso del exilio. Entre las personas fieles que le quedaban estoy yo también.

Rafael Ángel era un señor. Cuando. uno estaba con Rafael Ángel, se daba cuenta que era un. señor; tenía sus defectos, yo tuve mis grandes dificultades con él, pero como yo se lo dije a Chalo Facio, cuando traté de recuperar mis bienes, y en una reunión me propuso muy hábilmente, que yo firmara unos artículos para que el señor Figueres pudiera ver más o menos mi manera de pensar, que yo no estaba de acuerdo en las cosas de Rafael Ángel, entonces yo me levanté "*ipso facto*" y le dije: "Vea, Chalo, me hace mucha falta esta plata porque soy sola en el mundo e indefensa, pero yo tuve altercados y dificultades con Rafael Ángel, cuando él estaba de pie. Contra Rafael Ángel caído no levanto un brazo, porque este señor no solamente fue mi marido, no mi amante, por 17 años, sino porque estoy convencida mejor que nadie que él es un señor".

VILLEGAS:—¿Cuándo fue eso?, ¿durante la Junta de Gobierno?

DOÑA IVONNE:—Durante la Junta, cuando hubo la famosa intervención de los calderonistas.

VILLEGAS:—¿En ese tiempo fue que usted habló con don Gonzalo Facio, acabadita de pasar la revolución?

DOÑA IVONNE:—No tanto, porque yo duré como nueve meses para poder entrar a Costa Rica, lo que pude hacer gracias a las presiones de mi gobierno, que actuó muy bien porque mi familia en Bélgica estaba muy bien relacionada, así que Chalo no tuvo más remedio que recibirme, dejarme entrar aunque fuera por tres semanas.

VILLEGAS:—¿Y cuando usted le dijo eso, qué cara le hizo?

DOÑA IVONNE:—Se rió y dijo: "con ustedes los calderonistas no se puede porque siempre toman las cosas por otro lado". Nada le firmé y nada me devolvieron entonces.

VILLEGAS:—Doña Ivonne, ahora, otra cosa. Nosotros hablamos atrás del famoso baile en el Teatro Nacional ofrecido en honor, por don León, a Somoza. Me imagino que en ese viaje de Somoza a Costa Rica se estableció la amistad con el Doctor Calderón. ¿Hablamos de sus viajes a Nicaragua y de esta relación de amistad?

DOÑA IVONNE:—¡Cómo no!

VILLEGAS:—Somoza tenía su red de información aquí. ¿Le informaba algunas cosas al Doctor? ¿Le prestó ayudas materiales al Doctor, o sólo a éste le daba informes?

DOÑA IVONNE:—Somoza desde el principio fue gran amigo de Rafael Ángel, ya . conocía a Rafael Ángel antes del baile del Teatro Nacional.

VILLEGAS:—¿Lo había conocido antes?

DOÑA IVONNE:—Efectivamente. Somoza conoció a Rafael Ángel por medio de Sevilla Sacasa, con quien ya tenía amistad y por medio de este, Somoza invitó a Rafael Ángel a Nicaragua. Lo conoció ya muy bien y le ofreció ayuda para su campaña, pero Rafael Ángel no la aceptó porque no le gustaba comprometerse de esa manera, y además tenía suficiente ayuda aquí, todos su partidarios ricos. Fue como yo le dije, un niño consentido de los grandes capitales de aquí, que le ofrecían lo que quería para su campaña, porque Rafael Ángel como lo he repetido, nunca había querido aceptar otra ayuda más que para ese menester, pues la plata corrió muy fácilmente.

VILLEGAS:—¿Somoza tuvo alguna relación muy estrecha con el ya Presidente, como para meter su mano en la política de aquí?

DOÑA IVONNE:—Sí, tuvo una relación muy estrecha con Rafael Ángel, pero Rafael Ángel siempre se defendió bastante y con gran tacto lo tuvo de lejos. El que se comprometió realmente, tontamente, fue Teodoro Picado, porque Teodoro no tenía las agallas políticas de Rafael Ángel. Se sabía manejar muy 'bien, en tiempos normales, pero en tiempos así, difíciles y ajenos a las situaciones corrientes, Teodoro no tenía esas agallas y entonces sí se dejó influenciar por Somoza, pero Rafael Ángel nunca. La prueba está en que Rafael Ángel se fue disgustado de Nicaragua con Somoza para siempre, cuando fracasó la revolución del 55, en que realmente Somoza le jugó sucio a Rafael Ángel, le "cachó" todo lo que pudo, dejándolo en pésima situación aún con sus mismos amigos.

VILLEGAS:—En cuanto a la relación del Doctor Calderón Guardia con el expresidente, también doctor, don Arnulfo Arias Madrid de Panamá, cómo nació?

DOÑA IVONNE:—Nació indudablemente por política, porque ellos no se conocían, pero Rafael Ángel le alegró muchísimo que en Panamá tuviera también un presidente médico, porque Rafael Ángel como lo he explicado, no era muy afecto a los abogados. A él le gustaban mucho las leyes o las respetaba mucho, y claro está que tenía muchos amigos que eran abogados, pero encontraba que los abogados lo enredaban todo, que se lardeaban demasiado para hacer las cosas, en tiempos que no permitían lardearse en nada. El encontraba que los abogados todo lo enredaban, que todo lo mezclaban con la

cuestión de la ética profesional, de todo lo que exigía el ordenamiento jurídico, bueno en tiempos normales, pero inconveniente en los suyos, así que cuando supo que Arnulfo Arias era médico y cirujano como él, y más o menos de su mismo tiempo -yo creo que entre Arnulfo y Rafael Ángel realmente existía nada más que uno o dos años de diferencia- y que los dos llegaron a la presidencia al mismo tiempo, que tenían formación europea, porque Arnulfo había sido embajador de Panamá en París, vio que ellos dos se iban a entender muy bien, sobre todo en un punto muy delicado, que eran los límites entre nuestros países que nunca se habían podido arreglar.

VILLEGAS:—¿Cómo hicieron los contactos para llegar al arreglo limítrofe?

DOÑA IVONNE:—¡Ah, políticamente!, porque Arnulfo parecía que estaba en las mismas disposiciones, así que esto fue una cosa muy fácil, sumamente fácil. Se decidió que Arnulfo se viniera a hacernos una visita oficial y que Rafael Ángel fuera a Panamá y en fin, fue una cosa arreglada a través de las embajadas y de las cancillerías. Las negociaciones fueron muy bien conducidas. Tengo que decirles que no hemos hablado mucho de una persona que fue muy importante en el gobierno de Rafael Ángel: don Alberto Echandi. Don Alberto era el ministro de Relaciones Exteriores. Nadie se da cuenta de todo lo que él le sirvió al país, porque era muy discreto, al estilo antiguo, y en ese entonces no se hacía mucha bulla de las cualidades de las gentes de aquí. No es como en estos tiempos en que por medio de los canales de comunicación, la prensa, la radio y de las televisoras se hace mucha bulla alrededor de las personalidades. En el tiempo nuestro no. Existía aquí gente muy inteligente, gente muy capaz, sumamente cultas y muy diestras en sus profesiones y en sus trabajos, y don Alberto Echandi era una de ellas, de las más valiosas. Fue un ministro de Relaciones excelente en nuestro tiempo, porque yo le aseguro, Villegas, que en el tiempo nuestro las Relaciones Exteriores eran muy delicadas. Por ejemplo teníamos el problema de Francia, de la que había dos embajadores aquí. En ese entonces no eran en realidad embajadores, sino que tenían calidad de ministros. Uno representaba a De Gaulle y el otro a Petain y había que manejarse entre los dos y eso, en tiempo de guerra, no era cosa fácil; y así habían otros tantos problemas, así que el ministro de Relaciones tenía que ser muy ducho y muy inteligente. Don Alberto no aparentaba la fineza, el tacto y la sensibilidad que tenía para atender las cosas y tampoco la gente tenía idea de toda su gran capacidad, de su inteligencia, de saber manejar las cosas con un estilo, y con una educación, que convencía a todos con una facilidad muy grande, porque tenía una capacidad enorme para eso. Yo creo que el hecho de estar Alberto Echandi en el Ministerio de Relaciones, ayudó mucho para que las relaciones entre Rafael Ángel y Arias fueran muy rápidas y muy buenas, y así fueron efectivamente, porque el trecho que hubo que entenderse con Arias; siempre nos encontramos con un gran amigo, con un amigo dispuesto a congeniar, que pensaba igual que Rafael Ángel, que como médico actuaba rápido y directo, también, y dio las facilidades para arreglar los límites con Panamá.

VILLEGAS:—¿Al Doctor se le dio la caída de Arnulfo?

DOÑA IVONNE:—Muchísimo, porque perdía un gran aliado. Como usted sabe, estábamos en tiempos de guerra, muy conectados con Panamá por lo del canal y por los Estados Unidos, y tenía en Arias un aliado abierto, sincero, recto, leal, bueno, tan pro americano como lo éramos nosotros, y entonces no había dificultad con nada y eso facilitó muchísimo muchas cosas, así es que sufrió mucho cuando Arias cayó. Tan es así que cuando Arias cayó se vino directamente para Costa Rica, a la Casa Presidencial, con su señora. Estuvo un tiempo con nosotros antes de que él partiera para Nicaragua, donde estuvo otro tiempito, no recuerdo cuánto pero estuvo un tiempo más largo en Nicaragua. La cuestión de los límites con Panamá era una cosa muy delicada porque hubo una guerra por ellos, veinte años antes, de la que quedaban, no tanto resentimiento, pero si dificultades en puntos delicados que tratar, y eso había que desecharlo lo más rápidamente posible. Había otra cosa que era un poquito delicado también, como los gastos de la colocación de los mojones, etc., que eran una cosa muy cara, sumamente cara. Claro, Panamá estaba en una mejor condición económica que nosotros, que siempre fuimos muy pobres y para una cosa tan costosa como esa pues ni hablar. Había que dividir los gastos y esos fueron, claro, trámites de bastante tiempo para ponerse de acuerdo, quién pagaba esto, que quién pagaba el otro, que cómo se hacía esto y lo otro y después había que mandar a los ingenieros que eran muy caros. Por ciento nosotros mandamos uno que era el ingeniero don Edwin Góngora, que era muy amigo de Rafael Ángel en ese entonces, pero que después se volvió un gran enemigo. En eso se gastó bastante dinero y él ganó bastante dinero trabajando muy bien. Don Alberto Echandi tuvo que intervenir muchísimo en ese negociado que en ese momento tenían que intervenir los abogados por mucho que Rafael Ángel no quisiera, pero, de vez en cuando había que acudir a ellos, no había remedio. Don Alberto Echandi manejó muy bien el asunto y realmente adquirimos todas las ventajas. El solo hecho de terminar el problema ya era un éxito notable, porque este era un punto sensible, difícil en una situación y un tiempo muy difícil también.

VILLEGAS:—¿Entonces los gastos del amojonamiento de la frontera fueron crecidos?

DOÑA IVONNE:—Sí, fueron crecidos. Era una cosa cara, bastante cara, pero sin embargo, yo no sé, Rafael Ángel se las agenciaba siempre para que las cosas fueran posibles, porque él tenía muy limitado su presupuesto, pero se hicieron y se hicieron por él. Sigo insistiendo en que realmente ayudó muchísimo Alberto Echandi por su sagacidad, su perspicacia en todo los asuntos, el saber manejarse, en fin era un abogado viejo, muy acostumbrado y muy mañoso para manejar las cosas, así que ayudó demasiado. Tan fue así, que Rafael Ángel muy generosamente pensó llamar el tratado solamente "Echandi-Jaen", pero después dijeron que no, que el tratado tenía que llamarse "Calderón Guardia - Arias Madrid", y así se puso en la placa. El Sr. Jaen era el Canciller panameño, un gran señor.

VILLEGAS:—Doña Ivonne: tuvo que ver alguna función que desempeñara don Mario Echandi en esto, porque el Doctor Calderón Guardia lo nombró agregado militar en nuestra embajada de Panamá?

DOÑA IVONNE:—Bueno no, en eso absolutamente no, porque Mario Echandi siempre se mantuvo alejado de Rafael Ángel. Era el gran amigo de Ulate y como gran amigo y admirador de Ulate, pues no podía estar muy cerca de Rafael Ángel. Ese nombramiento fue el principio cuando nosotros llegamos al poder y los límites se arreglaron hasta un año después. Y Rafael Ángel lo mandó a ese cargo porque realmente Mario había quedado excluido de las cosas del gobierno, porque Rafael Ángel ayudó a todos los Echandi, ayudó a Arturo, ayudó a Alfredo, ayudó a Max, y a Mario no, y además de eso ayudó también a los cuñados de ellos, uno era Diego López Roig y otro era Carlos Aguilar. En una u otra forma los ayudó, pero quedaba Mario como excluido completamente del favoritismo nuestro y Doña Pepa le preguntó un día que por qué Mario quedaba excluido, entonces dijo el Doctor "por nada en especial, dígame qué atención puedo hacerle", y así se decidió nombrarlo en Panamá como agregado militar.

VILLEGAS:—Doña Ivonne: y a propósito de toda esta cosa, ¿el Doctor Calderón Guardia fue generoso con sus amigos?

DOÑA IVONNE:—Demasiado. Digo demasiado porque realmente unos no le correspondieron bien. Y o no creo que sea una idea personal, pero creo que nunca se debe ser demasiado generoso con un amigo, porque si uno es amigo, si va a cultivar la amistad, está bien ser generoso, pero en el caso de Rafael Ángel, lo fue tal vez demasiado y muchas gentes le correspondieron mal muy mal.

VILLEGAS:—¿Abusaron de él?

DOÑA IVONNE:—Y él sufrió mucho por eso.

VILLEGAS:—Se habló en esos años y ya lo cité, mucho de los contratos sin licitación y de una serie de negocios no muy claros, en beneficio de amigos del Doctor. ¿Qué hubo de eso?

DOÑA IVONNE:—Pues sí, hubo eso verdaderamente, pero yo creo que esos fueron abusos como los que antier, ayer y hoy se cometen y que Rafael Ángel no se dio mucha cuenta de lo que sucedía, porque con sus reformas y todos los problemas que nos tocaban afrontar en esos momentos, tan agudos, de urgente solución. decía fácilmente que sí a esto y a lo otro y así se aprovechaban algunos para hacer sus negocios. El se arrepintió mucho, después. de no haber sido más desconfiado y de haber tenido más cuidado hacia todo lo qué se hacía, porque realmente hubo abusos y muchas cosas graves de las que él no se había dado cuenta, y con las que él no hubiera estado de acuerdo. Pero abusaron, se las agenciaron para lograr sus propósitos por medio de otros

amigos, de otros ministros. de otras gentes allegadas a él. Algunos lloraban sus penas, quizás hasta falsas pues sabían que él no era mucho para la dicha. Que en la dicha se aburría. El tomaba siempre en cuenta la desdicha de la humanidad, la desdicha de las gentes, la pobreza. los sufrimientos de los pobres de este país. Como médico había visto tan de cerca la miseria que el corazón se le estrujaba, así que cuando alguien planteaba su problema y no le ayudaban, le parecía que era una gran falta, así es que en esos casos, estaba siempre en colaborar, sin poder pensarlo mucho porque el tiempo de Rafael Ángel con sus tantas ocupaciones era demasiado limitado y no podía pensar dos veces las cosas. Francamente le digo que cuando una persona es así como fue Rafael Ángel mucha gente abusa de ellas. Esas gentes no son amigas, pues ni siquiera agradecen lo que por ellos se hizo.

VILLEGAS:—Hemos hablado de la relación del Dr. Calderón Guardia con el Doctor Arias Madrid; ahora hablemos de la relación con los otros países de Centroamérica en ese tiempo -ya hemos hablado de Somoza- estaban Maximiliano Hernández en El Salvador; Tiburcio Carías en Honduras y Jorge Ubico en Guatemala, qué relación hubo con ellos?

DOÑA IVONNE:—En general Rafael Ángel era muy diplomático, una persona muy educada y muy político, también mantuvo buenas relaciones con todos ellos. Claro está que a nuestra democracia la manera de ser de esos dictadores no ayudaba mucho. Sin embargo, no se puede decir que con ellos hubo malas relaciones, hubo un poquito de dificultad porque entre Ubico y Rafael Ángel existía Somoza y esta no se llevaba con aquel. Tenían sus diferencias, así que Somoza siempre estaba listo para reclamar cualesquiera atenciones o preferencias que se le dieran a Ubico y a Guatemala. Inclusive, muchas veces cuando yo viajaba para evitar malos entendidos, tenía que parar en Guatemala y en Nicaragua, donde recibida por los dos y hacerles muchas complacencias a ambos, porque podía provocar molestias si no complacía la variedad de los dos, que eran dos modelos de caballeros. Pero Rafael Ángel se llevaba bien con todos y mantenía unas relaciones, en ese entonces con todos los gobiernos del área, bastante estrechas. Porque todos estábamos en el mismo bote de guerra y aliados de los Estados Unidos, así que tratábamos de dejar a un lado las divergencias provincianas.

VILLEGAS:—Hubo un momento en que se acusaba, allá por los años 43 o a inicios del 44 de que Ubico trataba, en alguna forma, de ayudar a don León Cortés.

DOÑA IVONNE:—Sí, de eso se habló, y sí existió, y resintió bastante a Rafael Ángel. Rafael Ángel era una persona acostumbrada a que mucha gente no pensara como él y los disculpaba; más en este caso porque entendía muy bien que Ubico prefería a don León Cortés por su manera de ser. Comprendía que Ubico no podía ver con buenos ojos su obra política y social, pues era un dictador y don León Cortés tendía a ser más afín a él. Porque tenía tendencia de ser un dictador. No lo fue nunca porque el país no lo permitió, pero su manera de manejarse y su manera de ser, de pensar, tendía hacia un régimen

fuerte, hacia una dictadura más que otra cosa. Recuérdese que Manuel Mora aprovechaba los desplantes de don León para decir: "León con el pobre, Cortés con el rico", y otras cosas más que daban la imagen de una persona más afín con la política de Ubico. Además de eso, Ubico, siempre resintió mucho la gran amistad de Rafael Ángel con Somoza, creo que porque rivalizaban por el amor de los Estados Unidos. En fin, aunque los dos fueron dictadores por el mismo tiempo, no se llevaban para nada. En medio de todo eso estaba Rafael Ángel y Ubico pensaba que en cualquier cosa entre él y Somoza, Rafael Ángel iría con Somoza.

VILLEGAS: ¿Y las relaciones con Hernández Martínez?

DOÑA IVONNE:—Con Maximiliano Hernández fue una cosa distinta. Maximiliano era un hombre terriblemente aparte, una persona que se mantenía lejos de todo aún dentro de su país. Yo pasé una vez por El Salvador y tuve que hacer una escala allá, y claro, como era la esposa de un Presidente, me recibió todo el cuerpo diplomático, el Ministro de Relaciones Exteriores, y vi a un señor que estaba por allí solo, íngrimo, vestido como cualquier paisano; pero solo, solo, a gran distancia de todos los demás. Me extrañé mucho de que este señor estuviera tan solo y me decía a mí misma: "bueno, debe formar parte de la oficialidad puesto que está aquí". Pregunté luego por qué estaba tan solo, pero nadie me contestó. Entonces yo decidí que tenía que ir a saludarlo y traerlo al grupo donde estaban todos. Fui e hice un gesto como hacemos en Costa Rica, que saludamos a todo el mundo y que no dejamos a nadie por fuera, entonces él me saludó en una forma muy fina, habló conmigo, pero ni dio un paso adelante, en absoluto. Hablamos un rato y cuando me tocó despedirme, le dije: "Bueno, mire señor, ya tengo que irme". El me preguntó cómo me había parecido el país, el recibimiento que me dieron y yo le dije que todo muy lindo, magnífico. Cuando estaba en el avión ya para venirme, le dije a Clemencia Mata, que estaba conmigo: "qué cosa más rara, estuvo todo el mundo en el aeropuerto, menos el Presidente". Ella me dijo: "¿cómo menos el Presidente?" Entonces yo respondí: "pues sí el Presidente estaba allí yo no lo vi", contestándome: "y todo el rato que usted estuvo con él", "¿con ese señor que a nadie se quiso acercar porque parecía tener miedo de hacerlo?" "Ese era el Presidente Hernández". Yo no lo conocía. ¡Ah, qué barbaridad! por lo menos me comporté más o menos bien, pero no le dije: "Señor Presidente". Más tarde pedí algunos detalles sobre él y me dijeron que el Presidente Hernández Martínez siempre se mantenía muy aparte, muy discreto. Seguramente como él fue el primero que tuvo esa gran molestia cuando tuvo que fusilar comunistas y todas esas cosas, tenía cierto complejo y en nuestro caso las relaciones fueron corteses y correctas. Rafael Ángel nunca tuvo oportunidad de tener trato cercano con él.

VILLEGAS:—¿En cuánto a Tiburcio Carías Andino?

DOÑA IVONNE:—Con Carías sí, la situación era otra, porque con Carías tuvimos mucha relación, mucha conexión, mucha afinidad. Era muy especial con Rafael Ángel,

aunque fuera muy diferente su dictadura a nuestro régimen democrático, siempre estuvieron en buena relación, no sólo durante nuestra presidencia, sino aún después.

VILLEGAS:—El Presidente Roosevelt, después de que el Doctor dejó la Presidencia, ¿mantuvo la relación con ustedes?

DOÑA IVONNE:—Cómo no, la señora de él, Eleonor, también. Siempre fueron muy finos, grandes amigos nuestros, nos apreciaban mucho porque realmente nuestra posición ante ellos, fue muy leal, muy abierta. Fíjese, Guillermo, que después de que yo pude entrar a Costa Rica, después de la intervención y confiscación de mis bienes y todas esas cosas, quise ir a los Estados Unidos a trabajar, porque realmente estaba sola en la vida, me habían confiscado todo, lo que me daban era una pensión ínfima, insuficiente para vivir. Cuando pedí mi entrada a los Estados Unidos, claro está que tenía pasaporte belga, porque yo no había renunciado a mi nacionalidad, me dijeron que tenía que esperar pues el cupo belga que no era muy alto en los Estados Unidos, pero gracias a la Sra. Roosevelt me dieron In residencia en apenas quince días. Ella me recibió con mucha fineza, con el mismo trato amable, el mismo protocolo como cuando yo había estado en los Estados Unidos, en otras ocasiones como Primera Dama. Fuimos muy buenas amigas todo el tiempo, yo se lo agradecí a Mrs. Roosevelt, pues ya no era más que una ciudadana sin cargo oficial alguno, casi que una desterrada. Antes tuve que ir varias veces a Washington a arreglar asuntos de Rafael Ángel, y claro está que yo inmediatamente me anunciaba en la Casa Blanca y ella me recibía muy bien, con una gran deferencia, tanto que el día siguiente en el periódico salía, en la columna que ella escribía, toda la conversación que habíamos tenido. Siempre me guardó esa deferencia, de publicar todo lo que habíamos hablado, toda la conversación, resaltando todo en lo que habíamos estado de acuerdo. Siempre tuve ese privilegio de que me tomara tan en cuenta.

VILLEGAS:—Doña Ivonne: ¿cuántas veces fue en misión, digamos, oficial o semioficial a Washington?

DOÑA IVONNE:—Como tres veces.

VILLEGAS:—Me contó que una vez fue cuando estuvo por lo del préstamo que estaban gestionando.

DOÑA IVONNE:—Por eso, y también por cuestiones de salud; otra vez por la cuestión de la lista de los intervenidos aquí, cuando fui a sacar a André, a Federspiel y a otros de la Lista Negra. Otra vez fui por viaje de salud. Porque Rafael Ángel quiso que yo aprovechara para ir a saludar a los Roosevelt y para hablar de todos los arreglos que tuviéramos que hacer sobre lo que se nos podía venir por la guerra, cómo nos íbamos arreglando, cómo nos íbamos a alistarnos para la guerra, a ver qué ayuda necesitábamos porque, la pura verdad, es que uno va siempre a Estados Unidos a pedir.

VILLEGAS:—¿Ellos ofrecieron alguna ayuda?

DOÑA IVONNE:—De todo, como Rafael Ángel declaró la guerra antes que los Estados Unidos al Eje, nosotros teníamos las puertas abiertas. Roosevelt reconoció que se le cumplió con lo ofrecido, a su solicitud, durante nuestro primer viaje.

VILLEGAS:—¿Vinieron armas?

DOÑA IVONNE:—No, no, armas no, porque no hubo necesidad realmente lo que vinieron sí fueron facilidades para alimentos porque esto era difícil de conseguir. Vinieron muchas cosas más y también créditos abiertos para lo que nosotros pudiéramos necesitar. Así como nos incluyeron en sus planes por si acaso se necesitaban por la guerra, pues realmente no estaba ganada ni mucho menos, durante todo el tiempo que nosotros estuvimos en la Presidencia.

VILLEGAS:—Doña Ivonne, por esos tiempos de la Presidencia de ustedes, vino aquí Nelson Rockefeller.

DOÑA IVONNE:—Efectivamente.

VILLEGAS:—En esa oportunidad fue cuando se fundó el Instituto de Ciencias Agrícolas de Turrialba. Cuénteme algo sobre esa visita.

DOÑA IVONNE:—Intervine mucho en buscar que ese Centro de Investigación se ubicara aquí y así aproveché uno de mis viajes a Estados Unidos, para gestionarlo y lo logré. Ganamos eso pero "a la brava", porque no sé por qué razón Colombia peleó ese Instituto con gran energía. No sé cuál era la razón de Colombia, pero ellos a toda costa, querían eso para ellos. Prácticamente teníamos perdido la solicitud, así que cuando llegué a Washington, me encontré con que don Luis Fernández, que era Embajador nuestro allá me dijo, al recibirme en la estación, antes de poder coger el carro, que la cosa estaba perdida porque nosotros no habíamos tenido fuerzas ni dinero ni nada de esas cosas para darle pelea a Colombia, y que todos los simpatizantes nuestros de las embajadas latinoamericanas, en ese momento en que se iba a tratar al asunto en la Unión Panamericana estaban de vacaciones en las playas, sí que no teníamos esperanzas. Entonces yo me afligí muchísimo porque sabía lo que eso representaba para Rafael Ángel y para el país. La ilusión que tenía sobre eso porque verdaderamente era una cosa importante para Costa Rica en esos momentos. Entonces yo dije:—"ah, no, eso no puede ser de ninguna manera, aunque estén o no estén; eso hay que arreglarlo". Inmediatamente hice que el señor Fernández llamara a Summer Welles para que me recibiera en seguida.

VILLEGAS:—¿Usted "manejaba" a Sumner Welles?

DOÑA IVONNE:—Sumner Welles era mi gran amigo, así que lo llamé de inmediato y me dijo que no me preocupara, que él me iba a ver, que no fuera yo a su oficina, sino que él iría a la embajada, y así fue, vino a la embajada como media hora después y preguntó que qué nos pasaba, que qué se nos ofrecía, en qué podía servirme. Entonces lo puse en autos de lo que estaba sucediendo y le señalé que para el Presidente Calderón Guardia, quitamos la sede del Instituto sería desastroso porque nosotros ya contábamos con ella y por eso estábamos ahí para pelearla. Entonces me dijo: "vamos a ver cómo lo arreglamos". Inmediatamente pidió a los embajadores latinoamericanos que habían quedado en Washington, de que hicieran el favor de votar para Costa Rica, por tal y tal razón. ¿Qué ofreció a esas embajadas a cambio?, no lo sé, pero resultó, les compró los votos. Y salimos con éxito. Pero eso nos costó la estadia aquí de un diplomático que Rafael Ángel adoraba, Arthur Bliss Lanne, porque antes Rafael Ángel había tenido que entenderse con Horny Brook, que era el embajador americano que no hablaba español, y como él hablaba poco inglés y yo no podía estar con ellos para traducir cada vez que tenían que hablar, lo que sucedía a cada rato, entonces le pidió a Sumner Welles que tuviera la bondad de cambiarlo y de mandarle un embajador con el cual él se pudiera entender en español, entonces mandó a Bliss Lanne, que era un embajador de categoría. Lo habían tenido en Nicaragua y en Europa, creo que en Hungría a principios de la guerra y de allí de nuevo lo llevaron a Nicaragua con Somoza. Estaba él allá cuando nos lo mandaron a nosotros como una gran cosa, porque tenía una categoría muy alta en el Departamento de Estado. Rafael Ángel estaba feliz con él y por desgracia lo perdimos por ese asunto del Instituto de Ciencias Agrícolas porque Colombia se puso tan disgustada y tan brava que el Gobierno Americano envió a Bliss Lane para allá a arreglar "la torta", si así se puede decir.

VILLEGAS:—¿Y cuando vino Rockefeller, hubo alguna cosa importante en la venida de él, aparte de lo protocolario y la inauguración del Instituto de Ciencias Agrícolas?

DOÑA IVONNE:—Aparte de lo protocolario también hubo cosas importantes. Porque Rockefeller era un amigo influyente en los Estados Unidos. Usted sabe que detrás de la política hay grupos grandes que son los verdaderos hombres del poder, que son los que ponen a los políticos, los que deciden, Rockefeller formaba parte de esos grupos y Rafael Ángel lo sabía, y eso desde luego nos reforzaba nuestras fuerzas con los políticos al mando de los Estados Unidos.

VILLEGAS:—Tiempo después vino a Costa Rica el Vice Presidente americano Henry A. Wallace. Hábleme de esto por favor.

DOÑA IVONNE:—Tengo un magnífico recuerdo de Wallace, porque un Vice Presidente de los Estados Unidos es muy importante. Ya era al final de nuestro gobierno y desde luego había que reforzar y aclarar muchos puntos de vista que habían quedado en entredicho, y yo tuve la ocurrencia o la suerte no sé qué fue lo que me pasó, de que recibí muy bien a Wallace. El recibimiento que se le hizo a Wallace aquí fue fantástico.

Todo nos salió muy bien. El banquete era en el Teatro Nacional, fue fantástico, y en la casa Presidencial todo salió muy bien. Wallace salió contentísimo del recibimiento y eso para nosotros fue muy bueno. Nosotros tuvimos muchas desgracias, indudablemente, por todo lo que nos pasó después. Pero durante nuestro gobierno realmente, por más jóvenes que fuéramos Rafael Ángel y yo, realmente tuvimos la suerte de dejar al país muy bien parado ante los visitantes extranjeros e internacionalmente. También nos favoreció la suerte de manejarnos bien y por eso pudimos quedarnos hasta el final porque si no quién sabe cómo nos hubiera ido.

VILLEGAS:—Doña Ivonne: Ud. antes dijo que cuando uno va a Washington va a pedir algo, ¿cuando Wallace vino qué trajo?

DOÑA IVONNE:—Cuando vino realmente le trajo muchas cosas arregladas a Rafael Ángel, quien tenía problemas difíciles por todas las cosas que estaban pasando aquí e internacionalmente, así que la visita de Wallace fue muy importante para Rafael Ángel porque significó volverlo a asentar en el poder como necesitaba, reforzarlo debidamente, darle todo el apoyo.

VILLEGAS:—En esos días estábamos en plena campaña entre don Teodoro y don León Cortés. Esa visita tiene que haberle caído de perlas al Doctor. Pero ¿vino algún tipo de ayuda material, aparte del respaldo moral, de ese espaldarazo?

DOÑA IVONNE:—No, no vino una ayuda material, sino que vino la promesa de esa ayuda si fuera del caso, porque con don León Cortés de candidato y por la situación difícil que tenía Rafael Ángel por su leyes sociales, no estábamos muy seguros de poder terminar el período en paz. Porque recuérdese que se trató de hacer una reforma en el Congreso para alargar el período presidencial y en eso falló y falló muy ruidosamente, con toda la gente en contra. Así que Rafael Ángel estaba en una posición muy difícil, por lo que le hicieron todas las promesas de refuerzo que se necesitaban, porque efectivamente Wallace vino a confirmarle a Rafael Ángel que los Estados Unidos no verían con buenos ojos la llegada de nuevo de don León Cortés a la Presidencia de la República.

VILLEGAS:—Quiere decir, doña Ivonne, que el Vicepresidente Wallace pedía al Doctor la seguridad de que León Cortés no llegaría a la Presidencia y que para eso darían los Estados Unidos cualquier tipo de respaldo?

DOÑA IVONNE:—Exacto, porque a ellos don León Cortés, ya lo he dicho, les había costado mucha molestia en los 39 y 40. La guerra se declaró en 1939 y no hubo mucha cosa en Europa porque cada bando estaba cogiendo posiciones y no se sabía con qué iba a salir cada uno, como allá se definía el lío, pero era muy triste la situación sobre todo para los Estados Unidos, que no sabían hasta qué punto los Estados Unidos se verían involucrados en el conflicto, porque Churchill que era sumamente inteligente tenía una

ascendencia inmensa sobre el Presidente Roosevelt, y lo convenció de que tarde o temprano los Estados Unidos entrarían al conflicto.

Así que los ánimos estaban muy exaltados y uno nunca sabía lo que iba a pasar al día siguiente y las sorpresas que traería.

Del 36 al 40 con don León Cortés en el poder, la quinta columna trabajó aquí con mucha facilidad porque él era absolutamente pro nazi. Quería ayudar a la colonia alemana y veía que no había razón para no hacerlo. No estaba dispuesto a obrar de otra manera. Eso a los Estados Unidos les costó mucha inquietud, mucho dinero y mucho disgusto para contrarrestarlo, porque ellos encontraban, con justa razón, que estos países bien o mal eran protegidos suyos. Había gran inversión americana en estos países, y lo más natural era ser sus leales aliados, máxime estando nosotros tan cerca del Canal de Panamá, por la protección que ellos nos habían dado siempre, el bienestar, la ayuda, aunque no fuera total como debiera haber sido, pero encontraban que habían gastado mucho dinero en Costa Rica para que les fuéramos a fallar. Ellos no estaban de acuerdo con don León Cortés para nada. No querían saber nada de su posible retorno al Poder porque estaban cansados por la lucha que habían tenido con él, y por la falta de lealtad que había aquí hacia ellos. Nosotros, por lo tanto debíamos ser diferentes y complacerlos en sus pretensiones lógicas.

VILLEGAS:—En estos tiempos, Figueres exiliado en México, estaba tratando de conseguir armas y se hablaba de posibles revoluciones o golpes de estado aquí. Wallace debe haber conocido de esto. ¿Les ofreció ayuda en la eventualidad de una revolución?

DOÑA IVONNE:—Desde luego. Y prácticamente se puede decir que el viaje de Wallace fue más que todo para eso. Ellos confiaban en los dictadores y como nosotros habíamos llegado al poder electos por el pueblo, era distinto, nos conocían pero no tanto como a aquellos, desde luego. Sabían que nuestra democracia y nuestra manera de ser era muy diferente a la de esos dictadores de Centroamérica. Entonces como nosotros éramos los más cercanos al canal, ellos "estaban con la paja tras la oreja" de lo que pasaba en Costa Rica.

VILLEGAS:—Creo que antes de la visita de Wallace, hubo otra visita importante en ese tiempo, cual fue la de Vicente Lombardo Toledano.

DOÑA IVONNE:—Eso fue muy importante. Don Vicente Lombardo Toledano fue gran amigo de Rafael Ángel, que lo admiraba muchísimo, con todo y todo que era diferente, porque Toledano era comunista, por lo menos lo decían, pero Rafael Ángel no lo veía así. Rafael Ángel era muy listo y simpatizaba mucho con Lombardo, no se qué razón exactamente hubo, no lo podría decir, pero sí lo admiraba mucho como político, como intelectual por la magnífica labor que había hecho en México en el campo social.

VILLEGAS:—¿Cómo nació la amistad entre ellos?

DOÑA IVONNE:—Creo que por medio del aquel entonces Presidente de México, General Manuel Ávila Camacho.

VILLEGAS:—Ustedes fueron a donde Ávila Camacho?

DOÑA IVONNE:—Sí, y fuimos muy amigos de él. Fue un gran amigo de Rafael Ángel. Yo fui particularmente a México dos o tres veces y siempre me atendieron de maravilla. Rafael Ángel también hizo un viaje a México. No lo hicimos juntos porque en ese momento no podíamos dejar la Presidencia sola, pero sí, en cada ocasión los dos tuvimos una gran acogida por parte de la señora de Ávila Camacho, y de él. Por su medio puede decirse que se conectó con bastantes jefes de la política mexicana, entre ellos, Lombardo Toledano. Al realizar Lombardo una gira por varios países, incluyó a Costa Rica pues Rafael Ángel le pidió que viniera. Esa fue una visita en que yo tuve muy poco que ver porque tenía la impresión de que Lombardo Toledano era una mala influencia para Rafael Ángel, porque era demasiado comunista. Yo lo veía como comunista y con el comunismo realmente no simpatizo.

VILLEGAS:—¿Quiénes le hicieron todo el gran recibimiento y todas estas cosas, fueron efectivamente los comunistas?

DOÑA IVONNE:—Cómo no, por eso es que yo no quise tener mucho que ver con su visita. Claro que lo recibimos en la Casa Presidencial con un gran almuerzo y fue muy llana la conversación y muy amistosa y todo lo que usted quiera, pero yo realmente trataba de bloquear esa amistad. Porque encontraba que Rafael Ángel se comprometía mucho, pero Rafael Ángel sí tenía para Lombardo una gran admiración y una gran amistad.

VILLEGAS:—¿Lombardo, le dio el apoyo a las garantías sociales?

DOÑA IVONNE:—Absolutamente y eso a Rafael Ángel le interesaba demasiado, sin duda, dejarlas bien asentadas. Porque Rafael Ángel siempre pensaba el caos que sería para Costa Rica el día que terminara la guerra y que los Estados Unidos, ocupadísimo en reconstruir Europa nos dejara de la mano, lo que podría pasar aquí, lo desvelaba. Por eso recibió muy bien el apoyo de Lombardo Toledano a sus proyectos.

VILLEGAS:—Doña Ivonne, en eso de las garantías sociales, quiero insistir en lo que habíamos hablado de la ayuda de Monseñor Sanabria. Usted me decía que Monseñor no asumió posición al respecto antes de que el Doctor nos lo hablara en su discurso inaugural en que definió su posición ante los problemas sociales. Pero en el desarrollo de los proyectos, ¿fue decisiva? ¿fue importante la ayuda de Monseñor Víctor Manuel Sanabria?

DOÑA IVONNE:—Muy importante, pero muy importante. Rafael Ángel se apoyó en Monseñor Sanabria para todo, tanto se apoyó en él que mucha gente pensó y hasta hoy día algunos piensan que fue Monseñor Sanabria el autor de las garantías sociales. Pero no, es un pequeño error realmente, fueron absolutamente hijas de Rafael Ángel, que sí se apoyó en Monseñor y este trabajó con él con mucha lealtad.

VILLEGAS:—¿Le puso Monseñor algún tipo de obstáculo al Doctor, por la relación con el comunismo?

DOÑA IVONNE:—No, jamás, porque él conoció muy bien a Rafael Ángel. Desde el principio, lo juzgó muy bien, juzgó su mentalidad y su manera de pensar, porque vio que Rafael Ángel tenía que pensar así porque estaba todavía muy impregnado de las cosas europeas, por más costarricense que fuera, porque Rafael Ángel tenía apenas, cuando llegamos a la Presidencia, trece años de haber regresado de Europa, y estaba muy informado de los movimientos actuales de la sociología y seguía al dedillo las evoluciones que estaba dando el mundo, la necesidad tan grande de actuar pero de inmediato. Monseñor comprendió todo eso y estuvo de acuerdo con Rafael Ángel al verlo siempre tan firme en sus revoluciones y de que no había el menor peligro de que realmente Manuel Mora pudiera ganarle la partida."

VILLEGAS:—En la redacción del proyecto del Código de Trabajo, trabajaron, entre otros, don Oscar Barahona y don Harry Zúcher, ¿verdad?

DOÑA IVONNE:—Así es. Oscar Barahona entró de lleno a trabajar, desde el principio, con Rafael Ángel,, porque era uh gran amigo de la familia Calderón. Los Barahona y los Calderón fueron siempre muy unidos, amigos de antaño, y entonces, claro, Osear era muy bien recibido por Rafael Ángel.

Pero con don Oscar Barahona inicialmente todo fue bien y ayudó efectivamente mucho, pero después hubo alguna división y él se apartó de Rafael Ángel y se fue para Guatemala. Oscar Barahona en ése entonces era más comunista que socialcristiano.

VILLEGAS:—¿Don Edgar Odio fue secretario durante los cuatro años del Doctor?

DOÑA IVONNE:—Sí, fue secretario en los cuatro años, pero no se llevó tan bien con Rafael Ángel como pensábamos al principio que iba a llevarse, no porque Edgar tuviera alguna diferencia, no. Edgar era muy capaz, era un caballero, era una persona fina, superior, inteligente, lo tenía todo para ser un gran secretario de Rafael Ángel, quien estuvo feliz cuando los Escalante se lo presentaron y por ello efectuó este nombramiento. Pero pasó con Edgar Odio un poquito como lo que pasó con Teodoro Picado, no exactamente igual, porque Edgar Odio sí fue un calderonista desde el principio, Tedoro Picado no, porque entró en el partido casi al ser las elecciones y es que

Edgar Odio no estaba acostumbrado a una cosa muy curiosa de los intelectuales jóvenes de aquí, que les daba por coger hacia el comunismo, Edgar no. Edgar más bien iba al punto conservador con su tío, don Claudio González Rucavado, quien tenía mucha influencia sobre él. Así que Edgar tendía más bien del liberalismo y no del socialcristianismo. Además de eso, Edgar era abogado y entonces no se llevaba muy bien con esa manera de actuar de Rafael Ángel, de gobernar por medio de decretos, de decidir esto, de decidir el otro, eso no iba muy bien con su temperamento de abogado y por ello tenía sus grandes divergencias. Además de eso, Edgar era de un grupo social muy diferente al grupo social que estaba cogiendo auge con Rafael Ángel cuando Paco impuso a Teodoro. Paco y Teodoro eran de un grupo social diferente, de otra esfera. En cambio Edgar era de más arriba, del Club Unión, porque ahí estaban sus primos, los primos de su mujer que eran Hernández Montealegre. Ahí estaban sus amigos, como Raúl Gurdián, en fin toda la alta sociedad de aquí, y él estaba acostumbrado a eso y desde luego no era del grupo de Paco. En el Gobierno había dos grupos: un grupo de Paco que estaba solo por un lado, que quería su cuota de poder porque era el hermano de Rafael Ángel, el confidente y su allegado. Quería ser la "eminencia gris" como lo fue luego con Teodoro y los otros, amigos íntimos de Rafael Ángel, que también pretendían tener su cuota de poder por la amistad antigua que los unía y por las relaciones sociales. Esos dos grupos no se llevaban muy bien. Había una: gran división entre ellos. Edgar no estuvo a favor de Teodoro Picado para nada, y eso resintió mucho a Rafael Ángel y lo resintió tanto que hubo muchas divisiones entre ellos y bastantes dificultades. Se puede decir que la que lo sostuvo siempre fui yo, porque nosotros no teníamos ese gran tren que tienen las casas presidenciales hoy día, como los asesores, secretarios, prosecretarios, ministros de la Presidencia; no, con nosotros la cosa caminaba sencillamente. Teníamos que trabajar nosotros mismos, claro que teníamos nuestros ayudantes, pero muy reducido, tan es sí que no teníamos secretaria particular, para mí los secretarios eran los de la Presidencia y punto, así que yo tenía que sostener a Edgar porque conmigo sí estaba muy de acuerdo y yo necesitaba su ayuda por lo que trataba de que Edgar no se me fuera del puesto.

VILLEGAS:—Pero el Doctor también tenía sus desbordes personales. A lo largo de estas conversaciones hemos tratado, por ejemplo, lo de don León Cortés, y de una serie de actos violentos que hubo durante su administración para imponer a Picado como Presidente. ¿A qué se debían esos desbordes?

DOÑA IVONNE:—Esos desbordes venían de la impotencia que a veces sentía para sacar adelante sus ideales y sus sueños. Porque Rafael Ángel era un romántico como su padre, a la antigua y los tiempos nuestros no eran para eso. Él vivía sus sueños, sus ideales, y cuando ya llegó a una alta posición con mucha lucha y con mucha fatiga, desde donde era posible llevarlos a cabo, se encontró con cinco frentes que fueron: la colonia alemana, que quería botar al gobierno para recuperar su bienes, porque encontraban injusto que se los confiscaran, aunque hubieran sido o no quintacolumnistas, y a pesar de que dentro de ellos teníamos muchos amigos a los que se

les avisó de todo lo que iba a pasar, para que ellos tomaran sus prevenciones, pero ninguno. quiso creer en eso ni la dieron importancia, y cuando se vieron cogidos se quejaron de lo injusto de las intervenciones. Hasta cierto punto siempre las intervenciones son injustas. Y o puedo decir lo mismo porque a mí me pasó igual. Así es que ellos por la difícil situación nuestra, pudieron pensar. que tal vez se podría botar al gobierno para recuperarse de sus bienes. Eso nos preocupaba, pues la colonia era fuerte. Después estaba la oligarquía del país que pensaba que el gobierno estaba en manos de un comunista y que ellos estaban avasallados por él. Que era una barbaridad porque este país había sido siempre muy conservador y liberal y entonces creían que a un gobierno así había que botarlo. Esos dos bandos tenían mucho dinero y el gobierno no tenía. Tenían consenso, el Gobierno no lo tenía. Después, en tercer lugar estaban los revolucionarios de Centroamérica. Ya despuntaba la revolución contra los dictadores y para eso no había como tener de base un país como Costa Rica, donde no había militarismo, ni nada de esas cosas. Así ellos encontraban que este era un país privilegiado que los podía ayudar muchísimo. Ya tenemos aquí tres frentes.

Después vamos al cuarto frente, usted tiene la guerra mundial. Con sólo eso bastaba para que estuviéramos en una situación difícil, porque Rafael Ángel no era persona que quisiera estar sometido a los Estados Unidos y menos sometido al comunismo, sino que era una persona íntegra que seguía con sus ideas y sus luchas, con mucho empeño y que trataba de hacer las cosas bien hechas. Nadie podía pensar que el Doctor Calderón Guardia tenía una mentalidad completamente distinta a lo común, que comprendiera bien lo que estaba sucediendo en este momento y lo que iba a empeorar. Que su país podría verse en un caos que él quería evitar a toda costa. A pesar de todo, hubo problemas, pero ya eso no fue culpa de él. El caos, fue parcialmente evitado por sus oportunas medidas, pues él poseía una mentalidad completamente distinta a los hombres de su época para evitar al comunismo. El todo el tiempo me decía: "entre dos hombres, entre uno que no tiene nada y otro que lo tiene todo, no puede haber entendimiento, ni franco arreglo, ni perdurable arreglo porque eso no es posible. Entonces, ¿qué es lo que hay que hacer? pues tratar de que los dos tengan algo, para que haya más equilibrio, más justicia, más facilidad de seguir adelante, y no solamente que los dos posean alguna cosa, sino que los dos tengan las mismas posibilidades, según sus capacidades de seguir adelante por igual". Esa era una mentalidad no muy corriente aquí. Nadie podía pensar que él discurriera así.

Los Estados Unidos sabían que tenían en Rafael Ángel un aliado que luchaba por los mismos ideales, por la misma democracia, y que podían contar con él. Rafael Ángel era una persona íntegra, así que hacía las cosas que se necesitaban para salir adelante a como hubiera lugar, sobre todo porque la situación geopolítica del país era muy delicada por estar nosotros tan cerca del Canal de Panamá.

Y como si fuera poco, además de esos frentes, Rafael Ángel tenía uno más, que fue el de la prensa, porque si bien es cierto que el gobierno era defendido por "La Tribuna" lo

atacaba muy duro el "Diario de Costa Rica". ¿Por qué?, porque el "Diario de Costa Rica" estaba dirigido por Otilio Ulate un enemigo acérrimo de Rafael Ángel que empleaba todas las armas para deshacerlo. Usted sabe que la Prensa es muy poderosa. Ese era un frente más. Con esa situación cualquier hombre que se sienta tan atacado y tan devastado, tiene ciertos desbordamientos. Eso es inevitable.

VILLEGAS:—Una interrupción; hablábamos del director del Diario de Costa Rica, que era don Otilio Ulate. Don Otilio había tenido; usted me contó atrás, alguna relación de amistad con el Doctor, ¿por qué se enojó tanto con él?

DOÑA IVONNE:—Esa es una de las pocas preguntas, Villegas, que verdaderamente no le voy a poder contestar, porque yo misma nunca lo entendí. Recuerdo que le conté que fue de las primeras personas que lanzó la candidatura Presidencial de Rafael Ángel. Después, paulatinamente vino esa enemistad. Creo, sobre todo, no es que yo quiero denigrar al señor Ulate, que él era un narcisista muy grande. Se amaba mucho él mismo. El se veía en él mismo, encontraba que a la par de su talento, el de Rafael Ángel era insignificante. O tal vez por el otro lado, pensaba que Rafael Ángel podría surgir mucho y él no quería que lo lograra. Yo siempre lo vi así, como una especie de celos. Rafael Ángel era un hombre muy galán, don Otilio era un hombre muy feo. Rafael Ángel no bebía tragos, a don Otilio le gustaban mucho los tragos, cosas de esas por las que él se sentía inferior.

VILLEGAS:—En novias le ganaba el Doctor.

DOÑA IVONNE:—Eso sí, claro que sí, Rafael Ángel siempre fue un enamorado de la mujer costarricense. Hay que decir la verdad. El admiraba mucho a la mujer costarricense, la encontraba muy guapa, la encontraba muy atractiva y sobre todo muy abnegada. El quería a la mujer costarricense, casi se puede decir, a través de su madre, porque su madre fue una mujer muy bella, de la que él siempre estuvo muy cerca. Y él verdaderamente la admiraba mucho y la tenía en verdadera adoración. En cuanto a su gusto por las mujeres lindas, pues ya eso era aparte.

VILLEGAS:—Esa puede ser la explicación del pleito con Ulate. El Doctor enfrentaba todos los ataques y claro, tenía que enojarse de cuando en cuando.

Cambiamos de ruta. Hubo un proyecto que los .comunistas han dicho que es de ellos, no sé si es así o si fue del Doctor, que fue el de poner al costarricense a consumir pescado, y se inventó aquella cosa del pescado a peseta. Trajeron al Doctor español Rafael de Buen para ejecutar ese proyecto.

DOÑA IVONNE:—Exacto, eso realmente fue un tiro para hacerse una gran propaganda popular. Había necesidad de ver cómo se ganaba al pueblo a todo trance y cómo se restablecían las fuerzas para ganarse los votos y se inventaba toda clase de cosas, porque

la pobreza era tan grande que uno quería hacer cualquier cosa con tal de salir adelante. Hay que ver que nosotros quitamos el impuesto sobre el café, que era una de las principales entradas que León Cortés había puesto, porque las necesitaba en el tiempo de él, ahora póngase a pensar en el tiempo nuestro, que se puede decir que no había casi entradas por impuestos de aduanas porque los barcos casi no llegaban.

VILLEGAS:—¿Lo quitaron para quedar bien con los cafetaleros?

DOÑA IVONNE:—Exacto, para poder hacer las leyes sociales sin su oposición.

VILLEGAS:—¿A cambio de que los cafetaleros no estorbaran?

DOÑA IVONNE:—No estorbaran y para que no se sintieran afectados, para que la industria del café no se sintiera tan atacada, por Rafael Ángel no quería de ninguna manera que pensarán que él quedaba bien nada más con los comunistas para que le ayudaran con sus leyes sociales, porque esa no era su idea.

VILLEGAS:—¿Entonces lo del pescado a peseta fue un "show"?

DOÑA IVONNE:—Un truco. Todas esas cosas se proponían y se hacían con mucho aparato aunque a mí no me parece que en el gobierno nuestro se hacían muchas cosas, pero no usábamos mucho el aparato de propaganda. Al costarricense le gusta un poquito el "show", cuando no hay mucho alrededor de una cosa como esta que no le gusta.

VILLEGAS:—Pero cuando se promulgaron las garantías sociales, creo que el show fue abundantísimo. Hubo concentraciones en las provincias apoyando las leyes. ¿Anduvo usted en esas reuniones?

DOÑA IVONNE:—No, yo no anduve en eso. Yo estaba en la casa ayudando a Rafael Ángel en lo más que podía. Tan es así que en la Casa Presidencial se instalaban las máquinas de escribir en el "*hall*" de la Casa Particular, para ir dictando los proyectos. Hay una anécdota: Cuando se decía "Malinas de tal o cual cosa", me paraban para preguntarme: ¿qué es Malinas? y yo cansada de explicar les decía "una ciudad donde vive mi hermano".

VILLEGAS:—¿Durante esa etapa apareció mucho arribista?

DOÑA IVONNE:—¡Ah, claro!

VILLEGAS:—¿Fueron esos los que se aprovecharon de la situación?

DOÑA IVONNE:— ¡Cómo no, eso es natural!

VILLEGAS:—El Doctor cuando en alguna oportunidad supo de alguno de los negocios turbios, ¿reaccionó violentamente o no?

DOÑA IVONNE:—Muchas veces reaccionaba muy violentamente, se enojaba mucho, trataba de ver. cómo se terminaban esas irregularidades regañaba, decía; tronaba:, hacía de. todo, pero como todo el mundo sabía lo bueno que era, que era incapaz de humillar a alguien, de ofender a alguien, ni de perseguir a las gentes por esas cosas, ni por estar él arriba humillar a las personas de dejarlas deshonradas, entonces muchos se aprovechaban y abusaban de esa forma de ser de él.

VILLEGAS:—Cree usted que los desbordamientos por ver, él los obstáculos que tenía para desarrollar sus programas sociales, se hubieran minimizado si la reforma para ampliar a seis años el período presidencial hubiera fructificado?

DOÑA IVONNE:—Ah, sí claro, porque Rafael Ángel se daba perfectamente cuenta de que en cuatro años, no podía hacer todo lo que quería y fortalecerlo, de qué él dejaba todo esto muy crudo. El Seguro Social no es ni la caricatura de lo que Rafael Ángel pensaba hacer: El sabía que toda su obra quedaba muy en el aire. Tenía grandes adversarios que como usted sabe hasta pidieron al señor Figueres que aboliera las leyes sociales, Rafael Ángel estaba perfectamente seguro de que llegando León Cortés al poder o cualquiera de sus adversarios lo primero que haría era quitarlas. Tan es así que yo siempre le decía lo mismo delante de la gente: "Deje llegar a León Cortés y verá como vuelve al poder usted mucho más ligero para terminar sus leyes sociales", pero Rafael Ángel no creía en eso, pensaba que si se abolían, quedarían destrozadas para siempre. Si Rafael Ángel hubiera tenido más tiempo para organizar todo lo que él planeó y para ver más claro todo lo que estaba sucediendo en el gobierno, para dedicarse a ello y vigilarlo más, pues hubiera sido otro el rumbo del gobierno, pero no se puede hacer todo a la vez.

VILLEGAS:—Si contaba con los votos necesarios en el Congreso para la reforma constitucional, ¿por qué la retiraron?

DOÑA IVONNE:—Porque no hubo realmente consenso. Comenzaron las intrigas y hubo una gran manifestación por las calles, una noche, en contra de eso. La gente llegó a la Casa Presidencial a gritar contra la reforma y costó mucho tranquilizarlos y verdaderamente se veía que no se podía llevarla a cabo.

VILLEGAS:—Eso fue posiblemente falta de decisión política porque tenían los votos en el Congreso, le insisto.

DOÑA IVONNE:—No. Falta de decisión política no. Es que la situación de Rafael Ángel era muy difícil, Sr. Villegas. A cada rato había la posibilidad real, de que se tratara de botar al gobierno y de vez en cuando había mucha efervescencia, muchísima

efervescencia y grandes problemas, como se vio el 4 de julio de 1942. Así que cuando se vio esa reacción, él no quiso seguir adelante. Teodoro Picado vino a la Casa Presidencial a informarle a Rafael Ángel que no se podía contar con aprobar la enmienda porque si pasaba, con seguridad botarían al gobierno antes de permitirle seguir por los seis años. Así que se desistió de la reforma.

Ahí lo que pasó es que los diputados aunque de acuerdo con la reforma, listos para votarla, estaban con mucho miedo. A cada rato venían ellos a decirnos que. los amenazaban, que les decían que iban a sacarlos del Congreso, que los iban a atacar en sus casas. No es que estaban indecisos porque estaban listos para aprobar el Proyecto; pero Rafael Ángel vio que verdaderamente les estaba pidiendo un gran sacrificio.

La víspera de la votación, por la noche hubo un gran desfile en las calles de San José que remató en la Casa Presidencial. Recuerdo que el desfile asustó a todo el mundo, hasta al mismo Teodoro Picado. La Casa Presidencial se llenó de gente, sobre todo de diputados que esta aterrados y realmente Rafael Ángel vio que no tenía sentido seguir adelante. Él era un hombre de Estado-nato. Sabía que efectivamente el país necesitaba esa reforma para seguir adelante con sus proyectos, pero él era democrático y estaba peleando por su patria y por la defensa de las instituciones y de la democracia republicana que teníamos aquí, entonces vio que era mucho pedirle a su gente el sacrificio de su tranquilidad y fue cuando se decidió que mejor se retirara este proyecto del Congreso. Esa noche algunos diputados durmieron en la Casa Presidencial hasta las cuatro o cinco de la mañana, porque tenían miedo de regresar a sus casas, sobre todo los que vivían en provincias, pensando que algo les podía pasar. Así el proyecto fracasó no tanto por falta de decisión política, sino por falta de compañerismo.

Por cierto yo nunca fui picadista, no porque tuviera nada en contra del señor Picado ni nada de esas cosas, porque realmente lo conocía poco. Yo lo había visto como uno de los últimos partidarios de Rafael Ángel, porque él entró al partido muy al final de la campaña. Reconocía sus cualidades, su intelecto, su preparación y su cultura, pero yo pensaba que Costa Rica, necesitaba otras cosas. Eso podría servir de adorno. Pero no me parecía el hombre para ese momento.

No es que yo encontrara que no tenía bases fuertes, no era eso, es que había un detalle que, a mí me ponía muy dudosa. Como le conté, yo había hecho últimamente gran amistad con don Ricardo Jiménez, ya mí me extrañó muchísimo que él, con quien pasé tardes enteras conversando, me daba a entender y me hacía pensar que don Teodoro, quien había sido su jefe de acción y a quien admiraba mucho, no le apreciaba, no. era amigo de él, que le cobraba algo. Yo nunca se lo pregunté, claro que no; por educación, pero vi que había alguna cosa muy honda que lo separaba de don Ricardo, y que don Ricardo ya no quería ni siquiera volver a saber de Teodoro. Eso me dio mala espina. Me parecía. que tal vez a Teodoro le podía faltar integridad. Yo pensaba que don Ricardo debía estar muy impresionado con Teodoro porque era un intelectual,

sumamente culto, abogado y elocuente y todas esas cosas, que don Ricardo admiraba mucho pero algo habría entre ellos que a mí me pareció raro. Así que nunca tuve mucha confianza en Teodoro.

VILLEGAS:—A don Teodoro Picado, como dice usted, se lo impuso Paco al Doctor Calderón. En esos tiempos previos a la toma del poder, en el último de la administración de ustedes, ¿don Teodoro se veía con frecuencia con el Doctor o mantuvo distancia?

DOÑA IVONNE:—Se veía desde luego con alguna frecuencia con Rafael Ángel, pero no mucha. Realmente con quien siempre se veía era con Paco. Los recados se le enviaban con Paco. Teodoro Picado, como le digo, nunca fue muy afecto a la manera de ser de Rafael Ángel. Yo creo que Teodoro Picado no fue nunca muy socialista ni socialcristiano, porque tenía otra mentalidad completamente distinta. Teodoro estaba embebido del liberalismo."

VILLEGAS:—Por toda su relación con los liberales.

DOÑA IVONNE:—En especial con don Ricardo. Verdaderamente el carácter de Rafael Ángel, el modo de ser de Rafael Ángel con relación al de Teodoro Picado eran muy distintos. Teodoro Picado yo no creo que se sintiera superior a Rafael Ángel en el sentido político, pero en lo intelectual sí. Si Rafael Ángel no hubiera sido intelectual del todo se habrían llevado mejor, pero siendo Rafael Ángel intelectual también, aunque con otra visión, no se llevaban muy bien.

Rafael Ángel era un intelectual. Tenía escrúpulos intelectuales socialcristianos como mi suegro. Don Teodoro era hechura de don Ricardo, y don Ricardo y Calderón Muñoz fueron enemigos todo el tiempo. Entonces había un mar de fondo ahí de no entenderse muy bien, salvo por la fuerza de las circunstancias. Don Teodoro fue jefe de acción de don Ricardo y de política sabía mucho, del costarricense sabía mucho, pero nunca tuvo el fino olfato sobre ciertas cosas que sí tenía Rafael Ángel. Rafael Ángel fue mucho más fino que Teodoro. Una de las cosas, por ejemplo que demuestran esa afirmación es que Rafael Ángel siempre le dijo a don Teodoro que no dejara entrar al país a Figueres, que lo sostuviera afuera un tiempo más mientras las cosas se aclaraban; nunca le hizo caso y ya usted ve lo que pasó.

VILLEGAS:—En relación a las elecciones del 13 de febrero de 1944, cuando todas esas cosas tan violentas y tan duras pasaron, ¿el Doctor sintió alguna clase de compasión, digamos, por don León Cortés?

DOÑA IVONNE:—No, por don León Cortés no, por doña Julia sí y por sus hijos también, pero por don León no. A Rafael Ángel había que conocerle a fondo. Rafael Ángel era terriblemente vanidoso y eso lo heredó de mi suegra, de los Guardia. Si usted ve el retrato de Rafael Ángel en el Congreso lo verá echado para atrás de la vanidad tan

grande que tenía y no le perdonó que siendo Presidente don León Cortés lo tratara con tanta falta de caballerosidad, sobre todo delante de gente importante.

VILLEGAS:—Se las disimuló y se las cobró.

DOÑA IVONNE:—El nunca jamás, eso se lo perdonó. Le perdonó a las gentes que lo llamaran "Lolito". Carmen Lyra. le puso "Cabeza de Ayote" y cosas de esas. Todo eso no le molestaba mucho, más bien lo que hacía era reírse. Pero las cosas de don León Cortés sí le pusieron enfermo y eso en el fondo se lo cobraba. No le gustaba no solamente su falta de caballerosidad, si no que no le gustaba para nada la gente así muy falsa, chismosa y que ataca con críticas baratas y bajas.

VILLEGAS:—Luego usted pretendió, usted concretamente, que don Alberto Echandi fuera candidato y Paco Primer Designado.

DOÑA IVONNE:—Si, después tuvimos muchas dificultades porque vinieron todas estas cosas de alargar el periodo, todas las dificultades se agravaron porque a Rafael Ángel muchos amigos lo dejaron solo, cada día más solo y dependiendo del comunismo. Yo pensaba que había que dar un viraje y que ¿por qué no volver a don Alberto Echandi? En eso yo no fui muy desinteresada y hasta cierto punto ni siquiera moderada, porque don Alberto Echandi estaba muy enfermo, tenía una enfermedad que no se había declarado aun como grave, corno mortal, pero qué tenía visos de ser así. Entonces yo pensaba que si se ponía a don Alberto de candidato, no duraría mucho en la Presidencia pues pronto fallecería y que si ponía de Designado a Paco, el gobierno volvía a caer en manos de Rafael Ángel a través de su hermano.

VILLEGAS:—Fue muy hábil, pero le falló el plan. Cuando se perfiló claramente la candidatura de don Teodoro Picado y ya los demás no fueron aprobados, como hemos hablado, don Alfredo Volio se resintió y se fue del gobierno. Por esos tiempos hubo un incidente, en el que. la policía golpeó a don Alfredo Volio.

DOÑA IVONNE:—No solamente don Alfredo Volio se retiró resentido, sino que parece que lo buscaron mucho los de la oposición y comenzó a hacer una política contraria a Rafael Ángel, un poquito agresiva, porque en esa época la gente estaba como muy poco disciplinada, agresiva y "carboneada", si se puede decir. Había muchas calumnias, muchas intrigas. Y hubo un incidente un domingo en el que la policía agredió a don Alfredo Volio. Eso apenó mucho a Rafael Ángel, pero ya la agresión estaba consumada. Fue culpa de esos amigos que uno tiene y que resultan a veces "más papistas que el Papa".

Así que eso fue muy doloroso. Realmente Alfredo le calentó mucho la cabeza a Rafael Ángel, le salió el político apasionado que era él. Su familia se resintió y hubo un distanciamiento muy serio.

VILLEGAS:—Doña Ivonne: ya que estamos hablando de amigos del Doctor Calderón Guardia, hemos tocado en algunas oportunidades el caso de don Alberto Echandi y de su familia. Don Mario Echandi se convirtió en un rotundo enemigo del Doctor Rafael Ángel Calderón Guardia. Esa enemistad se la transmitió posiblemente don Otilio Ulate, por las razones que usted ha dado, pero durante los años de gobierno, ¿don Mario molestó al Doctor?

DOÑA IVONNE:—Directamente no, directamente no lo molestó porque respetaba a su padre don Alberto Echandi quien quería mucho a Rafael Ángel, a través de su amigo íntimo que era Calderón Muñoz, pues se habían visto como hermanos siempre. Don Alberto aceptó trabajar con Rafael Ángel para agradecerle a Calderón Muñoz la fineza de haberlo tomado en cuenta, porque Calderón Muñoz fue el que le pidió a Rafael Ángel un ministerio para don Alberto. En algunas cosas no estaba de acuerdo porque don Alberto era un antiguo abogado muy listo y muy fino, como ministro de Relaciones yo creo que difícilmente se pudo haber conseguido a otra persona más hábil, más fina para tratar y arreglar los asuntos. Pero eso era aparte, Mario vivía, respiraba y miraba por los ojos de Otilio Ulate. Otilio, como usted sabe, era tremendamente viperino para hablar. Quizás eso fue lo que hizo a don Mario indisponerse con Rafael Ángel.

VILLEGAS:—Poquitos días antes de las elecciones de don Leon Cortés y Teodoro Picado, don Otilio cerró el Diario de Costa Rica. ¿Cuál fue la reacción del Doctor?

DOÑA IVONNE:—En el fondo de su alma, Rafael Ángel como hombre, yo creo que estaba muy contento de que cerrara el periódico para poder respirar un rato, porque nosotros no respirábamos. Con el veneno contra Rafael Ángel, de Ulate y de Abelardo Bonilla tenía uno para quedar intoxicado por mucho tiempo.

VILLEGAS:—Posteriormente el Centro para Estudios de los Problemas Nacionales reabrió el Diario.

DOÑA IVONNE:—¿Cómo no, claro que sí! Por eso Rafael Ángel y yo tuvimos divergencias muy grandes, porque ya envenenado, no veía con buenos ojos a estos jóvenes que en ese tiempo se llamaban "los glostoras" Y se refería a ellos con un poco de desprecio. Yo siempre le decía: "Por qué usted no se fija en esos "glostoras"; separe a los que sirven de los que no sirven y se atrae a los que sirven. Ellos le pueden ayudar mucho". Pero no, lo que tenía que ver con Otilio Ulate, para él no tenía el menor chance de nada, porque Rafael Ángel, yo creo que por herencia, era en eso, de una mentalidad muy cerrada y siempre decía: "el que no está conmigo, está en contra mía".

VILLEGAS:—En esos años hubo muchas agresiones de la policía del Doctor hacia los cortesistas. ¿El, en alguna oportunidad le ordenó a sus comandante, o sus ministros, o secretario de Seguridad Pública que reprimieran a la gente; que actuaran en forma dura?

DOÑA IVONNE:—No, francamente no, por lo que sé no. No sé si sería porque conmigo tenía cierta cautela porque yo era la única persona que se le oponía en algunas de sus cosas, porque todo el mundo en la Casa Presidencial siempre le 'decían, amén, amén, a, lo que él ordenaba.

VILLEGAS:—Los incondicionales son así ...

DOÑA IVONNE:—Yo no. La mía era la única voz que estaba en contra en algunas cosas y él me tenía hasta cierto punto un poquito no de cautela si no como de miedo porque quería tener, por lo menos, la paz en el hogar, pero no creo que él ordenaba represiones porque yo no sé si usted lo ha sabido, Guillermo, pero su padre fue tinoquista. La primera experiencia política de Rafael Ángel fue con los Tinoco, desde luego muy joven. Un muchacho como de unos 18, 19 años, pero fue una experiencia muy dura para él. Muchas veces le oí decir que había sido un gran error de parte de Joaquín, sobre todo y de Pelico actuar con la dureza con que lo hicieron. Por cierto varias veces fue a ver a Pelico Tinoco a París. Cuando doña María la esposa de Pelico, ya viuda, regresó al país, Rafael Ángel, hizo que le dieran una pensión, que la mayoría de diputados adversaba porque no quería aceptar a Pelico como presidente. Así que no le puedo decir si a escondidas mías autorizó el uso de métodos violentos, pero que yo viera algo de eso con Rafael Ángel no.

VILLEGAS:—Pero cuando se producían estos hechos y él se enteraba, ¿reaccionaba enojado?

DOÑA IVONNE:—Muy enojado. Decía: esto me trae mucha molestia y esto no sirve así, me perjudica y porque yo le digo, Rafael Ángel conocía mucho la idiosincrasia del costarricense y sabía lo que le gustaba y lo que no le gustaba, era un hombre de estado nato, de muy buen sentido común sobre todas las cosas, de eso yo estoy absolutamente segura, Rafael Ángel todo lo fue aguantando, no como un santo ni mucho menos, pero con mucha tolerancia.

VILLEGAS:—Lo cierto es que eso lo aceptó él. Hay una cosa en qué yo en varias oportunidades anteriores he insistido y es en cuánto a las "botellas" como se denominaban en ese tiempo, a los sueldos por trabajos fantasmas, a la corrupción y a los robos que se producían.

DOÑA IVONNE:—Eso fue una cosa muy diferente de lo que hablaba la gente. Primero hay que conocerlo más en su fase oculta, que la gente no conocía. Pero Rafael Ángel en eso era más liberal, si se puede decir, o abierto, o no sé cómo se puede calificar esto, pero Rafael Ángel sabía que este país era tan pobre y tenía tan pocos recursos y la gente tan poca oportunidad y no había realmente qué darles porque "¿de dónde cogía uno?". Los sueldos eran ridículos. No se podía vivir con ellos. En ese tiempo hubo un despertar

que hizo a Costa Rica coger otro sentido y otra manera de ser internacionalmente, para lo cual nosotros no estábamos preparados, ni teníamos plata para atender las nuevas necesidades, así que seguimos con esta pequeñez a la antigua frente a los grandes acontecimientos. La gente no tenía para sus gastos, para sus necesidades y él no se los podía dar y me decía: "toda estas cosas nos pasan a nosotros, porque estamos gobernados por una plata que no alcanza" ni para comenzar. La gente no puede estar siempre así". Cuando yo hablaba, me decía, "tú no sabes lo que es tener un hijo enfermo; un hijo a quien hay que ayudar a hacer sus porvenir y que no hay de dónde coger, pues si se le presentan a uno negocios como sea uno entra". Eso era lo que pensaba, sabía que Costa Rica era "una finca muy pobre," muy abandonada y que había que echarle mucha plata y muchísima plata todavía, para que pudiera restablecerse y que esa plata tenía que venir de alguna parte; de afuera y que había que organizar este país con leyes sociales y hacerlo civilizado; para que la gente llegar aquí a invertir y ayudar. Nosotros con Van Zeeland, durante su visita aquí, conversamos al respecto y él tuvo la fineza de ir a meterse ocho días al Guanacaste de ese entonces, para ver si nos podíamos traer unas ocho mil familias belgas de El Congo, donde ya las cosas iban muy mal, con plata para asentarlas en esa provincia y a que ayudaran a desarrollarla, Así el país mejoraría y nadie pasaría necesidades ni robaría. Lamentablemente eso; al irnos del poder, no se concretó.

VILLEGAS:—A propósito de mi pregunta, que Ud. me desvió un poco, usted sabe una anécdota muy simpática del Doctor con un señor Mora, que trabajaba en el Congreso. Omitamos el nombre y dejemos el apellido porque Moras hay muchos. ¿Cómo es ese cuento?

DOÑA IVONNE:—Pues esa es una cosa un poquito escabrosa, de todas maneras la voy a contar porque habría que conocer bien a Rafael Ángel para poder aceptárselo, si no los enemigos lo podrían explotar muy mal diciendo que Rafael Ángel era un alcahuete y estaba muy lejos de eso. Rafael Ángel no podía ser un alcahuete de quien quisiera, quitarle algo algo al Estado, puesto que él le había dado a Costa Rica desde su juventud, todo su esfuerzo, todo lo que tenía y hasta lo que no tenía, y así fue hasta el final de su vida. Pero siempre hay gente mal pensada, sobre cosas que él hizo. Sin embargo, ya que usted lo pide con mucho gusto se lo voy a contar.

Rafael Ángel tenía ese amigo Mora, empleado en el Congreso y recibía, día a día informes muy desagradables, pues le decían que ahí estaban sucediendo muchas cosas por malos manejos de algunos diputados, que aquello era un foco de negocios no muy honrados. Rafael Ángel sostuvo la situación cuando pudo, creyendo que eran calumnias, porque las calumnias nos alcanzaban a nosotros mismos, hasta a mí misma.

Vea por ejemplo, a mí don Claudio Cortés me había instalado en Puntarenas una casa. Muy galantemente me ofreció el piso encima de la casa del muelle, diciéndole a Rafael Ángel: no es justo que haya una casa en Puntarenas para el director del Ferrocarril al Pacífico, para ir ahí cuando quiere y que para el Presidente de la República no la tenga,

así que encima de la casa del muelle; les voy a instalar un apartamento por si ustedes quieren ir a Puntarenas a pasar unos días, pues tendrán donde hospedarse y sobre todo para doña Ivonne, porque parece que le hace falta pues allí no hay buenos hoteles".

Yo iba a esa casa dos veces al año, una en Semana Santa, otra cuando pasaba tres o cuatro días en el verano y claro que la oferta de don Claudio me dejó encantada de la vida. Cuando ya teníamos que dejar la presidencia, cuidé que la casa estuviera completa para entregarla como se debía y vi que un juego de mimbre pintado de blanco que estaba en el corredor se encontraba muy sucio, en buen estado, pero muy ajado. Entonces le dije al mayordomo que me hiciera el favor de coger ese juego y meterlo en el tren para llevarlo al taller que tenía el Ferrocarril al Pacífico, para que allí lo pintaran bien bonito y que me avisaran cuando estuviera listo, para mandarlo de vuelta. Creo que no pasaron tres días de eso, cuando llegó Rafael Ángel furibundo y me dijo: "Hágame el favor de decirme usted, qué es lo que yo le he negado?" Entonces yo le dije, "no nada, en absoluto, ¿por qué?". "¿Por qué entonces si usted tiene muebles de sobra, cosas de sobra, saca un juego de mimbre de la casa de Puntarenas para traérselo para acá? ¿A quién se lo va a regalar, a quién se lo va a dar, si esas no son cosas nuestras, por qué hace usted esto? Yo le dije: "yo no me he traído nada, yo no voy a regalar nada, lo que he hecho es que he sacado el juego de de allá lo he mandado al taller del Ferrocarril para que me lo pinten y que me avisen para mandarlo devuelta, nada más que eso". ¿Y eso es así? me preguntó. Entonces le respondí, "pues claro que es así". "Ah, bueno, muy bien". Le cuento ese detalle para que usted vea que las calumnias que nos levantaban por cualquier cosa, cualquier invento, se valía para maltratarnos.

Otra vez me hicieron falta dos llantas de mi carro que era, claro el de la Casa Presidencial y yo andaba buscándolas en el mercado negro porque no se conseguían en otra forma; pues ya se decía que yo tenía negocio con los del mercado negro de llantas, que yo les vendía.

VILLEGAS:—Pero, ¿las consiguió?

DOÑA IVONNE:—No las conseguí en el mercado negro, me las prestó el Doctor Ángel Chacón Chacón, que tenía un carro del mismo tipo que el mío. El me aconsejó: "no se meta más en esto porque Rafael Ángel se pone furioso, yo sé que es como usted dice, así que le voy a prestar las llantas y usted me las devuelve cuando no haya mercado negro". Claro que falleció y no se las pude, jamás devolver. Igual me pasaba con otras cosas. Yo por ejemplo, recorría la Casa Presidencial, incluso la Casa Militar, que no me incumbía, pero de casualidad me encontraba un mueble muy fino del tiempo de don Tomás Guardia que veía que era un mueble finísimo, todo antiguo, y estaba ahí sirviendo de tocador a un comandante, que lo tenía todo chorreado, mal pintado, hecho un desastre, entonces yo ordené que sacaran ese mueble de allí y pedí por teléfono un tocador al taller de Obras Públicas para el Comandante y me llevé el otro, enviándolo a

la vez al taller para- que me hicieran el favor de quitarle toda la pintura para ver qué era lo que me iba a salir de ahí. Todo se rescató, incluso las partes de bronce y montamos un mueble lindísimo, de caoba roja y puse la consola en el zaguán de la Casa Presidencial. Fue una sensación. También encontré un escritorio tallado, que habían usado en la Corte cuando se fundó la república. Lo tenía un sargento en la Guardia, para chequear a los que entraban y a los que salían. Lo rescaté y ordené que lo pusieran en un sitio del que desapareció, pues cuando vi ya el escritorio no estaba donde yo había dicho que me lo pusieran, puse el grito al cielo y entonces me dijo Edgar Odio que lo habían mandado al taller para deshacerlo completamente y limpiarlo porque estaba lleno de alepates. Cuando querían chotear como se se hace aquí siempre, decían "cierren las oficinas, anda aquí la señora del Doctor y de repente saca algo". No es que yo cogía seas cosas para mí, pues tenía muebles lindísimos, de sobra, no, era para arreglarlos bien y darles un uso apropiado.

VILLEGAS:—Rescatarlas.

DOÑA IVONNE:—Rescatarlas en efecto, pero por eso, a veces venían las calumnias. Así es que como las calumnias nos llegaban a nosotros también, por lo que cuando llegaban sobre los demás no les hacíamos mucho caso.

VILLEGAS:—¿Parecido era el caso de Morita?

DOÑA IVONNE:—Exacto, es el caso de Morita al que acusaban de robar. Un día Rafael Ángel lo llamó y le dijo: "Fulano de tal, estoy contento de verlo, pero realmente ya no aguanto; ¿qué es lo que está pasando allá? Hay quejas de esto, hay quejas de lo otro". El pobre hombre se disculpó y aparentemente se acongojó muchísimo porque quería mucho a Rafael Ángel y le respondió: "Mire Rafael Ángel, yo lo que estoy haciendo es ayudándole porque ahí no hay plata para nada. Con los sueldos que tenemos no se puede hacer nada. Ahí no se pueden cambiar lápices, plumas, papel, cinta para máquinas, nada de esas cosas para reponerlas, las compro de mi pobre sueldo. Hay que ver qué es lo que se hace para ayudarte, porque, ¿cómo vas a:—salir con un gobierno así tan desacreditado?, eso no me gusta a mí, yo estoy tratando de ayudarlo haciendo mil sacrificios y tenemos que ayudarnos con alguito extra". Entonces Rafael Ángel, que de por sí le costaba un mundo reprender a la gente, se acongojó todo y en lugar de destituir al hombre, más bien se sintió culpable y le dijo:—"bueno, está bien, cogé un poquito pero no tanto".

VILLEGAS:—Ahora vayamos a otra cosa: ¿Cuál fue la actitud del Doctor Calderón Guardia cuando se estableció la Cooperativa Victoria en finca expropiada a los Sres. Niehaus?

DOÑA IVONNE:—Cuando se creó la Cooperativa Victoria estaba feliz y dijo: "en la vida nada me ha agradado más que poder hacer esto, porque al final por lo menos

estamos retribuyendo a las gentes de esta zona un poquito, siquiera, de los tantos trabajos que por una vida han pasado.

VILLEGAS:—Fue una buena salida del Doctor, pero otras de las propiedades confiscadas entonces, se las dieron a algunos amigos.

DOÑA IVONNE:—Sí, pero las confiscaciones no fueron tanto cosa de Rafael Ángel; sino que más que todo se hacían por orden de la Embajada Americana. Ellos decían que estaban gastando mucha plata aquí, que les costaba muy caro todo esto, que nosotros no ayudábamos en nada y que lo único que hacíamos era solicitarles-ayuda para todo. Entonces había que quitarle las fincas a los intervenidos para venderlas y para que la plata obtenida sirviera para pagar los gastos extras por razones de la guerra.

VILLEGAS:—Sí, doña Ivonne, pero, por ejemplo; yo recuerdo que a don Rodolfo Peters y su familia les quitaron una propiedad en Río Segundo de Alajuela donde había un ingenio y se la dieron a don Abel Mora, ¿él la compró?

DOÑA IVONNE:—Si la compró y quedó debiendo esa finca al Banco. No fue un buen negocio para él, por el contrario, fue ruinoso.

VILLEGAS:—A los alemanes, a los italianos, a los japoneses que les quitaron propiedades, ¿les quitaron también el dinero que tenían en los bancos? .

DOÑA IVONNE:—También se les decomisó. Pero le voy a decir una cosa, hay una cosa que nunca se cuenta:—Rafael Ángel tenía mucha gente amiga entre la colonia alemana, no tanto entre la colonia italiana. A estas gentes Rafael Ángel les avisó con tiempo lo que podía suceder aquí. A algunos los mandó a llamar. A otros que eran más amigos los visitó y les dijo, desde' que comenzó el gobierno, porque ya nosotros sabíamos por medio de Roosevelt en los Estados Unidos, cuando lo visitamos, que tarde o temprano los Estados Unidos entraban en la guerra, pues Churchill había convencido a Roosevelt de la necesidad de hacerlo y este estaba absolutamente seguro de que lo haría. ¿Cuándo y cómo iba a ser?. No se sabía, pero sí ya más o menos se presentía. Rafael Ángel a todas éstas gentes les dio el indicio de lo que podría suceder aquí y les dijo que el Gobierno no tendría, en absoluto, posibilidad de salvarlos; les advirtió que los Estados Unidos tampoco podían permitir que ellos tuvieran sus capitales libres para que actuara en contra de ellos y que iban a exigir y que eso era seguro, que los despojaran de sus bienes. Así que se les avisó, se les dijo con tiempo, se les indicó lo que podían hacer. Muchos de los alemanes e italianos estaban entroncados con familias costarricenses y podían perfectamente pasar sus bienes a sus parientes y salvarlos, pero muchos no quisieron oír nada de eso. Le voy a decir la verdad: ellos jugaban una carta a la victoria de sus países, porque ellos veían que Europa estaba triunfante y pensaban que nosotros estábamos perdidos:—Es más, le voy a contar:—hay una familia que yo no voy a nombrar, que era muy amiga de mi suegro porque toda la vida habían sido clientes de él

y Rafael Ángel les dijo todo-lo que yo le acabo de decir y, encima de eso, les recomendó: "Si a ustedes los llevaran a un campo de concentración a los Estados Unidos, porque nosotros en los campos de concentración de aquí no podemos mantenerlos, cuidado se les ocurre pedir traslado a Alemania. Quédense allí que estarán muy bien". De ninguna manera quisieron oírlo y oportunamente pidieron ser trasladados a Alemania. Les fue pésimamente y después le achacaron todo lo que les sucedió a Rafael Ángel. Así es como pudimos nosotros más o menos. ayudar en esos momentos. Tengo que decirle que no es que quiero alabar a Rafael Ángel ni nada, él era un hombre como todos y todo el mundo tiene sus defectos y él los tuvo grandes, no supo acertar en lo que se llama-el "*modus operandi*". Porque El defecto que yo le achaco a Rafael Ángel en esta época, fue que todo lo que hubo cayó de sorpresa, todo era nuevo, el trato de darle a esas familias alemanas o italianas nos era extraño, pero ayudamos como pudimos, por todos lados, tratando de atenuar sus penas porque . muchas eran familias conocidas, con las que nos teníamos cariño. Pero fue muy difícil quedar siquiera regular porque cuando se lucha con gentes que tienen ideales, contrarios muy arraigados, uno no los puede convencer.

VILLEGAS:—Usted. me ha hablado de 128 obras del Doctor Rafael Ángel, ¿a qué se refieren?

DOÑA IVONNE:—No sé si estoy equivocada, si son 123 o 128, no lo podría decir, yo sé que es un total comó,de ciento "veintipico" de obras, de toda clase, reformas de todo. Rafael Ángel estaba metido en todo pues tenía una ansia muy grande de transformar este país a la velocidad del rayo porque lo encontraba muy atrasado, que aquí todo estaba por hacer. Por eso se esforzó por concretar todo lo que se le ocurrió y pudo.

VILLEGAS:—Usted me contaba que el Doctor recibía en Bélgica buen dinero, que la pasa bien.

DOÑA IVONNE:—La pasaba muy bien: Era una persona que toda su vida estuvo dentro de gente influyente, gente de sociedad. Los Calderón llevaban una vida muy social y en todas partes a donde fueron siempre llevaron muy buenas relaciones y muy buena vida: Cuando mi suegro se fue para Europa a dejar a Rafael Ángel para que hiciera sus estudios de medicina, se llevó también a Paco, que era mucho más... joven por lo que no iba a la universidad sino al colegio. Allá Rafael Ángel entabló muchas amistades, buenas relaciones y vivió muy bien.

Las casas comerciales de aquí, los alemanes, así como los, Tournón, Lyon, etc., eran, clientes de mi suegro y al mismo tiempo amigos porque se vinculaban socialmente las familias aquí. Entonces como mi suegro no cobraba sus servicios; todos le mandaban a Rafael Ángel, al final del año y muchas veces a medio año, cheques a su cuenta bancaria en Europa. Cuando regresamos aquí Rafael Ángel decía que eso era una barbaridad, que

su padre debía cobrar, y entonces María, mi cuñada, y yo comenzábamos a revisar y a pasar las cuentas, eso si, de vez en cuando, porque mi suegro no cobraba.

Durante su presidencia, cuando muchos nos volvieron la espalda, Rafael Ángel encontró al señor Tournón, y como todos los amigos le hacían mala cara por las leyes sociales, no lo saludaban y se habían retirado de su entorno, le dijo: "Roberto, usted también está bravo conmigo por las leyes sociales? y el contestó: "No, Doctor, al contrario, usted me ha hecho una gran economía; antes todas las enfermedades de los trabajadores las tenía que pagar yo y ahora las paga el Estado.

VILLEGAS:—Ustedes regresaron de Bélgica sin fortuna de ninguna clase. El Doctor allá la pasaba bien, y usted tenía su fortuna paterna. Aquí, ¿qué hicieron. Vivieron donde su suegro, como decimos, arrimados?

DOÑA IVONNE:—Exacto, vivimos ahí, primero porque yo era muy, tenía apenas 19 años y además se eso no sabía mucho sobre las cosas de aquí, entonces encontraba bien que el primer tiempo viviera con mis suegros y esto me permitía, de cuando en cuando viajar a Europa como se lo había prometido a mis padres. Luego, mi suegro era asmático y a Rafael Ángel no le gustaba dejarlo sólo de noche para que estuviéramos cerca para poder ayudarlo si le acometía una crisis, porque los ataques de asma le daban muy fuertes y había que atenderlo rápidamente. Tanto es así que cuando ya Rafael Ángel no pudo estar siempre cerca porque su trabajo ya era demasiado, mi cuñada María entró a estudiar enfermería para ayudar a mi suegro en cualquier emergencia.

La idea nuestra era efectivamente independizarnos y hacer nuestra vida, pero no se pudo porque la gente no nos dejó, porque todo fue cuestión de política, política y política. La idea mía era comprar una finca, vivir en ella, pero con Rafael Ángel no se podía. Todo era trabajo o política. No se podía pensar en el campo.

VILLEGAS:—Usted tuvo dos casas de su propiedad, ¿verdad?

DOÑA IVONNE:—Si, como no.

VILLEGAS:—¿Las compró cuando salió de la Presidencia?

DOÑA IVONNE:—No, las compré cuando mi padre murió. Mi padre murió en el año 1942. En ese momento Bélgica estaba bajo ocupación y era imposible ir allá, no se podía llegar, pero existía el mercado negro y un hijo de mi hermana estaba casado con una muchacha hermana de un gran agente de cambio, un bolsinista. Ellos a través del Mercado Negro mandaban mucha plata a los Estados Unidos. Entonces cuando yo tuve noticias de que mi familia no sabía qué hacer, si mandarme plata o si no mandármela, por el hecho de que no sabían cómo iba a quedar Europa, si iba a quedar totalmente destrozada y como lo nuestro era propiedades, entonces no sabían si se perdería la plata

o no, pero por fin lo cierto es que se me pudo mandar una parte muy pequeña. La plata se me mandó a New York, yo fui allá y me quedé tres o cuatro meses esperando el dinero y con él compré una residencia muy barata, que era de Arnoldo André y cuando él supo que yo estaba interesada en su casa la rebajó a lo mínimo para que pudiera comprarlo y encima de eso debía una hipoteca de treinta y nueve mil colones a un padre español, que quedé debiendo. Pero cuando yo me divorcié de Rafael Ángel, él pagó con la plata que me debía de mis gananciales, tras diecisiete años de matrimonio. Entonces compré esta casa y con la plata que me quedaba, compré la otra casa que queda como cien varas detrás de los Niehaus. Después de la guerra hice un viaje a Europa para ver si podía coger el resto de lo que me quedaba allá, y me tuvo que ayudar Van Zeeland para sacar la plata del banco. Ese dinero claro que me sirvió muchísimo porque después de la revolución del 48 me quitaron todas las cosas y me ayudó a sostenerme durante algún tiempo.

VILLEGAS:—¿Pero las propiedades a usted se las devolvieron y usted las pudo vender a terceros?

DOÑA IVONNE:—Exacto.

VILLEGAS:—¿No fue que el Gobierno le dio plata por ellas?

DOÑA IVONNE:—Ah, no.

VILLEGAS:—Pero usted vendió eso regalado.

DOÑA IVONNE:—Regalado. Lo que yo decidí fue que me las devolvieron y que al devolvérmelas yo pagaba según lo que ellos decían que yo debía al gobierno.

VILLEGAS:—¿Qué debía?

DOÑA IVONNE:—Había cien mil pesos de Rafael Ángel en eso y decían que Rafael Ángel no tenía derecho a esos cien mil colones, para nada y que yo tampoco. Eso representaba una parte de mis gananciales de diecisiete años de matrimonio. Yo recibí la propiedad para pagarla al gobierno Y quedarme con algo. Claro, para poder hacer eso tuvo que "regalar" la propiedad en doscientos cincuenta mil colones, para pagarle cien mil al Gobierno.

VILLEGAS:—¿Todo lo que su papá trabajó se vino a perder aquí?

DOÑA IVONNE:—Sí, se vino a quedar aquí, pero nunca los trabajó porque los heredó. El era rentista.

VILLEGAS:—Y el beneficiario fue el Gobierno de Costa Rica.

DOÑA IVONNE:—El Gobierno de Costa Rica. Uno nunca sabe para quien trabaja.

VILLEGAS:—Doña Ivonne, usted se divorció en el mismo año 44?

DOÑA IVONNE:—No. Cuando salimos de la Presidencia yo pedí la separación judicial. Apenas no más salimos, porque yo le había dado dos años a Rafael Ángel para ver si acaso se componían las cosas, porque yo quise divorciarme en el tiempo de la presidencia, pero me aconsejó don Alberto Echandi que no lo hiciera, para darle tiempo, pero como las cosas no mejoraban, entonces yo preferí liberarme de una vez. Porque yo me dí muy bien cuenta, Villegas, de que yo ya no le era necesaria. Yo veía que a Rafael. Ángel no le servía, entonces decidí apartarme porque yo pensé que sería mejor. Mi padre siempre me había dicho, cuando yo me vine para acá, porque él nunca estuvo de acuerdo en que yo me casara y me viniera, pero cuando no tuvo más remedio que ceder: "el día que usted vuelva para acá, me hace el favor de venir con sus papeles listos. No venga a medio divorciar, se viene ya divorciada de una vez porque esas situaciones son difíciles de resolver para una mujer que está casada tan lejos.

Entonces cuando salí de la Casa Presidencial, le planteé a Rafael Ángel la situación, de que quería divorciarme de una vez pero él no quiso. No quería darme ni la firma, decía que a Monseñor Sanabria no le importaba que nos separáramos, que uno viviera en una casa y el otro en otra, pero divorciarse no. El pretendía eso pero yo no. Yo le saqué a Paco la promesa de que él me conseguiría la firma de Rafael Ángel para poder arreglar mis papeles.

VILLEGAS:—¿Cómo hizo para sacarle eso a Paco?

DOÑA IVONNE:—Yo le dije a Paco que me iba bien, pero que si me iba mal, pues. también a Rafel Ángel le iría mal, que ahora mi abogado era Fabio Baudrit, pero que si yo necesitaba ir donde Alberto Martén iba donde él. Entonces Paco se asustó. En realidad a don Alberto Martén yo no lo conocía. Lo dije para ver qué decían. Don Fabio Baudrit era una persona magnífica. Paco me preguntó por qué busqué a don Fabio Baudrit y yo le dije: "porque es un persona que ustedes no van a poder comprar, porque tiene el estilo de don Cleto". Entonces Paco se asustó y me dijo: "bueno, yo le doy mi palabra de hacer lo que pueda" y logró arreglar bien las cosas.

VILLEGAS:—Hábleme de sus relaciones con Monseñor Sanabria.

DOÑA IVONNE:—Monseñor Sanabria había tenido una dificultad conmigo por lo de Fu Man Chú y lo del Hospicio de Huérfanos.

VILLEGAS:—¿Por qué?

DOÑA IVONNE:—Porque cuando la cuestión de la presentación de los niños del Hospicio de Huérfanos en el Nacional, una señora que no me quería para nada, le calentó la cabeza a Monseñor Sanabria en contra mía diciéndole que yo había intervenido en esto y no había respetado ni su autoridad, pues él era Presidente de la Junta y que tampoco había respetado a la Junta, porque yo no quería tomarlos en cuenta, que quería hacerlo todo por mi cuenta y que yo me había atrevido a hacer lo que había hecho.

VILLEGAS:—Entonces a Monseñor lo "carbonearon" diciéndole que usted lo había hecho a un lado.

DOÑA IVONNE:—Exacto y yo como joven no me había dado cuenta que había actuado mal y que efectivamente no había sido correcta mi actitud. Pero me lo podían haber señalado y yo le hubiera puesto remedio a eso, pero no, no fue así, fue una intriga en contra mía y con ella indispusieron a Monseñor seriamente conmigo.

VILLEGAS:—Eso dice poco de la inteligencia de Monseñor..

DOÑA IVONNE:—Pues hasta cierto punto no creo, por el hecho de que Monseñor estaba acostumbrado a tener a estas señoras muy sumisas, aceptando su autoridad, primero que todo, pero realmente no estaba muy disgustado aunque sí fue a la Casa Presidencial y le dio quejas mías a Rafael Ángel quien se molestó muchísimo conmigo y me dijo que él no tenía el menor deseo de tener dificultades con la iglesia, y que tuviera la fineza de ir a donde Monseñor a pedirles excusas, cosa que yo nunca hice porque verdaderamente no me sentí culpable de nada. Si querían reprocharme de algo, que me lo dijeran de una vez, pero por qué iba yo a pedir excusas de una cosa que yo no había hecho, y no fui. Yo creo que Monseñor eso no lo tomó muy bien, pero tampoco puedo decir que él tuvo alguna hostilidad abierta en cuanto a mí, pero siempre se mantuvo reservado y apartado.

Cuando él vino a darme el pésame, al morir mi padre, me hizo una visita muy protocolaria y muy distante y así fue siempre. Cuando Rafael Ángel y yo nos separamos, creo que Monseñor no es que lo vio con buenos ojos; pero no tuvo ninguna preocupación por evitarlo.

VILLEGAS:—En realidad en esos cuatro años de gobierno, no tuvo usted ni la simpatía de los comunistas, ni la simpatía de Monseñor. ¿Su labor en cuanto al trabajo de las garantías sociales fue sólo con el Doctor y con Van Zeeland?

DOÑA IVONNE:—Y con Guillermo Padilla, con todos los que tenían que ver muy estrechamente con lo de arriba. Yo no bajaba a niveles inferiores, ahí yo no intervenía. en nada, pero con Rafael Ángel, con Padilla, con Van Zeeland, con mi suegro, con todos los que estaban arriba, si trabajé,

VILLEGAS:—¿Monseñor llegó desde el principio a trabajar en esos proyectos, o fue al final cuando ya estaban las cosas caminando?

DOÑA IVONNE:—Desde el principio Rafael Ángel no le consultó antes de lanzarse a luchar, pero ya había hablado con él varias veces al respecto y él le había manifestado su acuerdo, y poco a poco se fueron acercando más y más en ese sentido.

VILLEGAS:—Usted me decía que cuando Monseñor asumió el Arzobispado no habló de la reforma social.

DOÑA IVONNE:—No, en absoluto, para nada se refirió a ello.

VILLEGAS:—¿Pero ya había estado en contacto con el Doctor sobre eso?

DOÑA IVONNE:—No, en absoluto. Fue después que hablaron. Rafael Ángel fue muy discreto para eso, se quedó muy callado, fue muy prudente y trató de no divulgar mucho sus planes porque sospechaba que eso iba a causar un revuelo muy grande aquí.

VILLEGAS:—Posiblemente el Doctor, a cambio de la ayuda que le dio Monseñor, permitió el regreso de las órdenes religiosas y permitió los colegios privados y religiosos, derogando las leyes de 1884.

DOÑA IVONNE:—Exacto y permitió a los colegios privados católicos la facilidad de dar el bachillerato, que antes no podían.

VILLEGAS:—¿Eso se lo pidió Monseñor?

DOÑA IVONNE:—No se lo pidió Monseñor, fue el mismo Rafael Ángel quien se lo dio.

VILLEGAS:—Como en el caso de los comunistas: le daba un poquito más de lo que pedía, para que estuviera contento.

DOÑA IVONNE:—Eso salió de Rafael Ángel sin consultar a la Iglesia. Se lo dio como un regalo, porque trató de ganarse a todo el mundo. Sí, por eso es que yo digo, Villegas, que hasta cierto punto mucho de lo que se ha dicho de él es una infamia muy grande, y por eso es que yo estoy quitándole a usted tanto tiempo todas estas tardes en que hemos conversado. Hay que reconocerle a Rafael Ángel y le puede pasar a cualquiera, pero sus intenciones fueron buenas siempre y siempre las hizo valer con vigor, con escrúpulos intelectuales, con toda la fuerza que pudo emplear para lograr lo mejor para su pueblo. Siempre pensaba darle de todo a cada uno y a todo el mundo sin pensar en él, porque yo estoy perfectamente convencida de que sus leyes sociales y sus reformas le costaron la

vida y no solamente la vida sino su capital también. Verdaderamente sufrió injustamente porque él siempre tuvo buenas intenciones de darle, con justicia, a cada uno lo que se merecía y más aún de lo que se merecía, sin pedir nada a cambio. Es decir, Rafael Ángel fue un hombre que todo lo dio y nada sacó. De esa estirpe de políticos no hay muchos.

Quizás me equivoque al decir que nada sacó.

Una tarde, hace ya bastante años, sentada frente al televisor, vi sus funerales y entierro. Allí él recibió el pago por sus desvelos y sus sacrificios. El pago por el Calvario que, conscientemente se forjó al entregarse, en medio de una gran incompreensión, al trabajo por redimir a los más necesitados de su patria:—un mar humano lo acompañó al cementerio.

En mi silencio, tan íntimo, me dije: "No fue en vano su sacrificio".

"Ahora en medio del amor de su pueblo, entra de lleno a la historia ... " Y así fue ...

Alajuela, invierno de 1985.



Doña IVONNE CLAYS SPOELDER cuando era Primera Dama de Costa Rica.



Los esposos Calderón Guardia-Clays Spolder, durante su visita a Estados Unidos de América, poco antes de su llegada al poder.



El Dr. Rafael A. Calderón G., Presidente Electo de Costa Rica en compañía de su esposa doña Ivonne Clay S., del Tercer Designado a la Presidencia, don Jorge Hine Saborío y otras amistades, durante su visita a Washington en 1940.



En primera fila, lo Sra. Clays Spoelder, doña Solvadorita de Somoza, el Dr. Calderón Guardia y el Gral. Anastasio Somoza García, durante una visita del mandatario costarricense a Managua.

GUILLERMO VILLEGAS HOFFMEISTER (1932 - 2010)

Realizó estudios primarios en la escuela República de Guatemala; secundarios en el Instituto de Alajuela y superiores en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid. Periodista por más de 30 años, fue redactor primero y luego Jefe de Redacción de Última Noticia y de La República, Jefe de Redacción de La Palabra de Costa Rica, redactor en La Prensa Libre y Excelsior y Jefe de Redacción de La Hora.

Aficionado a la historia, obtuvo en 1956 un premio otorgado por la Comisión Organizadora del Centenario de la Campaña Nacional, por un trabajo acerca de la autenticidad de la hazaña de Juan Santamaría; en 1962 fue galardonado con el Primer Premio del Concurso Histórico para periodistas sobre la Independencia de Centro América, por un jurado integrado por miembros de la Directiva de la Academia Costarricense de Historia y Geografía; en 1977 fue distinguido por el Colegio de Periodistas con el Premio JORGE VARGAS GENÉ, que por vez primera se otorgaba, en reconocimiento a su trabajo sobre la guerra de Liberación Nacional, publicado en Excelsior bajo el rubro de "Testimonios del 48".